

ANDRÉS ACOSTA

LENGUA DE HIERRO



Instituto
Guerrerense
de la Cultura



editorial
praxis



Novela

Colección Ignacio Manuel Altamirano

Lengua de hierro

Andrés Acosta

Consuelo Sáizar Amador
Presidenta del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Ángel Heladio Aguirre Rivero
Gobernador Constitucional del Estado de Guerrero

Alejandra Frausto Guerrero
Directora General del Instituto Guerrerense de la Cultura

Citlali Guerrero Morales
Directora de Enseñanza, Investigación
y Patrimonio Cultural del igc

Este libro se publicó gracias a la convocatoria del
Programa Editorial del Estado de Guerrero,
emitida por el Instituto Guerrerense de la Cultura y el
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 2012.

Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano, 2007

Andrés Acosta

Lengua de hierro



Diseño de portada
Javier Muñoz Nájera

Diseño de interiores
Carlos Adampol Galindo Rodríguez
María Jiménez Hoyos

dr © CL Editorial Praxis, S.A. de C.V.
Vértiz 185-000, col. Doctores, del. Cuauhtémoc,
06720, México, df, teléfax 57 61 94 13
www.editorialpraxis.com
Primera edición, 2012
isbn

El autor de este libro es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, corrección, formato, son propiedad del editor.

Introducción

Por primera vez, desde su creación, el Instituto Guerrerense de la Cultura (igc) se propuso la meta de instaurar un programa editorial, continuo, serio y riguroso que atendiera las necesidades de promoción y difusión de los escritores guerrerenses, además de incluir la literatura que se ha escrito sobre nuestro estado por autores de otras latitudes.

El Programa Editorial del igc es coordinado por la Dirección de Patrimonio Cultural, Enseñanza e Investigación. Recibe el apoyo técnico de un consejo de selección que se renueva con cada convocatoria. En esta primera emisión, las obras se valoraron por los escritores Geney Beltrán, Ernesto Lumbreras y Humberto Guzmán, reconocidos creadores nacionales, así como también por investigadores e historiadores de la Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Para cumplir con el objetivo de preservar, acrecentar y difundir la literatura que se escribe en Guerrero, el Programa Editorial del igc está integrado por seis colecciones:

Colección Juan Ruiz de Alarcón, dedicada a honrar la memoria del dramaturgo nacido en Taxco (1581-1639) y orientada a la publicación de literatura dramática.

Colección Ignacio Manuel Altamirano, en honor del escritor, maestro, periodista y político nacido en Tixtla (1834-1893), dedicada a divulgar a escritores guerrerenses mayores de 35 años que escriben novela, poesía, cuento, ensayo y crónica.

Colección Juan García Jiménez, dedicada a la memoria del escritor nacido en Ometepepec (1916-1967) que cultivó la poesía vernácula y a quien se considera como «el cantor de la ternura y el dolor del pueblo», y fue además un notable intérprete del folclor nacional. En esta colección se publica la obra de versificadores, narradores tradicionales e investigadores de la cultura popular de Guerrero en las siguientes series: poesía vernácula, cuento tradicional o de identidad, novela histórica o costumbrista, estudios antropológicos o etnográficos.

Colección José Agustín en honor del escritor originario de Acapulco (1944) relacionado comúnmente con la literatura joven. Esta serie está enfocada a difundir la obra de creadores menores de 35 años en novela, poesía, cuento, ensayo y crónica.

Colección Alas y Raíces que toma su nombre del Programa de Desarrollo Cultural Infantil Alas y Raíces, dedicada a difundir la literatura creada para y por niños en poesía y cuento.

Colección Lenguas Indígenas dedicada a difundir la literatura náhuatl, mixteca, tlapaneca y amuzga en poesía, cuento, novela, historia oral y leyenda.

Colección Premios Literarios dedicada a la publicación de las obras ganadoras de los premios literarios que emite el Instituto Guerrerense de la Cultura: Premio Estatal de Cuento, Poesía y Dramaturgia María Luisa Ocampo; Premio Nacional de Poesía y Novela Ignacio Manuel Altamirano; Premio Nacional de Cuento Acapulco en su Tinta.

Las colecciones del Programa Editorial del igc aspiran a conformar un fondo editorial de alto valor y rigor literario para actualizar, enriquecer y engrandecer las expresiones literarias de los guerrerenses. Es un acervo para uso y disfrute de los lectores que saben que la verdadera grandeza de un pueblo radica en la importancia que tiene su literatura.

*Los pensamientos de los hombres volarán por
el mundo en un abrir y cerrar de ojos.*

Madre Shipton

*Esa calavera tuvo una lengua dentro,
y en otro tiempo podía cantar.*

William Shakespeare

*Si puedo hacer hablar a un sordomudo,
entonces puedo hacer que el hierro hable.*

Alexander Graham Bell

No me gusta el teléfono... escucho voces.

Anónimo

Para continuar, deposite otra moneda.

Teléfono público

—D isculpa que te moleste, mi amor...
—¡Arquitecto! ¿Cómo le va?
—¿Estás ocupado?

—A mí, bien, gracias... Aquí, muy a gusto, cenando con mi esposa y mis hijos, pero no se preocupe, arquitecto, estoy para lo que se le ofrezca...

—¡Ay, perdón!

—Sí, yo le paso sus saludos.

—¡Ay!, es que mi hija está mala. La voy a llevar al médico.

—Me parece algo muy sensato. ¿En qué le puedo ayudar, arquitecto?

—Tengo dinero para la consulta, pero no sé si el doctor le recete alguna medicina cara, porque luego...

—¿En qué consiste el desperfecto?

—Le duele el estómago y no retiene casi nada.

—Comprendo, arquitecto, hay que atender este asunto de inmediato. Podría ser algo de consideración.

—Ya pedí la cita con el pediatra para mañana.

—Bueno, pero no se preocupe, arquitecto... Como habíamos quedado, yo le envío el cheque con el chofer mañana a primera hora. Espero que el contratiempo no aplice los planes...

—Yo también espero que eso no suceda. Oye, Ramón, mi amor, por favor mándame dinero en efectivo... si se puede.

—Sí, arquitecto, como usted lo disponga.

—Y discúlpame otra vez por llamarte a estas horas. Ya sé que no debería, pero...

—No tenga cuidado, arquitecto. Siempre que exista algún problema puede llamarme a la hora que sea.

—Gracias, mi amor. Un beso... Nos vemos mañana en la tarde...

—Hay por lo menos cinco líneas a seguir... cinco teorías principales sobre cómo surgió el lenguaje: primero tenemos la Teoría Gua-Miau...

—¿Guau-Miau? ¿Qué es eso?

—Es la que supone que el lenguaje surgió por imitación, mediante onomatopeyas. Luego está la Teoría del Ay-Ay, que propone que el lenguaje es resultado de emociones, sentimientos o dolores que se expresan.

—¡Ja, ja, ja!

—Luego tenemos la Ding-Dong, que se inclina porque los estímulos externos son los que originaron el lenguaje. Luego la del Hip-Hop, que se refiere a la manera en que a la gente le da por cantar cuando hace esfuerzo en grupo...

—¿Como los negros en las plantaciones de algodón?

—Ándale... Y por último, la Teoría La-La, que dice que el hombre habla como resultado de su capacidad amorosa poética...

—Ésa me gusta más. Pero igual me parecen ridículas todas.

—En realidad el origen del lenguaje es un enigma, nadie sabe cómo demonios surgió. Tanto ha sido el desconcierto de los estudiosos del tema que en el siglo diecinueve la Sociedad Lingüística de París, de plano, prohibió que se publicara cualquier teoría acerca del origen del lenguaje argumentando que tooodas eran puras especulaciones sin pruebas, sin sustento científico alguno.

—Bueno, no te salgas por la tangente: ¿tú de qué te preocupas?, será un misterio, pero aquí estamos, dándole a la lengua, bien y bonito, desde hace horas... No me vayas a salir con que

me dejaste de hablar porque estabas muuuy ocupado investigando el origen del lenguaje... y que...

—Pues es que como no lo encontré, no te podía hablar. —

¡No seas payaso!

—Seguimos siendo amigos, ¿no?

—Eso digo yo. No porque ya no seamos novios tenemos que dejarnos de hablar.

—¡Claro!

—¿Por dónde andas?

—Apenas voy saliendo de mi casa. Perdón, patrón, se me hizo un poquito tarde.

—Ajá, bueno. Vente para acá para que recojas algo que tienes que llevarle a la señorita Clara y luego la llevas con su hija adonde ella te diga.

—Sí, patrón.

—Y, cuidadito...

—¿Con qué, patrón?

—Ya sabes. Tú resultaste bueno para eso. La cuidas bien, me la acompañas hasta la puerta y te fijas en todo: qué hace, con quién habla...

—¡Ah, sí! Usted no se preocupe, patrón. Yo me fijo y le cuento todo.

—Sí, mamá. Parece que le había sentado mal la leche que le daba. El médico me cambió la marca.

—¿Y si recae mientras tú andas por allá?, ¿cómo le voy a hacer?, ¿a quién le pido ayuda?

—No te preocupes, ya está completamente sana, te lo aseguro. Lo más que le puede pasar es que se ponga triste.

—¿No podrían tus amigas aplazar el viaje para la próxima semana?

—¡Ay, no, mamá! Ya hicieron reservaciones y además la próxima semana todas tienen trabajo.

—¿Por qué no te la llevas?, le caería bien el clima cálido y el mar, ¡qué bonitas son las olas! Para que las conozca.

—¿Cómo crees? Mis amigas me matan si llevo a la niña... Ándale, cuídamela y te compro la despensa del mes cuando regrese.

—Si no es por eso. ¡No tienes que pagarme! Ya sabes que siempre cuentas conmigo, sobre todo tratándose de la chiquita.

—Ya estuvo, patrón.

—¿Yyy?

—Todo bien, patrón. No vi nada sospechoso, entré hasta la cocina y ni rastro de alguien más. Sólo la señorita y su hija.

—Muy bien. No te olvides nunca de echar un ojo y si ves algo me dices.

—No, si yo digo que la lengua tiene alma propia. Por eso habla sola, mientras dormimos... cada vez que nos equivocamos al decir algo distinto a lo que deseamos... cada vez que decimos una verdad que pretendíamos ocultar y la lengua nos delata. La lengua tiene alma propia y, aunque pequeña, es tan fuerte como un elefante. Por eso los niños empiezan a hablar incluso antes de tener conciencia de lo que dicen...

—...y luego crecen y tampoco, ¿eh?

—Los niños repiten algunas sílabas y entonces aparecen las palabras: pa-pá o ta-tá y ma-má. Son palabras casi universales en todas las lenguas, y no es que los niños aprendan a decir las por imitación: son palabras *naturales*, por decirlo así... Ésas deben haber sido algunas de las primeras palabras que se pronunciaron...

—¿Ajá?, ¿y cuál habrá sido la primera oración que pronunció un ser humano?

—Seguramente fue: ¡Qué mona estás!

—¡Ja, ja! O a la mejor: ¡Qué patas tan grandes tienes, mi amor!... Oye, ¿y en español?

—Bueno, en español lo que sí se conoce son las primeras palabras escritas... Un español muy arcaico, tanto que ni se entiende sin traducción.

—¿Y cuáles fueron, tú?

—Hasta hace poco se creía que las primeras son unas que aparecen en un código latino en el que alguien escribió unos comentarios sobre el texto, que era religioso.

—¿Y qué decían?

—Es una plegaria que invoca a la Santa Trinidad y a Dios. Era trascendente porque suponíamos que las primeras palabras de que se tenía noticia en nuestro idioma habían estado dedicadas a dialogar con Dios, pero...

—¿Pero qué?

—El problema vino cuando se logró fechar correctamente el código. Al principio se pensó que databa del siglo diez, y todos contentos, el español era la lengua para hablar con Dios, así como el francés conserva sus primeras palabras escritas en un documento político y el italiano en uno jurídico, el español en uno religioso. Sin embargo, unos investigadores descubrieron que el código en realidad era de mediados del siglo once, por lo que automáticamente quedó desplazado, en cuanto antigüedad, por otro un tanto más... digamos, más pedestre...

—¿¡Cuál, hombre!?

—La noticia de quesos.

—¿Qué es eso?

—Unos apuntes sobre la compra de unos quesos en un monasterio...

—¿¡O sea que nuestra primera frase en español es una nota escrita en una bolsa de pan... o sea que de un idioma tan espiritual nos bajaron a uno para tenderos?

—¡Tal y como lo oyes!

—¡Tenga, qué! Eres pura lengua, tú, bien verbo, nomás le endulzas el oído a una, nomás la apalabras para que caiga redondiita como la o.

—Se hace lo que se puede, morena... ¿Entonces, qué?, ¿paso por ti en la tarde? Como hoy le *toca* a mi patrón... mientras, traigo el coche.

—Pero nos vemos en la esquinita. Es que luego la señora...

—Sí, sí, no hay bronca.

—Te lo juro, Ramón. Otra vez huele a perfume. No me digas que no lo notas.

—Ya sabes que mi olfato no es muy bueno...

—...cuando te conviene.

—¿Cómo?

—¡Que yo sí estoy segura de que huele a perfume!

—Seguro que el chofer subió alguna amiguita. ¡Ya ves cómo es esa gente!

—Pues dile que ya no lo haga.

—Le digo, le digo. No te preocupes.

—Y también que no se gaste la quincena en perfumes caros para sus amiguitas, porque ése es un perfume de los caros, ¿eh? Dile que sus hijos se lo agradecerán.

—Sí, mi amor.

—¿De cuándo acá me llamas mi amor?

—... Si siempre lo hago. Lo que pasa es que no te acuerdas.

—Esperando al patrón.

—¿Y mientras, tienes que quedarte en el coche ahí sentadote?

—No, me puedo salir a dar una vueltecita por aquí cerca: me echo unos tacos en la esquina o voy a comprar el periódico. Nomás no me alejo mucho porque la otra vez el patrón que llega al coche y que no me encuentra. Se puso como tigre: Y que ya ni la chingas, y que la confianza que deposito en ti, y que mira tú cómo respondes... Parecía pleito de casados. Me leyó la cartilla de pe a pa mientras yo pensaba, caaabrón, si en vez de tu confianza lograras que mi cheque de cada quincena fuera más gordo, estaríamos mejor los dos.

—Te trae marcando el paso, ¿eh?

—Ni tanto, ni tanto; hasta eso, mi patrón es buena gente cuando se lo propone. Si ayer tuvo un detalle que me dejó pendejo.

—¿Y todavía no se te quita?

—Chale, no me cotorrees... Hace como dos meses, luego de que me contratara, que llega a la casa de mi patrón un comandante, uno de esos trajeadotes con placa en la solapa, con guaruras y radio de policía, que llega con un cargamento de chamarras, de piel gruesa como de elefante, para encargárselo a mi patrón: Guárdamelas, compadre, durante unos días, mientras se calman los ánimos, le dijo a mi jefe. Él se cuadró de inmediato: Sí, claro, como tú gustes y mandes. ¿Para qué estamos los compadres si no es para hacernos favores? Nomás que el comandante ya no regresó por las chamarras. Y mi patrón, ni tardo ni perezoso, empezó a repartirlas: que tráeme una para acá, a la oficina, que otra llévala a que te la envuelvan para regalo y la entregas en tal dirección... Ayer, ya que había poquitas, que me grita mi patrón desde la cocina: ¡Joaquín, vete a la bodega y toma una chamarra, la que te ajuste mejor y te la quedas porque el invierno está bravo!

—Mmmh, pues mala gente no es.

—No... ¡Caray, caray!

—¿Qué te pasa?

—Veo a una muchachona, una güera con minifalda.

—Sólo en eso piensas. ¿Si eres tan águila por qué no le pides su teléfono? Al fin que si está tan buena ni creo que te haga caso.

—No te alebrestes, morena, qué celosa resultaste. Te digo que veo a una chamaca, pero en el periódico, en la sección de los artistas; sólo por eso no me va a pelar.

—Ya tengo que colgar, porque si el arroz se me quema, la señora me mata.

—Mira nomás a quién sí traen bien checadita.

—¿Bueno?

—...

—¡Bueno!

—...

—¡Otra vez el pinche mudo!

—Marcar un número y en vez de pronunciar palabra quedarse callado con el tubo en la mano y la mirada perpleja. Trastocar el propósito original de un invento creado para comunicarse... ¡Comunicación! ¡Ja! En vez de eso, irrumpir por unos segundos en la casa de alguien que te abre sin querer un resquicio y entonces percibir el rumor doméstico, el tufo que pertenece, como huella digital sonora, inconfundible, a esa morada: una mezcla minuciosa, difícil de diseccionar, compuesta por la medida exacta de sonidos que se entrelazan en el ambiente profanado: el ruido de la calle que entra por la ventana de la sala, los murmullos desde una recámara, un televisor desatendido, el agua de la llave del baño y, claro, la voz que contesta en primer plano y que, según el caso, es la de la persona amada o la de la más abo-

rrecida. Porque para qué allanar ese espacio sin decir palabra si no para apropiarse de un trozo de la intimidad del que está del otro lado... aunque sea de manera egoísta y los sonidos fluyan en una sola dirección... Un mudo siempre guardará silencio, se privará de las palabras voluntariamente, con su presencia borrosa, apretando la bocina contra su oreja... El mudo que fisgonea se deleita y también se tortura con su oído; espectador simple de la vida, sabe que nunca saciará su necesidad de dominio... El mudo, el mudo...

—Ándale, ¿no serás tú el cabrón que se la pasa chingándome a las tres de la mañana?

—Ése es el portero de tu edificio, que está enamorado de ti. Te mira de una manera que...

—¡Pues no, yo creo que más bien son ganas de joderla a una!

—Es lo mismo que yo decía... ja, ja.

—¡No, baboso! Sabes a lo que me refiero: si me quieren decir algo, que me lo digan y no se anden con ese tipo de tonterías.

—¿Y no te parece romántico que alguien te ronde, que se desvele por ti? Creí que a las mujeres les gustaban los detalles...

—¡No! ¿Cuáles detalles? Que me despierten a las tres de la madrugada no es ningún buen detalle: es una chingadera. Si me quieren galantear, mejor que me traigan serenata y se dejen de jaladas.

—Mira, cada hogar tiene su mudo, que acecha con su oreja bien parada...

—¡Uy, tú, qué mieceedo!

—... es inevitable. Nadie se salva.

—¡Pues para cada pinche mudo hay un sordo!

—Es que de veras, Ramón, no tienes madre, Ramón. Da coraje, Ramón. Perdóname que te lo diga así, Ramón. No, más bien que me perdone nuestra mamá, Ramón, pero todavía no me has pagado lo que te presté para que compraras la camioneta

famosa ¡y ya hasta la vendiste, Ramón! ¿En qué tiras el dinero que ganas, Ramón? Acabas de conseguir el puesto que buscabas desde hace tanto tiempo y ahora que lo tienes, Ramón, tu vida... tu forma de vida, Ramón... Vas de mal en peor, Ramón, y yo no debo, no quiero contribuir, Ramón... Acuérdate de cuando te importaban tu familia y tus amigos, Ramón, y no todo era negocios y escalar mejores posiciones, Ramón... ¡Búscate otra caja fuerte, Ramón! A Beto lo quiero mucho, Ramón, siempre va a seguir siendo mi sobrino favorito, casi casi mi hijo, pero no puedo seguir siendo tu pendeja, Ramón. ¡Búscate a otra niñera, para Beto y para ti, Ramón!

—Me salí de la casa nomás para hablarte, Clarita, mi amor. Es que tengo algo que decirte. Un par de cosas.

—Ajá.

—Mira. Vamos a quedarnos en un hotel de gran turismo. ¿Cómo la ves?

—¿Cuánto tiempo?

—Cuatro... Cuatro días... Lo primero que te quería decir es que, de paso, voy a llevar a unos inversionistas gringos. Vamos a hacer un poco de negocios en Acapulco porque los quiero agasajar para convencerlos de que firmen unos convenios. Yo sé que es un pequeño inconveniente ir con ellos y no solos, digo: a solas tú y yo, como habíamos planeado, pero a cambio vamos a estar a todo lujo.

—Pues si no hay otro remedio... Ya tengo hecha mi maleta, ni modo de deshacerla, le puse mucho esmero. Por fin, ¿cuándo nos vamos?

—Ésa es la otra cosa que te quería decir, mi amor. Nos vamos en quince días.

—¿Cómo?!, ¿no que iba a ser para este fin de semana? Ya quedé con mi mamá para que me cuide a mi hija.

—Sí, perdóname, Clarita, pero es que no me acordaba que ya tenía reservación para este miércoles...

—Ah, ¿sí? ¿En dónde?

—En Orlando.

—¿Se puede saber con quién vas a ir?

—Eeeh... con mi familia, nada más.

—No me habías dicho nada.

—Te digo que no me acordaba.

—¡Ajá! Y a mí que me atropelle un perro, ¿no?

—Es que ya había hecho compromiso para este puente... desde haceee... Lo que pasa es que hace como dos años que no llevo a mis hijos de vacaciones a ningún lado. Durante el verano pasado no pude sacarlos ni a la esquina por tantos compromisos... por la campaña. Tú me viste cómo andaba.

—¿Cuántos días te vas?

—Eeeh... cinco.

—¿Con tu familia te vas cinco y conmigo sólo cuatro? ¡Aparte de que voy a tener que ponerle buena cara a tus invitados gringos, también pasas menos tiempo conmigo que con tu mujer!

—Ya te dije que tú eres *mi* mujer. *Ella* es la madre de mis hijos.

—Seguro.

—Así es...

—Bueno...

—¿Qué? ¿No te da gusto lo de Acapulco? Tú querías ir a la playa desde hace mucho.

—Gracias por hacerme un lugar entre tu lista de invitados, ¿eh? ¡Gracias! No te hubieras molestaaado.

—Mira, yo tenía ganas de salir contigo y por fin arreglé las cosas para salir y... y...

—¡Sí, sí, sí! Da lo mismo. Con gringos o sin gringos.

—Te escucho muy apagada, ¿estás con alguien?

—¿Apagada? Ni que fuera licuadora. Estoy... con mi hija, nada más. ¿Con quién más quieres que esté?

—¡Ah, vaya! No, con nadie...

—Por fin, ¿nuestro viaje va ser de placer o de negocios?

—Ambos... Más de placer porque los gringos prácticamente ya están de acuerdo con los términos de la transacción, nada más hay que afinar unos puntos, que pueden resultar bien jugosos, y darles el último empujoncito. Les voy a conseguir unas acompañantes para que se diviertan y luego los llevo a comer mariscos y a pasear.

—Oye, Ramón, ¿y no crees tú que si me llevas vas a llegar con tu torta al banquete?

—No, ¿cómo crees?, las acompañantes sólo van a estar con ellos. De hecho, yo te llevo a ti con la intención de presumirles lo que tengo, una de las mejores cosas que hay aquí en México. Si llevara a mi esposa entonces sí haría el ridículo, ja, ja.

—Eso dices.

—Nos la vamos a pasar bien. Además los gastos entran en una partida que no tiene restricciones... Clarita, te dejo porque ya le di la vuelta a la manzana y ya entré en la cochera.

—Como quieras.

—Dos últimas cosas.

—¿Qué?

—Compré la camioneta nueva.

—Qué bien. Te felicito.

—Y ya la vendí.

—Por...

—Le gané unos cuantos miles de pesos...

—¿Es todo lo que me querías decir?

—Bueno, yyy que ahorita traigo un lío, mi amor, porque mi hijo no puede faltar a la escuela tantos días porque su maestra se puso muy pesada y no sé con quién... ¿Tú podrías cuidar a Bet...?

—¡Vete a la mierda!

—¡Qué bueno que lo pensaste mejor, hija...!

—No, pero nada más lo pospusimos para dentro de quince días, mamá. Va a ser lo mismo.

—¿O sea que no la vas a llevar a la playa?

—¡Que no!, nada más se pospuso porque una de mis amigas tiene catarro.

—¡Ya me hacía falta!

—¿Y a quién no, amiga? ¿Cómo supiste del lugar?

—Fíjate que otra amiga, que no conoces, me lo recomendó. Pero como ella siempre anda con ondas raras, no le había hecho caso... Que el club esto, que el club lo otro, me decía. Para resolver todos tus problemas: ve al club. Si te sientes fea y vieja: ve al club. Si tu marido te engaña...

—¡Ve al club!

—Si quieres bajar de peso...

—¡Entonces es una maravilla!

—Apenas fui a inscribirme.

—Me cuentas, ¿eh, amiga?

—Lo que más me importa es relajarme y tener algo mío. Actividades así, como más personales, porque estoy harta de Ramón, de los niños y de la casa. Beto anda muy latoso últimamente.

—Ya que llegamos a la hora de las confesiones, no te vayas a enojar, pero cuando estaba contigo me acordaba de ella y cuando estaba con ella me acordaba de ti.

—¿Y si estabas solo?

—Me hacían falta las dos.

—¡Qué bien! Ahora te quedaste como el perro del hortelano. ¡Me da gusto!

—Sí, aunque ya le eché el ojo a la secretaria de mi jefe. Cada vez que voy a dejarle un discurso lo único que veo son las piernas de esa mujer.

—Vamos, te la quieres echar. Pero hablando de relaciones de verdad...

—Nada serio todavía, ¿y tú?

—Yo estoy casi igual. Quique quiere andar conmigo.

—¿Quique era aquel dientudo que andaba con tu amiga?

—Sí. ¿Y qué crees?, hace poquito tronaron porque él siempre le hablaba de mí a mi amiga y ella ya no lo aguantó; siempre ha sido bien celosa.

—¿Y a poco te gusta el dientudo?

—Sí, pero no pienso andar con él.

—¿Por qué?

—Porque él lo que pretende es que nos vayamos a vivir juntos, así nada más, sin un papel de por medio, ¡imagínate!

—¿Cuál es el problema?

—¿Cómo que cuál es el problema? Pues que yo... yo podré ser una desmadrosa, pero de que me caso, me caso...

—¿Y él?

—No, quiere que nos juntemos con lo poco que tengamos y ahí la vayamos pasando sin mayor complicación.

—Le dicen unión libre. Está de moda.

—¡No me digas! También le dicen cobardía. ¡Si no somos perros! —

¿Qué culpa tienen los perros?

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

—No.

—Pues que mi amiga sí hubiera aceptado gustosa. Se moría de ganas de que Quique se lo pidiera, porque ella también es de esas ideas.

—Total que...

—¡Total que es un desmadre!

—¡Híjoles! No sé si estábamos mejor antes, cuando éramos novios y andábamos peleando a cada rato, o ahora que ya no peleamos pero estamos más solos que nunca.

—No, ni yo tampoco sé.

—Te digo que sí me gusta la secretaria de mi jefe, parece modelo con esas piernas tan, pero tan largas. El único inconveniente es...

—¡Ahí está! Luego luego le ves el pero a cualquier cosa.

—Es que es muy inculta; digo, no pretendo tomar por amante a una enciclopedia con piernas, que por otro lado no estaría nada mal si tuviera precisamente esas piernas. Necesito a una mujer con la que pueda hablar. La vez que la invité a cenar le conté de mis últimas lecturas...

—¡Uuuh!

—Ya sé, ya sé, a la mejor me pasé, digo, no es indispensable que conozca a Wittgenstein, por ejemplo, ¿pero qué crees que me dijo?... ¡No lo vas a creer! Me dijo muy molesta ella: ¿Por qué esos señores, Ortega y Gasné, escribían siempre juntos; qué, no podía cada uno hacer sus propios libros? ¿Qué, nacieron pegados o qué?

—Eso no es importante. ¡Bah! ¿Sólo por eso no le llegas? ¡Eres bien bruto!

—No, claro que no.

—Es más, tú la puedes ilustrar en ese tipo de temas. Yo digo que lo importante es otra cosa...

—Claro, la podría pigmalionizar: la reeduco en unos cuantos meses, la adiestro, la reprogramo, la reconstruyo...

—De acuerdo, si necesitas a una mujer que sepa de literatura, ¿por qué no la buscas en la facultad de letras?

—No, no se trata de eso. Tampoco se pueden forzar las cosas... Cada vez que voy a la oficina a dejar un discurso me extravió mirando a Rosario, me encanta su manera de arquear las cejas, me gustan su voz y su sonrisa; es muy graciosa, me recuerda a Audrie Hepburn... Aunque sé que no duraríamos ni un mes, de cualquier manera valdría la pena...

—Si continuas así vas a terminar igual que cuando me andabas poniendo los cuernos, ¿eh? Como el perro de las dos tortas... Nomás que esta torta no tenía comparación...

—No lo dudes ni tantito. Todas las relaciones, desde que son humanas, nacen condenadas al fracaso, así como las plantas que echan raíces en la tierra se van a pudrir algún día... Lo que no encuentras en tu pareja lo hallas en otra persona... Por eso sería fantástico tener una serie de mujeres que te ofrecieran cada una algo de lo que necesitas...

—O de hombres, para nosotras.

—¡Claro!

—Pero imagínate qué desmadre, sería una red de relaciones muy compleja; terminaríamos andando con medio mundo, ¡como en una orgiotototal... ji, ji, ji.

—Bueno, quizá no tanto como una orgía, porque el sexo sólo sería una de las necesidades a satisfacer. Habría que tener a una pareja para los fajes adolescentes, otra para el sexo-sexo, otra para tener hijos, otra para las vacaciones, una para presentarla con tus padres, otra para que escuche tus problemas, otra para...

—Ajá, la bronca es que tú también tendrías que cubrir las necesidades de distintas mujeres, si no creas que te ibas a salvar, ¡claro que no!, y no te daría tiempo para andar córrele que te corre de aquí para allá, de una a otra. Que fulana está llorando y tienes que ir a consolarla, que mengana necesita que le ayudes a cargar las bolsas del supermercado, que perengana quiere que le digan que se ve muy bonita hoy. Te volverías loco en un santiamén, te lo aseguro...

—Pues sí, terminaría deseando que las cosas fueran más sencillas otra vez y poder gozar de la bendición de tener una sola pareja.

—¿A qué hora empiezan tus clases?

—A las seis, pero podemos ir al museo antes; como a eso de las tres. ¿Te gustaría?

—¿Al museo? ¿Para qué?

—Sí, al museo... al que fuimos la semana pasada.

—¡Ah!, ya me acordé. No te refieres al de antropología...

—No precisamente. Uno menos aburrido. ¿Vamos? —

Pues... yo creo que sí.

—Después te invito a comer por ahí y te voy a dejar a tu casa antes de irme a la prepa, ¿eh? ¿Cómo la ves? ¿Te late?

—Ajá. Me parece bien...

—Y bueno, si le pides un poco de dinerito a tu mamá o a tu papá, pues nos ayudaría bastante, ya sabes que cobran la entrada... del museo.

—Voy a ver cuánto me da mi mamá, porque a mi papá casi no lo veo entre semana.

—¿Qué, es muy parrandero tu jefe?

—No, es por su trabajo. Se la pasa trabaje y trabaje, el pobre.

—¿De parte de quién?

—De Paco Archundia.

—Fíjese que el licenciado recién entró a una junta muy importante.

—Esto también es importante.

—¿Y de qué se trata?

—No... es un asunto... ¿cuánto tiempo va a durar la junta?

—¡Ay, no sé! A veces se están las hoooras, y como hoy hay acuerdo, ni siquiera salen a comer. Pero déjeme sus datos y en cuanto se desocupe el licenciado yo se los doy.

—Dígale que habló Paco Archundia, por favor, él ya sabe muy bien de qué asunto se trata.

—¿Está usted seguro que sabe de qué se trata? Es que al licenciado siempre le hablan muchas personas y luego él no se acuerda de todas.

—De mí sí se debe acordar.

—Sí, señora, es que tenía un desayuno...

—¡Pero si se desayunó antes de salir de casa!

—Este... Lo que pasa es que no se acordaba que tenía que ir, pero cuando venía de camino para acá se comunicó y ya fue cuando le recordé lo del desayuno.

—No entran llamadas a su celular.

—Es que el licenciado lo ha de haber apagado para que no lo interrumpieran. Yo le doy su recado cuando...

—¡Ah, bueno, no era nada! Luego le hablo.

—¡Joaquín, vente de volada a la casa de la señorita Clara! Ya se me hizo bien tarde.

—¡Como de rayo, patrón!

—¡Horrible! Este trabajo ya me tiene hasta la madre.

—Pero ganas bastante bien, ¿o no?

—Sí, ahora tengo dinero, por ese lado no me quejo. —

Es lo que querías...

—Lo malo es el precio: escribir una sarta de estupideces, con un lenguaje asqueroso que ya se me está pegando a los sesos. *Debemos instrumentar, ¿o implantar?, un plan muy ambicioso que encare, ¿o haga frente a?, la realidad económica del país, incluyente de los sectores más decaídos, ¿desprotegidos?...*

—¡Qué güeva!

—Todas esas palabras revolotean como cuervos sobre mi cabeza... ¡Un día me van a sacar los ojos!... Cada vez que me pesco hablando con la jerga de la politiquería barata...

—Mira, no se puede tener todo. Antes, cuando andabas conmigo, escribías lo que se te pegaba la gana por completo, pero andabas sableando al primero que se dejara. Ahora te compras

buena ropa, comes en restaurantes de moda, traes tu celular de última generación y hasta estás pagando tu departamento.

—Nada más deja que termine de pagarlo y los aplausos van a ser para mí, cuando escriba mis libros y publique mis libros, y no para el idiota de mi jefe en sus actos públicos.

—¡Pues hazlo de una vez, escríbelos!, ¿cuál es el problema? Las historias andan por ahí, flotan en el aire, sólo es cosa de pescarlas...

—... ¿De escucharlas?

—Y luego de escribirlas, ¿no?

—Eso es lo difícil...

—¡Pero si te la pasas escribiendo discursos!

—¡Te digo que justo ése es el problema!

—Mis papás me van a llevar a Orlando el miércoles y regresamos hasta el domingo por la noche.

—Ajá, ¿y por qué no me lo habías dicho?

—Porque no lo sabía; bueno, no me acordaba. Lo planearon hace meses. Un día mis papás ya se andaban mediomatando y al final de la pelea quedaron en que si no salíamos de vacaciones en este puente, se divorciaban, y apenas mi mamá lo recordó, como no queriendo la cosa, hoy en la mañana.

—¿Crees que te den permiso de quedarte?

—¿Yo, aquí en la casa, sola?

—¡Eso mero!

—¡No, mi papá no me dejaría ni en sueños!

—Dile que yo te cuido.

—Seguro, y de paso te hace un agujero entre ceja y ceja.

—Oye, ¿de veras tu jefe usa pistola?

—¡Pero por supuesto! Su treintaiocho. Él siempre dice que tiene que cuidarse.

—¿A poco trae guaruras?

—No precisamente, a ellos sólo los usa para los actos públicos. Para el diario tiene a Joaquín, un señor que aparte de traerlo de aquí para allá en el coche, también lo cuida.

—Ajá... Bueno, dime, ¿qué voy a hacer sin ti estos días?

—No sé. Yo no quiero ir, pero ya sabes cómo es eso de la familia, que nunca hacemos algo juntos, que es para que nos divirtamos, y cada año es lo mismo: fastidiarse en las vacaciones.

—Mmmh, yo con mi familia nunca voy a ningún lado...

—Espero que no vayas a salir con tu amiguita esa con la que te vi la otra vez.

—Pues si tú te vas y me dejas solito, ¿qué quieres que haga mientras? Voy a tener que visitarla...

—Ándale, ¿eh?, y la que te abre el agujero entre las cejas soy yo.

—Es pura broma, ¿cómo crees que te voy a cambiar por aquella?

—Usa una treintaiocho y tiene un chofer guarura.

—Nada nuevo, nada nuevo...

—¿Qué hago?

—Mantén los ojos y los oídos bien abiertos y reporta todo lo que averigües...

—Ya le volví a decir, Ramón. Y la maestra, terca con que si Beto falta el miércoles y el viernes, duda mucho que apruebe el año; el miércoles tiene exámenes mensuales y el viernes le toca el final de inglés.

—¿En qué quedamos? Primero, que nunca lo llevo a ningún lado, y ahora, que no puede ir a unas vacaciones planeadas para él.

—¡Pues la escuela, la escuela!

—¡Pero a qué clase de loca se le ocurre hacer examen final en viernes de puente!

—A la maestra de tu hijo.

—Para acabarla de fregar, mi hermana dijo que está harta de que le encajemos a Beto.

—Qué raro, si siempre salta de alegría cuando se lo encargamos.

—Pues ya ves. Así es ella, desde pequeña: muy voluble. No se puede confiar en ella.

—¿Qué hacemos entonces?

—Tampoco puede Clarita...

—No me gusta que Beto trate tanto con esa mujer.

—Mmmh... ¡Ya sé!, dile a la maestra que yo ya estoy en Orlando y que no has podido comunicarte conmigo para avisarme que no pueden venir. Prométele que te vas a poner a repasar con él para que el lunes haga el examen final.

—Pues sí, ¿y qué hacemos con las faltas? El promedio de asistencia cuenta mucho para las calificaciones finales.

—Convéncela de que se haga de la vista gorda. Total...

—¿Así de fácil?

—Dile que le voy a enviar un regalo.

—¡Se supone que no he hablado contigo!

—No importa. Asegúrale que cuando regresemos... y le hablas en tono como de confidencia: cuando regresemos, mi marido le va a traer un presente, señorita profesora. Vas a ver con cuánto gusto acepta.

—Siempre quieres arreglar las cosas así...

—Uy, morena, ¿qué más podemos pedir?: tenemos coche y casa para varios días... Hasta televisión por cable. Y si vieras qué blandita es la cama...

—En este momento no estoy en casa, pero tú sabes qué hacer al oír el bip.)))

—No, no sé qué hacer, Chayito... ¿Bip? ¿Bip, qué?, ¿qué significa bip? Yo bip, tú bip... En este momento me siento un poco... ¿bip?, o mejor dicho, declarada y rotundamente, ¡bop! Sí, estoy súper ¡bop! Ni modo.

—No sé qué hacer. Nunca está o no me quiere contestar... Tuve que darme valor para dejarle un recado... Mientras tanto ella anda en alguna fiesta ¡o en casa de otro cabrón!

—¡Para que aprendas! Te topaste con la horma de tu zapato.

—Gracias por el apoyo... ¿Por qué será que a nadie le gusta dejar recados en las contestadoras?

—Es que si sabes que no hay nadie del otro lado de la línea pues te desanima, sobre todo si mientras tanto esa persona está en brazos de otro, o debajo de otro, o...

—Ya, ya. No es necesario que hagas que me lo imagine.

—Es bochornoso hablarle a una méndiga máquina. ¿No te sientes medio estúpido haciéndolo?

—Es como hablarle a un maniquí.

—Peor.

—O a la luz de una estrella muerta.

—¡Aaandamos heridos!

—Me desperté triste.

—¿Si no te gusta la cosa, para qué le sigues?

—En algún momento tiene que escuchar mi recado, mi voz diferida, pero al fin y al cabo, mi voz.

—¡Bájale!

—Son unos pesados. La mujer se da ínfulas por el puesto de su marido; a él sólo lo vi una vez que por equivocación se paró en la escuela. Lo único bueno que tienen es que cada vez que el niño anda mal me envían un regalito: una botella, una chamarra de

piel o una pluma fina, y no me queda más remedio que hacerme la loca y ayudar al niño con las calificaciones. En realidad a mí nada me cuesta, se trata de su hijo, no del mío y ellos saben lo que hacen con su educación; yo lo tengo un año y ellos cargan con él para toda la vida.

—¿Y los demás niños no resienten la preferencia, digo, no se dan cuenta, querida?

—Claro que se percatan, y no lo oculto para nada. Es una buena manera de que se acostumbren a cómo son las cosas en este mundo... Para que luego no los agarren por sorpresa. Ésa es mi mejor enseñanza; quizá la única, lo demás son puras tarugadas: rayas y bolitas.

—¿No te parece una lección descarnada para niños tan pequeños, querida?

—Así es la vida.

—Mientras tú recibes las dádivas... ¡pícaral!

—Si no soy yo, otra las va a recibir. Es un pequeño pago por lo mucho que nos roban esos malditos políticos.

—El otro día, por ejemplo, un domingo, mientras desayunaba con la familia en la cocina, de pronto vi pasar a Joaquín, que siempre traía una chamarra como de terlenka, y se me ocurrió regalarle una de piel. Hubieras visto lo contento que se puso el hombre; mi esposa aprovechó para felicitarme: Su padre es un hombre generoso, hijos, deben seguir el ejemplo, bla, bla, bla... ¡Je, je!, si supiera que sólo lo hice por quedar bien y que me respeten... Bueno, también por educarlos.

—Conmigo no tienes necesidad de nada de esas cosas, mi amor. —Contigo no, por eso me la paso tan bien cuando estamos solos. —¿Qué tal estuvo Orlando?

—Así, así. Nada más cumpliendo. Ya sabes, cumpliendo...

—Bien, Orlando, bien. Lo que extrañé fue... no lo vas a creer: mis clases de yoga.

—No me digas.

—¡Es lo único que me relaja!

—Te creo, amiga, te creo.

—Fíjate que hay un señor muy simpático, flaco, flaco, que se pone junto a mí en la clase de yoga. Yo no lo había notado. El otro día que me dice: Señorita, porque me dice señorita, ¿eh? ¿Cuántos años cree que tengo? Pues que le digo: No sé, le calculo unos cincuentaitantos, ¿por qué? Y que me responde: Va usted a pensar que le estoy mintiendo, tengo sesenta y nueve. De veras creí que me quería tomar el pelo, que me estaba haciendo la plática nada más para... para ya sabes. ¡Otro viejo cochino!, pensé.

—Nada raro, amiga.

—Bueno, el caso es que al día siguiente llega con un papel arrugado y me lo entrega. ¿Esto qué es?, le pregunto. Mi acta de nacimiento. Y efectivamente, ¡el señor tiene sesentainueve años!

—Dame la dirección, amiga, voy a mandar a mi marido a ese lugar. A ver si por lo menos logran que se vea de la edad que tiene.

—Tú andas muy clavado con el tema de los teléfonos. Ya te va a entrar la obsesión. Si no te conociera yo. Bueno, ¿qué fue lo primero que se dijo por teléfono?

—Según cuenta la historia, Bell le llamó a su ayudante: ¡Venga, señor Watson, lo necesito! Estaban en habitaciones diferentes, como a cuatro metros de distancia.

—Conque eso fue lo primero... Mmmh, ¿y qué será lo último?

—Seguramente algo parecido. Nunca podremos decir nada nuevo a través de estos artefactos. Lo único que cambia es la distancia: cada vez estamos más lejos los unos de los otros.

—Sí, pero...

—¡Seguro! Imagínate que alguien dijera en los momentos últimos de la humanidad: Me hubiera gustado que estuvieras aquí, pero qué lástima, hay tantos kilómetros de distancia entre ambos... Y luego ¡pum! Y luego el silencio.

—Qué patético que así terminara la vida.

—A lo mejor al final ni siquiera va a haber tiempo para darnos cuenta de que todo se acaba, de que ya valimos... entonces, la última llamada podría ser la de algún idiota pidiendo una pizza o llamando a una hot-line.

—¡Qué manera tan original sería esa de usar el teléfono por última vez!, ¿eh?

—No sé qué sería peor: no alcanzar a decir nada o decir puras pendejadas.

—¡Bah! Lo bueno es que nosotros no vamos a vivir para contarle, porque para cuando el mundo se acabe todavía le cuelga un buen...

—No estés tan segura. ¿Qué tal si es mañana o el próximo mes? —
Mi amigo el optimista y unos cuates...

—Busca en el sótano una chamarra como la que te regalé, y me la traes a la oficina.

—Aaah, sí, patrón.

—Agarra una que sea talla cuarentaicuatro o la más grande que encuentres porque es para un marranote.

—Sí, patrón.

—Después vas a la vinatería y compras una botella de brandy, no, mejor de cognac.

—¿Del caro?

—Sí, del bueno. Pero me la traes en una bolsa, no vayas a llegar a la oficina luciendo la botellota en la mano.

—Sí, patrón.

—Escúchame bien, me acaban de invitar a una reunión de comerciantes del centro de la ciudad. Tengo que hablar sobre el problema del contrabando de electrodomésticos, ropa y todo tipo de artículos que venden en la calle, y decir que aparte del delito que implica el tráfico de esta mercancía, esto ocasiona una competencia desleal para los comerciantes establecidos porque los contrabandistas no pagan impuestos, ni publicidad, ni renta de locales, ni servicios: se roban la luz con los famosos diablitos, etecé, etecé... ¡Esos tipos son unos defraudadores! Nada que no hayas visto en los noticieros, ¿verdad? ¿Tienes dudas?

—Correcto, correcto, licenciado. ¿Quiere que el tono sea fuerte o meramente informativo?

—Que suene medio molesto, pero sin exagerar; tú ya sabes, que suene a que es un problema que sí se va a resolver. Lo que me propongo es que los comerciantes salgan de la reunión convencidos de que sí se está haciendo algo por defender sus derechos.

—Muy bien, licenciado. ¿De qué duración quiere su discurso? —
De... una media hora.

—Sí, licenciado, media hora. A más tardar pasado mañana, por la tarde, tendré preparado su discurso para que usted me marque las correcciones que juzgue necesarias.

—Déjamelos con Chayito, por favor. Nos vemos, ¿eh?

—Mira, Rosario, Chayito, en la ofi sólo nos vamos a ver como compañeros de trabajo. ¿Sí? Es mejor que no sepan que nos hicimos novios.

—¿Pero por qué? Tú casi nunca estás mucho tiempo en la ofi, sales a cada rato a repartir tus paquetes. Además, no tiene nada de malo que seamos novios: somos adultos y solteros, así que podemos hacer lo que se nos pegue la gana.

—No es por eso, sino, ¿cómo te lo explico?, como trabajamos en el mismo lugar, luego la gente es tan envidiosa que cuando

ve a unos novios así, tan contentos como nosotros, empieza a meter cizaña para que truenen rápido. ¡Nooo, si esa gente es de lo peor! ¡Además tú eres la más guapa de la ofi y a todos les va a cagar que andes conmigo!

—¿No será porque te quieres ligar a otra también, a la secretaria nueva, por ejemplo, que siempre anda bien escotada mostrándote la pechuga cada vez que llegas a la ofi con tu traje de cuero?

—¿Cómo crees? Si está retegorda la pobre. No, yo lo digo para que lo nuestro dure...

—Bueeeno, pero entonces no te vayas a poner celoso cuando alguien me empiece a coquetear, ¿eh? Porque si se supone que no tengo novio...

—¿Qué, te trae ganas alguien de la ofi?

—No, lo que pasa es que a nosotras, las secretarias, siempre se las quieren ligar los hombres que creen que... nomás porque una es amable y tiene que ponerle buena cara a todos... creen que una siempre está dispuesta... casi casi desesperada porque la tomen a una aunque sea de detallito.

—¿¡Qué, ya te echó los perros tu jefe!?

—No, ¿cómo crees?, si él tiene a su detalle de planta, incluso en ocasiones yo lo tengo que andar tapando cuando su mujer lo busca y él ni ha llegado a la ofi... ¿No la conoces?

—Pus no sé quién es.

—¡Clara! Una alta, de flequito ella, y ojos verdes, que a veces viene a verlo, nomás en la quincena. Sí te la has de haber encontrado alguna vez.

—Hummm, creo que sí, ¿una alta, pechugona?

—¡Ándale!

—Aaah, ¡pero no me cambies la conversación!

—Mira, el que sí me ha invitado es el que le escribe los discursos a mi jefe, pero de ahí en fuera, nadie más...

—¿Y ya saliste con el de los discursitos?

—...

—¿Es uno flaco, de lentes, que nomás le cae de vez en cuando?

—¡Sí, ése, ése!... No te vayas a enojar; una vez fuimos a cenar.

—¡Ajááá!

—Pero eso fue incluso antes de que tú llegaras a trabajar aquí.

Y nunca más volvimos a salir. Hasta ahí quedó la cosa.

—¿¡Qué!? ¿No te gustó?

—¡No seas celoso! No iba en plan de ver si me gustaba o no, era nada más para distraerme un poco, yo no tenía novio, y la verdad es que me aburrí de lo lindo. Primero se puso a platicar de autores de libros que yo ni conozco y que ni me interesa conocer. Es muy ratón de biblioteca, y a mí me chocan los hombres así, que creen que con eso la mujer ya va a caer rendida a sus pies, nomás con hacerse los muy interesantes, según ellos.

—Sí, ya veo.

—Habla... como no tienes idea, no le para la lengua. Después de lo de los libros me contó sus decepciones amorosas, desde que era un escuincle y se enamoró de una bibliotecaria bizca hasta que terminó con su última novia porque conoció a otra que al final resultó que nomás se lo andaba cotorreando. Para no hacerse el cuento largo, total que se quedó solo. Es un tipo... no sé, muy raro, muy indeciso. Me la pasé bostezando toooda la cena, ¡y cómo le agradecí a Dios el momento en que me dejó en mi casa! Desde esa vez nomás le recibo lo que traiga y luego luego me pongo a escribir en la computadora para que vea que estoy ocupada y no le vaya a dar por explayarse.

—¡Perfecto! Lo voy a tener vigilado al fulano ese de los discursos para que no se pase de la raya.

—Ay, no es para tanto. A mí ni me gusta nadita... A mí me gustan los hombres guapos y románticos...

—Pues bájale una botella.

—¿Otra?...

—Tiene tantas que ni se va a dar cuenta. —

En el sótano hay puras abiertas.

—Escógete una buena para que nos pongamos bien contentos...

—Órale, está bueno. ¿Paso a recogerte o nos vemos a la entrada del cine?

—Mejor en el cine. La señora es muy payasa, no le gusta que pasen por mí. No quiere que me ronde ningún galán para que no salga empanzonada.

—¡Qué vieja tan metiche! Si sabe que estás casada.

—Ni se acuerda.

—Mejor, así no te va a echar de cabeza con tu marido si me ve.

—¿Y qué película está?

—*Las aventuras de una viuda*.

—Túúú... nada más te gusta ver películas de esas.

—Pues de qué otras... Pero tú tampoco te las des de muy santita, si te ponen bien calentota... ¡Uta!, ahí viene mi patrón caminando como guajolote. Si me ve hablando por teléfono me chinga, y para qué te cuento...

—¡Nos vemos a la entrada!

—Cuando hablamos por teléfono somos como ciegos. ¿De qué sirven los ojos con estos aparatos sino para posar la vista en objetos que no miramos? Por teléfono mentir es más fácil, y no sólo es más fácil sino que casi casi el aparato nos pide que lo hagamos, nos incita a engañar, a representar lo que no somos, igual que cuando se arreglan las citas a ciegas: Mido uno ochenta, ojos azules, bien parecido... ¿Quién no miente por teléfono? ¿Quién no se ha aprovechado alguna vez de que no nos puede ver la persona con la que hablamos? Si ya lo decía Sturtevant...

—¿Esturtequé?

—¡Sturtevant! Él tenía la hipótesis de que el lenguaje apareció para que el hombre pudiera mentir, porque antes expresábamos

nuestras emociones espontáneamente, con gestos, miradas, gruñidos: no había engaño... pero desde que surgió el lenguaje, como una comunicación voluntaria, nació la capacidad de mentir. Y yo digo que desde que nació el teléfono es doblemente fácil mentir.

—Pero ahora que ya hay teléfonos con pantalla, ¿qué va a pasar?

—Nada. Es lo mismo. ¿Cuándo has visto a una anunciatrix de televisión que no mienta, y no sólo eso, que mientras diga una mentira no se le note en la cara? Aunque hay miles de trucos para falsear, fingir o disimular situaciones. ¿Cómo vas a advertir el sudor o el temblor de sus manos, el ritmo cardíaco, su respiración? Y aun así, con todo y que se monitorearan sus signos vitales, hay gente capaz de burlar al detector de mentiras.

—Pues eso sí. No hay nada como tener a la persona frente a frente, aunque Esturtupedo diga que ni así. Pero se me hace que eres muy negativo y sólo ves una de las caras del asunto, porque también cuando hablamos por teléfono estamos como sin cuerpo... somos sólo voz para el otro. Esto de hablar con alguien que no está presente no deja de ser un poco espiritual... un poco mágico: comunicarse a distancia... como telepatía...

—Pero una telepatía con muletas no es telepatía: ¡es mera telefonía! Puede ser que estemos perdiendo nuestros poderes desconocidos por usar esta tecnología. Antes del teléfono, antes del correo ordinario, la gente tenía que comunicarse a la distancia de alguna manera... Las comunicaciones eléctricas se inauguraron hace apenas como siglo y medio. Antes del telégrafo, la gente nomás cerraba los ojos, se concentraba y se podía comunicar a cualquier lugar del planeta... ¡y gratis!

—¡Ay, sí, tú!

—Dicen que las calculadoras y las computadoras atrofian nuestra memoria y nuestras habilidades matemáticas...

—Eso dicen, pero yo, la verdad, no cambio ni mi laptop ni mi celular por nada. Lo siento por los pobrecitos que vivieron sin

teléfono... Si vieras cuánto me entretengo comprándole fundas de colores y accesorios nuevos a mi celular, ¡mi móvil, majo!, mi telefonino...

—¿Como comprarle chambritas a tu bebé?

—¡Cómo eres baboso!

—Estamos realizando una encuesta acerca de ropa interior para dama.

—¿Y por qué me llaman a mí?

—Es un estudio telefónico al azar. No le quito mucho su tiempo; por favor, señora. No es necesario que me dé su nombre, ni ningún otro dato personal.

—... Está bien, empiece.

—¿Qué marca de brasier compra usted?

—De varias, depende del precio...

—¿Qué talla usa?

—... Eso no se lo voy a responder.

—Bueno, pasemos a otra cosa. A ver... ¿De qué color usa los calzones?

—¡Idiota! ¡Váyale a preguntar a su abuela!

—Dicen puras leperadas o se quedan callados los muy...

—No te preocupes, voy a comprar un identificador de llamadas.

—¿Qué ganamos con eso?... ¿No será muy complicado?

—No, es bastante práctico. Así nada más aceptas las llamadas de los números que reconozcas y nadie podrá violar tu intimidad... nuestra intimidad. Tenemos que cuidarnos más ahora que salgo en los periódicos y a cualquier loco se le puede antojar molestarnos.

—¿Y si se trata de una emergencia? Si les pasa algo a Beto o a Alicia y al tratar de comunicarse con nosotros desde la calle no

levantamos el teléfono creyendo que es el bromista o el mudo, ¿qué pasa entonces?

—...

—¡Ramón!

—... Dígale que pase, por favor, Chayito.

—¡Contéstame!, ¿qué sucede en ese caso, Ramón?

—Mira, te marco después, ¿sí?... Adelante, tome asiento, licenciado.

—No me cuel...

—*Clic.*

—Estás cansado, los párpados te pesan, los ojos se te cierran poco a poco, tienes sueño y tu voluntad se derrite, te sugestionas con facilidad, no puedes negarte a mis órdenes... En cuanto escuches la señal sentirás una necesidad irrefrenable de dejar tu nombre, número de teléfono y mensaje.)))

—Yo, no. ¿Tú, sí?

—Una vez, nada más.

—Como canción.

—Ándale. Fue raro porque la relación no prosperó después de eso. Nos gustábamos por teléfono y sólo así se dio.

—¿O sea que es la historia típica de los que se conocen por carta o hacen una cita a ciegas y cuando se ven por primera vez se llevan el chasco y la relación se acaba?

—No exactamente. Ya nos conocíamos físicamente desde antes de ese episodio.

—Pero, ¿cómo?, ¡cuéntame cómo estuvo!

—Se llamaba Gilda, y le quedaba bastante bien el nombre.

—¿Cómo?, ¿por qué?

—No sé, es que si escucho ese nombre me imagino de inmediato a una mujer chimuela o con algún defecto en la cara. No me preguntes por qué.

—Ah, por eso fue mejor por teléfono.

—El caso es que no era fea, ni chimuela, quizás hasta podía haber pasado por una mujer bastante guapa, pero no se arreglaba bien, como que estaba muy aseñorada. Su defecto era sutil, un defecto... de personalidad...

—¿Cómo la conociste?

—Era amiga de otra amiga. Eso creo, ya ves que conoces gente y luego ya ni te acuerdas de dónde salió.

—Si no te acuerdas bien es porque no te llamó la atención desde el principio.

—Exacto. Me la encontraba en esas salidas que se organizan en grupo para ir al cine o de campamento, y no nos habíamos fijado el uno en el otro. Por lo menos yo no. Ella formaba parte de la decoración, de la bola, pues, porque su presencia no se notaba, y su ausencia tampoco era muy significativa que dijéramos. Yo no la extrañaba, pero sucedió algo...

—Espérame tantito...

—... algo absurdo...

—Ya, es que se me andaban durmiendo las nalgas.

—Pues hablando de nalgas, estaba en una fiesta sentado en el suelo, viendo a la gente que llegaba, y llegó Gilda y se sentó junto a mí. Nos pusimos a platicar de puras cosas trascendentes, de que si los ositos de goma eran mejores que los frijolitos de colores... ella estaba convencida de que los osos eran lo máximo y yo: Sí, claro, los ositos panda... No quería parecer grosero, hacía esfuerzos por prestarle atención y al mismo tiempo buscaba el pretexto para levantarme. Y bueno, justo cuando ella dijo: Mis preferidos son los morados, una chica de cabello negro metió su cabeza entre ambos y me plantó un beso en la boca.

—¡Así nada más! ¿Sin decir agua va?

—Sin decir lengua va. No sé si me confundió con alguien o era uno de esos jueguitos de castigos tontos o de plano el alcohol la puso medio cachonda. Yo nomás vi su cara muy de cerca, que era bonita, y me saboreé el beso. Punto. La muchacha se alejó sin decir nada y yo tomé la cosa como iba y no intenté averiguar sus motivos porque... porque son de esas cosas que pasan así nomás. Volteé a ver a Gilda y quise continuar la charla con ella: ¡Ah!, sí, los panditas de colores. Ella apretó tanto los labios que casi se le quedaron sellados y, con gesto de ¡quéee bonito!, me soltó: Disfrútalo, tú disfrútalo mientras voy por una cerveza, ¿quieres una?, ¿eh? Y ya no regresó. Estaba emputadísima.

—¿Qué esperabas? Si tú me hubieras hecho eso te cacheteaba ahí mismo.

—Yo... no le había hecho nada, pero, bueno, la noche siguiente sonó el teléfono y...

—Era ella, ¿verdad?

—¿Cómo supiste?

—Nada raro: otra hija más de la mala vida... Sí, dímelo a mí. Además, hartas veces así empieza una relación: por celos, por envidia...

—Fue muy raro, descolgué y desde el principio me pareció estar conversando con otra persona, no con Gilda. Su voz sonaba distinta, se oía... tan agradable. No era sólo su voz, toda ella había adquirido una personalidad distinta... Al poco rato descubrí que era una *transformer* telefónica. En vez del alcohol o las drogas lo que despertaba en ella su naturaleza escondida era el teléfono, ¡fíjate nomás!

—¿Una *transformer* telefónica? ¡Qué loca! ¡No me digas!

—Ella se la pasaba colgada del teléfono y creo que encontró, entre todas sus adicciones posibles, la más feliz; le sacaba provecho de verdad. Era como... si se pusiera una máscara. Sí, una máscara. Y ella sabía que si cualquiera puede utilizar el teléfono igual que una careta, para mentir y engañar, también puede usar-

lo para encontrar en sí mismo facultades inexploradas que no salen a la superficie si no es a través de ese conjuro eléctrico que atrapa a su yo más superficial y lo anestesia, permitiendo que, a cambio, un segundo plano de su personalidad tome la palabra.

—Ya me estás aventando la dormitorio...

—Gilda tenía un verdadero pacto con el teléfono. Se agigantaba a través de él. Me puso canciones de Luis Llac, modulaba su voz como anunciatrix profesional y me fui olvidando de su cara, de su ropa, que había llegado a detestar, y vi a una Gilda nebulosa que surgía de capas remotas, interiores... una Gilda que poco a poco iba restañando las heridas de su imagen, como durante un milagroso proceso de restauración del cuadro de una maja percutida que de pronto recuperara su esplendor y deviniera hermosa de nuevo... Y justo cuando la vi en todo su esplendor me dio la estocada: Podemos ser buenos amigos, no te fijes en mí como mujer, como aquella muchachita que te besó en la fiesta...

—Tóóómala. ¡Ja, ja!

—Sí, claro que le atinó a la estrategia. De inmediato tuve urgencia de ponerle las manos encima, de exprimírle los pechos. El problema era que nada más de verla me enfriaría. Así que en lugar de salir corriendo hacia su casa tenía que hacérselo a través de la línea... o quedarme con las ganas.

—Le ha de haber salido humo al teléfono.

—En ese momento fue cuando debía echar mano de mis mugrosos recursos de orador. Ya desde entonces estaba condenado a formular discursos, a tratar de convencer con palabras.

—¿Pero cómo convences a alguien con quien no has tenido sexo de que lo haga de buenas a primeras por teléfono?

—La verdad es que no tuve que esforzarme mucho: Gilda estaba puesta y dispuesta; es más, ella fue la que me convenció a mí con su verbo; mientras yo manejaba un discurso directo, llano, ella me envolvió por completo con su elocuencia; atacó frontalmente con baladas italianas que ella sabía que a mí me

matan y tuve que conectar el altavoz de mi aparato. Nos servimos un tequila a control remoto y cada quien fue apagando las luces de su casa y prendiendo incienso y velas... Ella se quitó los pantalones bajo el imperio de mis deseos: Ahora deslízalos hacia abajo, mi vida, acariciando la piel de tus piernas y siente esos orgasmos minúsculos que afloran al contacto con el aire tibio que expele tu habitación como si fuera mi boca. Gilda me describió sus muslos, con cada palabra me indicaba el camino hacia el reino de suavidad oculto entre sus piernas; deslizando su mano por el interior de sus muslos conseguimos el prodigio de que sus dedos fueran los míos, y yo le pedí: Toca más adentro, y llegó a lo profundo... que se derramaba jugoso...

—¡Ufff! Que me estoy sonrojando, ¿eeeh?

—... Ella transmutó las palmas de mis manos en las suyas, que me tocaban impacientes; yo ya no era el dueño de mi tacto, el suyo se imponía al mío y juntos nos convertimos en hermafroditas. No hubo imagen capaz de contener el prodigio de brazos y piernas, confundándose entre sombras y estertores; le mordí el vientre, los pechos, los hombros... Cerré los ojos, me agaché y, adelantando la cara, mi nariz percibió el comino y la pimienta recién molidos; lamí sus labios y profundicé en su estanque tibio, penetré a Gilda a la distancia... con mi lengua ansiosa; le hice el amor con mi lengua vehemente... Fui una gran lengua que se metió en su corazón abierto en dos. A cambio, un poco de su alma fluyó hacia mí y conocí sus secretos. Y en el momento en que supe que Gilda estaba lista para volar, me dejé ir con ella... Fue como una onda expansiva que de tan potente produjo un cambio de presión en el ambiente que me ensordecí...

—¡Uyuyuy! Si casi me orgasmeo, nomás de oírlo.

—Hubieras sabido lo que es venirte de oído...

—¡Qué rico!

—Desde nuestra ceguera, Gilda y yo formamos esa noche una pareja; pero visto desde afuera, yo no era más que un hombre solo,

desnudo, con un teléfono en la cama. El amanecer nos alcanzó, a ella la sorprendió dormida con el auricular en el seno: su amante negro y diminuto que gritaba: ¡Gilda!, ¡Gilda!, ya cuelga... Pero nada que contestaba. Sólo escuché su respiración, profunda...

—A mí también me gustaría probarlo. Quién quita y lo haces mejor así que en vivo...

—A veces me pregunto si no fue una manera más de masturbarme...

—¿Por qué nunca lo hicimos así, eh? ¿Por qué no te esforzaste tanto conmigo?

—¡Oye!, si nos salía bien a la manera tradicional, no necesitábamos cacharos como éste para...

—¡Ahora los necesitamos para comunicarnos!

—¿Comunicación?, ¡ja! Ahora el teléfono es otra cosa, ya no nos sirve: dependemos de él, ha mutado y adquirido características peligrosas. Yo lo uso por el trabajo; si no, no andaría cargándolo, porque resulta que es capaz de provocarme un tumor en la cabeza, las microndas bombardean mi cerebro, es algo siniestro. Es más, ya me voy, ¡no debería usar tanto esta porquería! Como no me cuesta a mí... Como se paga con el erario público...

—¡No seas payaso! En todo caso, sólo vas a enloquecer un poquito más de lo que ya estás. De algo te has de morir. Aparte de ese pequeño inconveniente...

—Bueno, ya me voy... tengo que colgar.

—¿Y adónde vas? ¿Cómo que te vas?, si traes el celular, ¡tardo!, ahora ya no te sirve tu pretexto de: Es que tengo que salir.

—No te creas, siempre hay pretextos nuevos... ¿Eh?... ¿Qué dices? No te oigo bien. La recepción aquí es muy mala... ¿Bueno?...

—¡No manches, no tienes pretexto para no contarme cómo acabó tu romance a distancia!

—De acuerdo, nada más te cuento eso. Mmmh, ¿cómo estuvo? ¡Ah, sí! Salimos a tomar un café y el fracaso fue espectacular; la conversación, sin temas, agonizante. Ella se atascó en su inse-

guridad y su mutismo, y yo... yo no apetecía un amor telefónico. Lo saboreé una vez, pero no me veía haciéndolo así dos o tres veces por semana.

—¿Y por qué no?

—¿Qué iba yo a hacer si se nos antojaba coger y estábamos juntos? Antes no había celulares. ¿Salir corriendo a buscar un teléfono público, desnudarme y toquetearme frente a los curiosos? ¿Y qué tal si en ese momento todos los teléfonos de la cuadra o del mundo estaban ocupados o descompuestos, como acostumbran?

—¡Jal! Te hubieras visto bien cachondeándote tú solito a media calle en un teléfono público. Aunque te diré que una simple extensión en otro cuarto dentro de una misma casa les habría resuelto el problema... Pero tampoco buscaste la solución para seguir con ella, ¿verdad, chiquito?

—¿Qué, ahora te llamas mi conciencia? ¿O qué? Habíamos quedado en que somos amigos y...

—Ya, ya, ya...

—No, patrón, ¡se lo juro por ésta! Había unas botellas casi vacías y de paso las tiré, nomás para que no fueran a chorrearse y echaran a perder las chamarras. Pero estaban todas vacías, ¡se lo juro! Yo sería incapaz de llevarme una... Ya ve que yo ni tomo...

—¡No tomas consejos, qué!

—¡De veras, patrón!

—¡Ya ni la amuestras!

—¡Ah! Ya recuerdo que me volvió a llamar dos veces.

—¡Qué tal!

—La primera, como a las dos de la mañana. Me dice, con voz de confesionario: estoy con mi novio, tratando de hacer el amor, pero no acabamos de prendernos. Yo pensé: pues sí, tontita, les falta la cabina telefónica.

—¡Ja, ja, ja! Cuenta, cuenta...

—¿Y yo qué quieres que haga?, le digo, ¿que vaya a echarle una mano a tu novio o qué? ¿O que le eche porras?: ¡Que se le paaare, que se le paaare!

—¡Ja, ja, ja!

—Entonces me contesta: No, desde ahí. ¡...! Voy a dejar descolgado el teléfono junto a la cama para que escuches. Y yo: ¡Cómo crees! Y ella que me dice: Mira, por lo que fuimos alguna vez, nada más te pido que nos escuches y así me voy a poder concentrar y a sentir mejor, pero no hables porque capaz que se da cuenta mi novio y me acuchilla.

—¿Y tú qué hiciste?

—Pues escuché un rato, ya sabes: la tentación, el chisme...

—Bueno, ¿y luego?

—Pues pasó lo que tenía que pasar; luego ya colgué, me dio güeva. —

¿Por qué colgaste?

—Pues ni modo que me pusiera a escuchar después cómo iban al baño y se ponían a roncar.

—¿Y cómo fue?

—Bueno, fue rico, por un rato... pero igual de desolador. Porque todos los triángulos están malditos, sean de la índole que fueren.

—¡Uyuyuy, qué docto me saliste! Dame la versión normalita.

—Bueno, fue medio cachondo por tratarse en ese entonces, para mí, de un género nuevo de perversión: un vouyerismo auditivo; no te digo que no me excitó, pero hubiera preferido ser el protagonista, en términos de prestar el equipo completo o de por lo menos tener con quién desquitarme de este lado de acá. Además,

sinceramente, el sexo fuera de su hábitat natural se escucha que da pena. A la larga, fue peor que el sonido de una porno sin imagen.

—Oye, ¿y todavía ves películas porno para animar a tus mujeres?

—A veces, si consigo buenas cintas, sí.

—Ah... ¿Y la segunda vez que te habló?

—Me llamó para invitarme a su boda.

—¿Fuiste?

—No tuve que hacerlo...

—¿Por...?

—Pues porque la boda se celebró por teléfono. Los invitados se enlazaron a través de la línea y escucharon la ceremonia desde casa.

—¡Qué tonto! ¿Cómo crees?

—En serio, fue en línea, por internet. —

Mentiroso... ¿O sí?

—¡Ah, caíste!

—Pudo haber sido cierto, ya supe de algún caso...

—Lo trágico es que sí, ya está de moda hacer todo por internet.

—Tal vez hubiera sido cómodo: ¡sin tener que salir de casa!

—Sí, ya te veo en tu cuarto vestida de gala, enseñando pierna a la camarita web, tratando de ligarte a un güero por chat y bien divertida tomando vino a solas...

—¡Reprobado!

—¿Con qué calificación?

—¡Tuvo tres puntos buenos de un total de veinte!

—¡Qué bárbaro! ¿Estaba muy difícil?

—No, según la maestra era un examen sencillo. —

¿Entonces, qué, no estudió?

—Sí estudió, lo que pasa es que...

—¿Por qué no lo ayudas a repasar sus lecciones en las tardes?

—Lo que pasa es que...

—¿Quéee?

—No sé inglés.

—¡Cómo que no sabes!, en la secundaria y en la prepa llevaste inglés.

—Fue hace tanto que ya ni me acuerdo.

—No exageres, no han pasado ni quince años desde que saliste de la prepa.

—Es que no lo he practicado.

—¡Ponte a estudiar! No creo que sea tan difícil. En lugar de andar con esas cosas raras de la yoga y mafufada y media, deberías ocuparte de algo útil.

—Ay, mira, mejor conseguimos un maestro particular, porque de aquí a que yo me ponga al corriente...

—¡Otro sueldo más que pagar!

—¡No seas codo!... Bueno, tú también le puedes enseñar, ¿no? Porque de seguro tú sí hablas muy bien el inglés, por eso te vas a Acapulco con tus gringos, ¿no?... y además así vas a pasar más tiempo con Beto, que buena falta le hace: anda insostenible.

—De acuerdo, ¡qué más da! Ni modo, vamos a buscar un maestro particular, pues.

—No, el licenciado salió de viaje. Es posible que regrese el lunes. Si gusta dejarme su recado, yo se lo comunico cuando regrese.

—Sólo dígame que habló Paco Archundia.

—Estación de bomberos.

—¡Hay un incendio!

—Primero deme su nombre y dirección.

—Ah, este, Luis Cisneros. Sur siete, número trece, colonia San Felipe.

—¿En dónde es el incendio?

—En mi cuerpo.

—¿Cómo dice?!

—Tuve incendio toda la noche, digo, insomnio, digo...

—Nada raro en ti.

—... Te digo: los pájaros en el alambre, los changos colgados del mecate, la línea pinchada. ¿No oyes de vez en cuando un clic clic sospechoso? ¿No tienes la sensación de que una tercera oreja se ha enquistado entre ambos con su silencio sarcástico... o es mi paranoia?

—Ahora que lo mencionas, pues sí. Me da la impresión de que cuando hablamos no estamos solos. Vas a decir que estoy loquita; de repente se me mete la idea de que incluso alguien nos graba y que tiene un registro de lo que hablamos. Aunque no sabría para qué demonios. ¿Qué ganaría? No se lo he dicho a mi terapeuta. Seguro me respondería que es una manera compensatoria de sentirme importante. Una arrogancia de mi parte, pues, contra lo pequeña que me siento a veces.

—Qué otro argumento te iba a dar tu terapeuta si él mismo pertenece al gremio de los chismosos que figonean en tu vida cada semana, que hurgan tus deseos más íntimos, ¡y encima te cobra... y bien caro!

—Bah, ése es otro asunto.

—No te creas, en el fondo es lo mismo. ¿A quién no le gusta enterarse de las intimidades de los demás, poder escuchar sus preocupaciones, sus debilidades, sus negocios oscuros, con quiénes se citan a escondidas, a quiénes odian, saber cómo se mienten los unos a los otros? Ahora hay aparatos para todo, nadie se libra de que sus conversaciones sean examinadas palabra por palabra. Mientras tú y yo desglosamos nuestras padecencias amorosas cada tercer día, cualquiera puede escucharnos instalado en una azotea, suplantando a un técnico de la compañía de teléfonos, sólo tiene que escoger la línea de su preferencia y conectar su receptor, o desde un automóvil, con audífonos y sin necesidad

de cables, con un rastreador de frecuencias portátil, porque tú sabes que los teléfonos inalámbricos se pueden interceptar con facilidad debido a que transmiten ondas hertzianas del auricular a su base. Imagínate al tipo riéndose de nuestras desgracias, con la ambición de enterarse de más detalles cada vez, como si estuviese oyendo un radioteatro, una radionovela.

—¡Qué mala onda! Ni me digas porque ya no voy a querer hablar por teléfono.

—O... quizá haya algo más oscuro detrás de esta extraña sensación de que nos espían. Porque también existen otras posibilidades... en las que he pensado últimamente...

—¿Como qué? ¿Qué puede ser más cochino que espíar las conversaciones privadas de las personas?

—No cochino, sino... oscuro... estilo tenebroso. No sé cómo nombrarlo... algo menos pedestre. Como apoderarse de las personas de otra manera... A lo mejor divago, pero ¿qué tal si fuera... qué tal si se tratara, digo, del mismísimo...?

—¿Del mismísimo qué?

—Del diablo.

—¡Quéee!

—Del... *clit*.

—... ¡Bueno, bueno!

—)))

—¿Bueno?... ¡Ay, ya se cortó esta porquería!

—Ya andaba yo bien apestoso y saliendo me fui a un sauna nuevo, que es muy grande, y donde de hecho dan clases de gimnasia y no sé cuántas jaladas de esas. Después de andar de aquí para allá toda la noche sirviendo tragos a los pinches gorriones, porque los pinches gorriones son los que piden más chupe, y ya sabes, luego no dejan propina, y aguantando que cualquier baboso me mande: Tráigame un cenicero, tráigame una salsa, más tortillas,

una servilleta, otro tenedor porque éste se me cayó, ¡ah, si serás pendejo, manito!, otro vaso, pa' no revolver, deme más postre, otra copita de champaña, tráigame...

—A su hermana.

—Casi, casi. Y los novios y los papás de los novios dando órdenes y contraórdenes, y después de andar hecho un trompo: sude que te sude, como que amerita, ¿no? ¡Ah, el vapor es chingón!, además me desintoxico, se me sale el olor a cigarro.

—Sí, cierto. A mí también se me antoja a veces. Luego el patrón me trae como calzón de puta todo el día, de arriba abajo, atravesando esta ciudad de locos... y todo por andar checando a su amasia.

—... A ese baño no había ido. Vi en el pizarrón de afuera que costaba un poco caro, pero caramba, dije: ¡va! Entré y desde el principio me latió el lugar: había unas pinturas así como de la India, con gente en posiciones harto retorcidas, mujeres cachondotas, con muchos brazos... y olía a incienso. De principio me relajé... Cuando el güey que atendía me preguntó bien sonriente: ¿Va querer comerse un pollito...?, acepté porque traía un chingo de hambre y me imaginé un pollo rostizado, oliendo a carne... El cuate me miraba raro, como haciéndome ojitos. ¿Tengo changos en la cara, o qué, serás maricón?, casi se la hago de tos, pero pensé, tranquilo, tranquilo, tigre, andas de malas porque no has refinado... Me llevó a mi cuartito y me sentenció: Nomás hay una regla, está prohibido hablar con los pollos. A la salida me lo pagas. Ni pregunté cuánto. Nomás me reí, este tipo está retocado, pensé, ¡mira que no hablarle al pollo, qué cuate tan dañado!

—¡No manches! ¿Pues adónde te fuiste a meter, cabrón?

—... No me pareció mala idea eso del servicio de comida en el baño: cuando sudo me empiezan a tronar las tripas y me da un madral de hambre.

—Con el calor se te alebrestan las lombrices.

—En eso tocan la puerta y abro. ¿Y qué crees?

—¿Qué pasión?

—Entró una güera envuelta en una toalla rosa y cerró la puerta.

—¡Órale!

—Pensé que se había equivocado de baño, pero, no, muy seriecita ella, dejó caer la toalla: ¡qué mujer tan decidida!, pensé, si hasta el hambre se me quitó de volada...

—¿Y?

—Me ofreció un condón y pues a lo que te truje, Chenchá... ¡Súper profesional! Si hasta parecía que de veras no había cogido desde hacía mucho.

—¡Ay, güey, ése era tu polloote!

—¡Hey! Y me lo cobraron a la salida. Pero yo ni rechisté.

—Ja, ja. ¿Pues qué tal estaba el pollo?

—Para lo que pagué, regio. No parecía puta la chava, para nada. Eso fue lo que más me gustó.

—¿Cómo dices que se llama el lugar?

—Vendanta... algo así.

—Te tienes que ganar su confianza absoluta. Que no sospeche nada.

—Pues voy por buen camino.

—Cuando la interrogues, hazlo de manera natural, no le des importancia al tema y no insistas si de pronto no quiere contestarte algo; retomas la cuestión más adelante en un momento íntimo. No te involucres. Un día tendrás que dejar de verla y no deberá quedar ni un rastro de ti en su vida.

—Sí... ya lo sé.

—Pásate mañana después del mediodía al baño de la cafetería de la prepa: busca en el depósito de agua del último privado...

—Llevas tantos años viviendo en el país que pensé que ya tenías la nacionalidad.

—Es difícil que me la den, querida. Hace tiempo que inicié los trámites, pero me piden muchos requisitos, y ahora que estoy desempleado, digo, que no tengo un empleo formal...

—¿No que estabas dando clases la última vez que hablamos?

—Sí, estaba en un colegio muy *nice*, nada más que comenzaron a hacerme la vida de cuadritos, hasta que renuncié.

—¿Y eso?

—Todo por una bola de chismes acerca de que yo tenía que ver con uno de mis alumnos. Un escándalo a la callada, me amenazaron con encarcelarme si no renunciaba; lo bueno es que no tenían pruebas de nada y el jovencito en cuestión nunca iba a confesar...

—¿Entonces sí era cierto?

—Pero claro, claro, querida; tan cierto que fuimos los amantes perfectos durante unos meses. Ese chico nunca lo va olvidar, aprendió mucho. Tú sabes: en nosotros encarnó la mítica historia de amor entre la experiencia y la juventud.

—¡Pero era un menor de edad! ¿Y tú me criticabas por aceptar regalitos de los políticos podridos?

—Mira, una cosa es una cosa... Además, en el colegio había algunos maestros que salían con sus alumnas y nadie decía nada. Claro, porque si se trata de hombres mayores que anden con jovencitas nada más que lo hagan con discreción y ya. Pero en mi caso... parece que es una amenaza, no contra los muchachos, sino contra los otros maestros, a los que en el fondo se les antoja seguir mi ejemplo y tienen miedo de darse cuenta.

—Tú eres algo así como un extranjero por cuenta doble en esta tierra.

—Y pues sí, querida, podría ser...

—¿Has pensando en casarte?

—*Helloo, darling!* Aquí todavía no se admiten matrimonios entre gente gay.

—¡No, nooo!, me refiero a que, como eres rubio, de ojo azul, fácil podrías encontrar a una muchacha ingenua que quisiera fir-

mar el papel contigo ante un juez y luego: *Bye, bye, chao*, te separas bajo cualquier pretexto.

—¿Y para qué?

—Pues así te libras de que te tachen de gay y al mismo tiempo adquieres la nacionalidad, y asunto resuelto por ambos lados, ¿no?

—Mira, lo de que no fuera gay, nadie en su sana locura sería capaz de creerlo, querida, y en cuanto a la nacionalidad, tampoco, eso es una leyenda urbana, porque de todos modos no te la dan nada más porque te cases con una mu... .

—Bueno, mira, mientras resolvemos tus problemas de identidad, podemos hacer otra cosa. ¿Sabes para qué te hablaba...?

—¡Nop!

—¿Te gustaría dar unas clases particulares? Tengo un alumno que necesita un *teacher* nativo. ¡Ah! Sus papás son esos sangrones de los que te platiqué...

—¿Cuáles?

—El papá político que me manda los regalos a la menor provocación y la mamá moscamuerta. Te conviene porque les puedes cobrar bien...

—¡Perfecto, querida! Pásame los datos.

—Tal vez no debí ni mencionarlo.

—¡Empezaste a hablar del diablo y como que se cortó! Oí unos ruidos raros y me espanté, luego ya no me contestabas. ¿De veras no me oías o fue puro cotorreo tuyo?

—No. ¡Cómo crees!...

—Sí lo creo. Sí te creo capaz de esas bromitas y de más.

—Fue una extraña falla de la línea.

—¡Fue tu abuela, qué!

—¡Cááállate! Mi teléfono estuvo muerto toda la noche, hasta que resucí...

—¿Y el celular?

—¿Vas a creer que no lo encontraba? Bueno... lo que te quería decir es que, ¿y si... si aquél fuera quien escucha nuestras conversaciones... y no sólo eso, sino que... qué tal si existiéramos gracias a que precisamente él escucha nuestras conversaciones, como si fuéramos su fornicario auditivo, una caja de cristal donde estamos todos nosotros hablando con nuestros telefonitos, como hormigas que zumban y zumban a cualquier hora nada más para mantenerlo entretenido a él?

—Las hormigas no zumban... ¿O sí?... En tal caso seríamos... ¿el juguete del demonio?, ¿sus mascotas preferidas? Ja, ja, ja.

—Es en serio, ¿y qué tal si existimos sólo porque alguien nos escucha a través de una cajita de cristal?... Entonces callar significa morir... Y se vive gracias a que quien escucha inventa, quien oye crea al que habla: somos personajes sin vida fuera del plano telefónico, actores de radioteatro para un solo oyente; lo otro... los otros lados no existen, permanecen condenados a la nada mientras no telefonan.

—Pues si así fuera la cosa, ¡lo mejor sería hablar a cada rato, como yo le hago! A mí me gusta parlotear como periquita y a ti tampoco te cuesta mucho trabajo andar platique y platique; de hecho, a veces no me dejas ni decir palabra...

—Ahorita te estoy dejando hablar.

—¡Ay, gracias! Ten por seguro que tú y yo nos vamos a ganar un espacio, no sé bien dónde, pero ahí estaremos, aunque sea como los extras que no se conforman con su papel y quieren sobresalir entre la multitud por su manera de caminar por una calle, con la esperanza de que algún director se dé cuenta de su talento y diga: Ésa, la de la faldita, mira nomás con qué maestría ejecuta su papel, tan perfecto que en realidad parece una peatona cualquiera... Eso sí, muy sexi... Hay que darle una oportunidad a esa muchacha tan guapa y sexi.

—Nosotros...

—De nosotros dirán: Platican y platican en medio de la maraña y se distinguen de los otros por la concentración con que actúan su papel, sin salirse una sola línea de sus parlamentos...

—¡Puras pendejadas que dicen!

—... Ojalá fueran un poquito más simpáticos, pero a lo mejor merecen otra oportunidad para la siguiente...

—El Patas de Catre nos escudriña a través de este aparato que es su oreja. Si vieras las miles de historias diabólicas que tienen que ver con los teléfonos...

—¡Ya sé: el diablo es una telefonista!

—¿Y por qué no?

—Conozco algunas que bien podrían serlo.

—Más de lo que tú te imaginas. El mal sabe aparecer bajo la luz de un día soleado, en situaciones cotidianas para que nadie lo reconozca y caiga en la trampa. Yo no lo concibo como un hombre de apariencia perversa o una mujer seductora que nos tienta... sino sutil, presente a media calle, ante la vista de las personas que pasamos junto a él sin darnos cuenta de su imperio: podría ser la indígena que vende pepitas de calabaza en la esquina, el niño limpiaparabrisas o el hombre que husmea dentro de la caja de registro de las líneas telefónicas del edificio.

—O a la mejor hasta puede estar disfrazado de poste de la luz... Así decía una canción, ¿no? Algo de un poste de la luz... Ja, ja, ja.

—Tú lo dirás de chiste, pero ahora hay nueva tecnología que ya le permite al teléfono utilizar los cables de la electricidad como si fueran sus propias líneas... o sea que también se puede hablar por teléfono a través de los tomacorrientes caseros... ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Te digo que es bueno el maestro, es inglés de Inglaterra, muy educadito: si me lo recomendó la maestra de Beto, ella misma. Vas a ver que con él Beto va a avanzar mucho.

—Eso espero. Han de tener montado su negocio juntos: primero ella reprueba a los niños y luego les consigue al maestro perfecto...

—¡Qué malpensado eres!

—Tú podías haberte puesto a repasar con él.

—¿Y de veras no nos salimos nunca de nuestros parlamentos?

—Pero si nuestros parlamentos los escribe el Mismísimo: todo está previsto, no existe nada que podamos decir para salirnos de su guion porque cualquier cosa que digamos él ya la escribió antes.

—Aunque yo trate de salir con cosas inesperadas y diga de pronto, a media conversación: ¡bufanda amarilla, bufanda amarilla!, ¿no me salgo?, aunque diga: ¡eres un adenoide!, aunque diga: ¡eres un chichicuilotito!...

—No, no hay nada que puedas decir que esté fuera de su radiotea...

—¡Eres una micromacromicroespiroqueta!

—¡Tú lo serás primero!

—¿Está el señor Moreno?

—Sí.

—Pues ya no lo asoleen.

—¡Ay, chamaco baboso! ¡Te voy a acusar con tus papás para que te den una cueriza!

—Otra vez. Pero ahora pellízcate la nariz.

—Va, déjame probar: hablabos bara decirle que es usdé una bendeja y que ya no le gride dando a su cocinera.

—Humm, no. Y menos si le hablas de mí, ¡burro!

—¿A poco tú me reconocerías la voz?

—Es que el sonsonete de paisano no se te quita. La señora luego luego se va a dar cuenta de que es alguien de mi pueblo.

—¡No!, hay montones de gentes que se la pasan hablando nomás pa' chingar. ¿Cómo va a saber tu patrona que somos nosotros? Si el hijo de mi patrón y su amiguito se pasan las tardes haciendo bromas por teléfono y ni quién les diga nada.

—Sí, y si tú sigues cotorreándote a la esposa de tu jefe te van a descubrir y te van a poner de patitas en la calle.

—¡Pero a poco no nos divertimos con sus calzones!

—Te divertirás tú, porque lo que es que yo...

—¡Qué aguada, morena!

—Bien que te gusta de veras la ñora.

—Es de puro desmadre, pa' pasar un buen rato.

—*Pa' pasar un buen rato.* ¡Mentiroso!

—La amasia: ésa sí que está mucho mejor.

—¡Descarado!

—O somos las neuronas de un cerebro gigante y la sinapsis es esto, que yo te diga: hola, ¿cómo te va?, y tú me contestes.

—...

—¡Hola, hola!

—)))

—¿Bueno?... ¡Bueno!... ¡Caray, pues!, olvidemos la sinapsis entonces.

—¿Qué haces?

—Viendo una película.

—¿Ya estudiaste?

—No, ni madres... a la seis va a llegar el maestro y él me va a poner a repasar.

—¿Entendiste lo del *subjunctive*? —

Me lo va explicar él.

—¿Cómo le haces para que el maestro vaya a tu casa?

—Mi papá le paga.

—¿Quieres venir a jugar un tochito a mi casa?

—Ahorita no puedo, no está mi mamá.

—Te dejaron solo otra vez.

—Sí, ¿por qué crees que estoy viendo la tele?; nada más que escuche el carro de mi mamá la apago y me voy en chinga al estudio.

—¿Y si te descubre?

—¡Nooombre!, ahorita anda de un genio... y menos viendo a Cantinflas, le cae megagordo. Cuando la quiero hacer enojar empiezo a hablar como él y me dice que soy un vulgar, que no heredé nada de ella.

—¿Y mañana?

—Mejor dile a tu mamá que puedes comer acá y te quedas a dormir, mi papá no va a estar y mi mamá se va al club, y podemos darle a los videojuegos nuevos sin que nos molesten...

—Me da miedo el teléfono, ¡chingadamadre! Estoy a solas con el méndigo aparato y sé que en cualquier momento va a brincar repiqueteando, y puede ser la muerte la que llame cuando menos me lo espere: ¡una verdadera ruleta rusa telefónica! En este mismo instante, en alguna parte del mundo, alguien muere con un teléfono en la mano.

—Mira, con un simple identificador de llamadas podrías saber de quién se trata antes de contestar...

—Sí, cuando la parca me llame va a salir en la pantallita: Muerte, Muerte...

—¿Por qué no? Y entonces cuando te llame, pues no contestas o haces voz de sirvienta: El señor salió de casa y no se sabe cuando regresará. ¡Ja, ja, ja!

—No va a funcionar porque, ¿qué tal si llama desde un teléfono público? ¿O qué tal si consigue mi celular?

—No te preocupes, yo no se lo voy a dar, ¿eh?

—La muerte es astuta, ya me la imagino llamando desde un número que yo conozca: entonces respondo, todo confiadote, y de inmediato perezco cual mosca electrocutada.

—¿Quién le llama?

—Beny Kay.

—¿Beny qué?

—Kay.

—Un momento, déjeme ver si le puede atender.

—Gracias.

—...

—Hummm...

—...

—... ¡Cómo la hacen cansada!

—¿Cómo te va, hermano? Ja, ja.

—No tan bien como a ti, Ramón. Desde que ganaste tu puestote ya no te acuerdas de los amigos. Lo bueno es que pude conseguir el teléfono de tu oficina nueva, porque en la otra no dan noticia de ti.

—Pues sí, ya ves, Dany...

—¡Beny!

—Sí, Beny, Beny. Si no te he hablado es porque no tengo tu número, ahorita se lo dejas a mi secretaria, por favor. ¿Qué es de tu vida en estos días? Cuécéntame...

—Ahora le dedico mi tiempo a El Bocafloja. Tenemos funciones de jueves a sábado. Precisamente te hablo para invitarte a alguna de las cena-show. Necesito que me apoyes, Ramón; no me ha caído mucho público en las últimas semanas y tengo que recuperarme este mes.

—¡Uuuy, qué mala suerte!... Este fin de semana salgo para... para Acapulco.

—¡Hombre! No me falles, Ramón.

—No. No te fallo, mi Beny, es que de veras que...

—Acuérdate de cómo te ayudé durante tu campaña con el programa de animación, acuérdate que fui a las colonias más peligrosas de la ciudad y expuse el pellejo para meterme en esas canijas vecindades llenas de mierda para hacer reír a los infelices que no tienen ni agua en su colonia... Acuérdate que por ti me convertí en un vulgar merolico que repartía cubetas de plástico y camisetas que la gente me arrebatava... Acuérdate...

—Sí, sí me acuerdo. ¿Sabes qué...?

—Te oigo.

—Reserva una mesa para ocho, no, para diez personas en tu Merolico... digooo...

—¡Bocafloja!

—Sí, tu Bocafloja. Voy a enviar a mis empleados, así matamos dos pájaros de una pedrada, para que ellos no digan que no les regalo nada y para que tú veas que sí me acuerdo... ¿Correcto, mi Beny?

—No esperaba menos de ti, hermano. Te aparto una mesa de quince. Es que son de quince... Pero ya no te olvides de tu amigo Beny, ¿eh?

—En este momento no estoy en casa, pero tú bien sabes qué hacer al oír el bip.)))

—Nacen desnudos y se abrazan al tornillo que los ancla a su puerto. Apenas se despegan de él reciben el color que habrán de vestir de ahora en adelante, su recubrimiento, su destino plastificado: verde, blanco, amarillo, rojo... Al fugarse de la central, en su camino paralelo, se hermanan entre sí, dentro de un conducto amplio y gris que los contiene y los guía a través de un túnel subterráneo; ya afuera corren por debajo de las aceras, ocultos al tráfico de quienes deambulamos sobre la tierra, luego doblan en una esquina, se tensan y se elevan en un vuelo rectilíneo que se reinicia de poste en poste, de ciudad en ciudad, con ritmo vertiginoso. A cada tramo se remplazan y siguen siendo ellos mismos aunque sean otros, gracias a la magia de continuar la línea: ¡siempre la línea, la fidelidad a la línea!...

—...

—Llegan a los casilleros donde se concentran después de su viaje, se abrazan a otro tornillo y se ramifican pegados a los muros, como plantas trepadoras y, discretos, se apoderan del edificio, avanzan con la estrategia del soldado en busca de la señal, de la pulsión humana que les insufla un alma eléctrica capaz de viajar, a través de ellos, de vuelta hacia su origen y, más aún, consiga la conexión con el otro lado, donde una mano levanta un auricular y lo acerca a un oído y a unos labios urgidos de palabras vibrantes... Ese ir y venir de los electrones que son el alma de los cables...

—...

—Este caleidoscopio inasible que implora tu presencia, que indaga y te persigue, y en cada intento se reconstruye...

—)))

—Y aunque tu contestadora me desconecte, me corte y me rebane, me fragmente y me destroce...

—)))

—Y aunque esta noche tú no estés ahí y no escuches mis palabras, y otra vez me quede solo con el cuerno negro en la mano, manteniendo un diálogo con un insípido tono intermitente...

—)))

—Y cuando los cables ya no importen y no se usen más para conectarnos; cuando la ondas electromagnéticas imperen por completo y esos fragmentos de alma viajen, ya no por un alambre, sino por el espacio; cuando abandonen su soporte metálico: el hierro o el cobre, y aprendan a remontarse sin su ayuda, las ondas estarán cargadas de mis palabras y te envolverán resistiéndose a soltar su presa...

—)))

—Hablar es una droga. Este soliloquio inútil, palabras al aire, comunicación interrumpida, teléfono descompuesto, número equivocado, excelsa clínica del rumor, día internacional del alambre, historias naufragadas, cenizas de un dios afásico, chorro de semen en el suelo, falso contacto, libro en blanco...

—)))

—Una llamada telefónica recorre el mundo...

—))))))

—Me siento ridículo.

—Eres ridículo.

—Le cuento mi vida a una máquina, porque Chayito nunca está... o no quiere contestarme y ahora, vaya cosa, me dedico a enamorarla a través de su grabadora; le declaro mi amor en la cinta, pero siempre se acaba el tiempo de los recados y su contestadora me corta.

—¿Tiene novio?

—¿Quién crees...?

—Mmmh...

—¡El mensajero de la oficina! ¿Me explico? ¡Lo que no me cabe en la cabeza es que sea el pinche mensajero de la oficina!

—¿Y qué tiene?

—¿Cómo que: *y qué tiene*? Que Chayito prefiere a un... ¡un pinche mensajero en vez de a mí!

—¡Y tú eras el que siempre andaba con la cantaleta de que la facha de la persona no importa y de que nunca hay que subestimar a nadie!... ¡Claro, porque en ese momento no tenías dinero para vestirme bien!

—... ¡Naaah! Su facha les encanta a las mujeres: con sus pantalones de cuero, su casco amarillo y su moto roja alborotando las calles con tremendo ruidorón. Lo irónico es que se trata de alguien que se encarga de andar llevando y trayendo mensajes todo el día. ¡Justo lo que yo necesitaría para llegar hasta Rosario!... ¡Qué loco es todo esto!: yo lo necesitaría a él para que le llevara mi mensaje a ella, pero se trata de la única persona que nunca me ayudaría... de hecho, me ve con ojeriza, no sé por qué... Es medio siniestro el tipejo, no me gustaría encontrármelo en la noche en un callejón.

—Pues seguro que por ser tan hábil en su oficio de mensajero te ganó a la mujer, ¡je, je, je!

—Me cuesta trabajo pensar que... puedas tener razón.

—¿Que pueda tener razón... nada más? ¡Claro que la tengo!

—¡Qué malo era el pinche gordo de los tirantes que sudaba a chorros... el tal Bobby!

—Beny.

—Ese güey. Al final de cada chiste siempre se chupaba un dedo y lo levantaba como para saber por dónde sopla el viento, y luego preguntaba: ¿Captaron el asunto? Yo me reía más por su jodidez que por sus chistes. Ese gordo no tiene ninguna gracia.

—¡Ay, sí, qué horror!

—El que sí me pareció muy cagado fue tu amiguito.

—¿Cuál?

—Tu pretendiente... sobre todo cuando hizo su brindis y nadie lo podía callar, ¡jajay! Decía cosas tan locas... como que quería recitar un poema, pero no le salía; si hasta el mismo Bobby se puso celoso de las carcajadas que le arrancaba al público.

¡Nooombre, y cuando se subió a la tarima y tuvieron que bajarlo los de seguridad, yo ya me estaba meando de la risa!

—¡Y luego que se les escapa y se sube otra vez! Ji, ji, ji.

—Sí, qué bárbaro. Se me hace que ya se le desbieló la de pensar a tu pretendiente.

—¡Que no es mi pretendiente!

—Yyy, ¿me puede decir en qué consiste el servicio?

—¡Cómo no, papito!, cuesta trescientos pesos y incluye masaje antiestrés de cuerpo entero y una motivación oral... Todas las que trabajamos aquí somos bien profesionales y bien higiénicas, ¿eh?... Ya si quieres el completo, te cuesta quinientos y son dos horas...

—¿Yyy... están guapas?

—¡Claaaro, papito! Aquí sólo hay muchachas bonitas y pompuditas, como les gustan a los hombres...

—Pero no es lo mismo, güey, cuando llegué a la casa me enseñaron a las que estaban disponibles, las pusieron en fila frente a mí: ¡puras viejas tripudas, bigotonas y rucas! Me salí corriendo... Todavía hasta me gritaban: Joven, ¿siempre no va querer su masajitooo?

—Yo no sufro por eso, yo tengo a mi cocinera... si las cocineras son las más cachondas, son las que más le saben... Si ya lo decía mi jefecito, que Dios lo tenga en su santa glorieta: mujer que cocina bien, mujer que coge bien.

—¡Baaah!, si te digo que el diablo no existe. Son puras pendejadas...

—¡Eso es exactamente lo que él quiere que creamos! En los tiempos de la inquisición, declarar que no existía era prueba suficiente para que te quemaran por hereje.

—¿Cómo, cómo?! Es absurdo, ¿por qué?

—Porque se creía que formaba parte de la estrategia del diablo. Santo Tomás de Aquino empezó la bronca diciendo que aseverar que los demonios sólo existían en la fantasía de la gente era propio de gente de poca fe, ya que propalar esa falacia no era más que otra charada del propio diablo para pasar desapercibido. Luego, en el manual de los inquisidores: el *Malleus Maleficarum*, publicado en el siglo quince, se consignó que no creer en los demonios era una herejía porque equivalía a ayudarlos en sus propósitos. Y Baudelaire lo reafirmó después: La mayor artimaña del diablo es hacernos creer que no existe.

—¡Bah!, ya estamos en otra época, esas ideas quedaron atrás.

—Eso es lo que tú crees, el papa Paulo Sexto apenas hace unos treinta años dijo que cualquiera que no admitiese la existencia del demonio o que lo considerara como un mero concepto o un ser fantástico estaba transgrediendo la enseñanza bíblica y eclesiástica.

—Pensé que los papas eran más sensatos.

—Se quedaron en la edad media, y no termina ahí la cosa, el papa Paulo dijo además que quien no lo considerara una criatura creada por Dios también era un transgresor. La existencia del diablo es un dogma de fe católico... si no, no tendría sentido que tuvieran el ritual del exorcismo...

—Eso es lo que yo llamo un contrasentido perfecto. ¿Por qué Dios iba a crear el mal?

—No es que creara el mal sino que le dio vida a ese... ente, y él, con su libre albedrío, eligió su camino que, por cierto, le costó llevarse su buen putazo cuando cayó.

—¿Y por qué no lo previó Dios? —

Supongo que...

—¿No que es omnipotente?

—...lo hizo. Bueno: tuvo que haberlo previsto, porque si no, no sería omnipotente.

—¿Entonces? ¿Por qué no lo evitó?

—Eres muy preguntona.

—Fíjate que el maestro de yoga nos está enseñando unas posiciones de lo más interesantes. ¿Cómo es posible que el solo hecho de adoptar una cierta postura con tu cuerpo... eso te provoque un estado mental distinto, sensaciones olvidadas hace mucho? El maestro dice que es porque con esas posiciones se desatascan los canales de energía para que fluya de nuevo. Es increíble que una pase la mayor parte de su vida sin tener conciencia de su propio cuerpo. ¡Es una locura!

—¡Nooo, y la de cosas que pasan sin que nos demos cuenta, amiga!

—Sí, ahora me doy cuenta de que no debí haberme casado tan joven... por ejemplo.

—¿Te arrepientes, amiga?

—No... exactamente. Quiero mucho a mi esposo, a pesar de looo... y a mis hijos también, pero pude haber conocido más lugares, gente... antes de casarme. Ramón fue mi primera pareja de verdad, ¿me entiendes? Me embarazó una de las primeras veces que hicimos el amor... para él el sexo no era nada nuevo, y para mí... Apenas conocí el sexo me vinieron las molestias, los mareos; nunca antes me había tenido que revisar un ginecólogo, y luego el parto y a cuidar a los niños, mientras Ramón se iba a trabajar todo el día y luego a divertirse por ahí los fines de semana.

—¿Qué se le va a hacer? Yo sí le di vuelo a la hilacha antes de casarme, y entonces se acabó: a casa y a cuidar chamacos. Por supuesto que extraño esos tiempos, pero ¿qué se le va a hacer?

—Algo, alguna cosa...

—¿Por eso te inscribiste en el club, amiga?

—Pues sí, pero no me había dado cuenta sino hasta ahora...

—Me quedé pensando mucho en lo que platicamos al final de la reunión de comerciantes. En tiempos de crisis es cuando se generan las fortunas... Siempre aparecen ahorcados por aquí y por allá.

—Hay que buscarle por donde se pueda, mi querido David.

—Creo que mi vecino va directo a la quiebra, clavado que va... ¡A ver, tú, sí tú, pásate esas cajas pa'l fondo!... ¡No, ésas no, zopenco... las otras!

—... Sí, Chayito, espérame tantito.

—... Estoy dando mucho más barato que él.

—Te escucho, es que yo también tengo mucho trabajo.

—Hay días en que él no vende casi nada... Su local me conviene. Si se va... yo ya no tendría competencia. Y con una ayuda de tu parte se puede lograr.

—¿Qué queremos, David? Con toda confianza. Como te dije, tú sabes que yo...

—Quiero que me echas la mano con la mercancía de la que me hablaste. La que entra absuelta, libre de toda penitencia... Y te llevas tu diez, por supuesto.

—Más bien pensaba en el quince...

—Doce... y no se hable más, porque a mí el número que le sigue me da mala espina...

—Perfecto, qué bueno que te decidiste, David. ¡Así me gusta! Entonces no se hable más, voy a llamarle a mi compadre ahorita mismo.

—Reportándome a tu llamada, compadre.

—Tenemos que hablar de negocios.

—Cuando tú gustes y mandes, en tratándose de bisnes... —
Es un asunto de mucha importancia.

—De acuerdo... ¿Qué tanta?

—Como para llenar una bodega.

—Ya estuvo. Tengo de dónde, precisamente ando sobres de algo.

—Una de las pruebas para saber si alguien de verdad está poseído por el demonio, y que no se trata de esquizofrenia o de cualquier otra enfermedad mental, es tener el llamado don de lenguas...

—¡Como la chava de *El exorcista*!

—¡Exacto!

—Pero si una vez que te quedaste a dormir conmigo estuviste hablando como en latín toda la noche... ¡¿Ay, no me digas que traías el chamuco adentro?!

—¡No seas payasa, ya sabes que soy medio sonámbulo!

—Ja, ja, ja...

—... Oye, ¿no dije cosas en arameo... o en suahili?

—...y es un malestar que de veras siento como si me hubieran dado una patada en las asentaderas.

—¿Quién dijo eso?

—¿Quién dijo: *Quién dijo eso?*

—No sé...

—¿Quién habla de almorranas?

—¡Otra vez, ahí está, ahí está!

—Hemorroides, no almorra...

—Es lo que yo digo, ¿quién habla? Ya se han de haber cruzado las líneas, hagan el favor de colgar.

—No. Cuelguen ustedes. Nosotras estábamos hablando primero.

—No es cierto, se están metiendo en mi línea.

—¿Tu línea, tu línea? Estoy en mi teléfono privaaado.

—Pero interfieren mi línea. ¡Cuelguen ya!

—Calma, calma. Esto se puede arreglar con...

—¡Usté no se meta!

—¡Óyeme, no le hables así a mi madre!

—¡Ay, qué gente tan molesta!

—Mejor te llamo de nuevo, mamá.

—Sí, ya ahuequen, rapidito... *Tic, tic, tic.*

—No nos truenes los dedos. No les vamos a dar el gusto: ¡chocantes!

—¡Ay, hijas de la chingada!

—Momento, momento. No hay ningún derecho para ponerse tan... —

¡Qué vieja tan pendeja!

—¡Son unas peladas!

—No hagamos esto más grande de lo...

—¡Usted se calla!

—¡A mi madre nadie la calla! ¡Te callas tú, imbécil!

—¡Cállame!

—Ya, ya, Clarita. Nada más te quería decir que si me compras mi pomada en la farmacia, ya sabes cuál, porque me duelen mucho las asentaderas...

—¡Y vuelta a empezar!...

—Me chocan sus conversaciones ramplonas... Me aburre lo hue-ro de lo que ustedes platican, sus historias cotidianas. ¡Todo el día con lo mismo, dale que dale!... ¡Más originalidad en las conversaciones, por favor! ¡Menos crónica y más fábula!... Me chocan sus voces y su manera de hablar... Hasta yo podría mejorarles el radioteatro que se traen... ¡Babosos!

—...

—¡Si por eso Van Gogh se arrancó la oreja! ¡Nada de que fue para regalársela a una prostituta ni qué la chingada! ¡Fue porque ya no soportaba escuchar tanta estupidez!

—)))

—Las piernas se me hinchan si me quedo mucho tiempo de pie, las venas se me saltan como si de pronto me fueran a estallar

y a romper la piel; tengo mareos, a veces siento que las paredes se me vienen encima; no escucho nada con el oído izquierdo; los lentes ya no me sirven, ¡no puedo leer de cerca!; la artritis me está deformando tanto los dedos que no puedo ni agarrar bien una taza; se me está cayendo el pelo, cada vez encuentro más y más cabellos en la almohada; tengo punzadas en el pecho; sudo frío por las noches y siento que me ahogo; los dientes se me aflojan, la otra noche hasta soñé que perdía todos, menos uno de mero enfrente, ¡bonita me iba a ver así!; me duele el hígado y tengo mal aliento, como a podrido, ¡ay, qué pena confesártelo!; fuera de estos achaques estoy bien. ¿Y tú, cómo estás?

—Si no deseas dejar ningún recado, sólo tienes que decirlo después de la señal.)))

—Primero, tu teléfono está ocupado, y luego, no contestas... Y tu celular me pasa al buzón luego luego... ¿Qué ondas contigo? Échame un fon siquiera.

—¡Calma, David, calma!

—¿Cómo quieres que me calme? No se vale, llegaron como veinte patrullas cargadas de marranos, unos iban uniformados y otros de civil, todos con pistolas y metralletas; en lo que se pusieron de acuerdo para rodear la bodega salí por la puerta trasera y me mezclé con la bola de mirones. Abrieron el portón con unas barras de metal y no decidían quién de ellos iba a entrar primero, hasta que un comandante les gritó...

—¿Cómo sabes que era un comandante?

—Así le decían: ¡Comandante, esto! ¡Comandante, lo otro!... Y él les gritó que eran todos unos putos y se metió. Los demás le hicieron segunda y cuando vieron que adentro no había nadie cargaron mi mercancía en un tráiler y se la llevaron.

—¿Y tú qué hiciste?

—Pues no quise decir nada en el momento para que no me detuvieran, porque si no me iba a salir peor.

—¿Clausuraron tu almacén?

—El comandante le puso unas etiquetas rojas a la puerta.

—Ya... ¿No aprehendieron a nadie, verdad?

—No. ¡Iban sobre la mercancía! ¡Bola de culeros!

—Qué te puedo decir, David, nomás cuelgue contigo voy a hacer unas llamadas, pero esto es parte del juego en que andamos metidos...

—Mueve tus influencias, si tú eres de los cacagrandes de la delegación, dile al que me hizo la mala obra que le doy su comisión, ¡pero que no me tuerza de esta manera!

—Pues yo sí tengo vara alta... pero da la casualidad de que eso es asunto de otra subdelegación sobre la que yo no tengo poder... ¿Y cómo era ese tal comandante?

—Igual que todos: ¡un marrano enorme!

—Déjame investigar quién te hizo la maldad y si por lo menos se puede llegar a un arreglo... como cuates. No te garantizo nada, lo voy a intentar.

—Confío en ti.

—Mira, háblame mañana... o mejor yo te hablo primero si consigo arreglar algo...

—Y, por cierto, ¿qué pasó con mi encargo? Aunque ahorita estoy que me lleva la chingada... Tendría que empezar por recuperar mi mercancía.

—Eeeh... creo que va a haber un ligero retraso.

—*Tú si escribes muuuy boonito. Para tii soy lüüübro abierto, escribe en mí, lo neceesito...* Si no dejas tu recado, sigo cantando.)))

—¡No, gracias! Mejor ahí la dejamos... *Clic*.

—¡Sí, hombre! No sabe cómo se lo agradezco, comandante, hasta salió en la nota roja del periódico de la tarde: «Nuevo golpe al contrabando. Aseguran diez toneladas».

—Para que el judas ése no se ande con chingaderas. Eso le pasa por andarlo queriendo sacar de su local a la malagueña...

—Si no fuera por usted, mi comandante...

—Paso a verlo hoy por la tarde.

—Claro, mi comandante, y ya verá usted cómo le demuestro mi gratitud...

—Eso mero quiero ver.

—¡Hoooola, bienveniüdo! Estás llamando a la línea de *Confesiones eróticas*. Debes ser mayor de dieciocho años para participar. Si no lo eres o te arrepientes y deseas colgar, puedes hacerlo en este momento sin cargo alguno; si decides continuar, ¡ay, síii, hazlo!, el precio es de diez pesos por minuto ¿y sabes qué es lo mejor de todo?: ¡no baaay censura! Si quieres hacer una confesión marca el número uno, espera el tono, di tu nombre y hazla. Si deseas escuchar confesiones, marca el número dos. Marca el tres si quieres dejar grabada una contestación para los que hacen sus confesiones. Marca el número cuatro cuando termines de escuchar tu confesión favorita para que escuches las contestaciones que tenga...

¡Adelante... y muuuucha suerte!

))) Prefiero dejar mi nombre en el anonimato. Durante las vacaciones pasadas fui al rancho de mi tío, y un primo me convenció de... de que me cogiera a una gallina. Me gustó mucho, pero ahora estoy asustado porque me enteré de que eso es algo muy malo, que es una especie de enfermedad. Ojalá alguien me diga qué hacer.

))) Soy Ofelia. Yo tuve relaciones sexuales desde muy pequeña con varios de mis compañeros del salón. Ahora que he crecido me gustan casi todos los hombres y ninguno se me escapa. Sé que estoy mal, quiero cambiar: ¡ayúdame!

))) Me llamo Alberto. Vivo en la casa de mi hermano y su esposa. Desde hace un mes mi cuñada y yo le ponemos los cuernos a mi hermano mientras él se va a trabajar. He pensado mudarme de casa, pero no tengo adónde ir. Si sigo aquí, mi hermano va a terminar por darse cuenta. Es más, creo que ya sospecha...

))) No quiero dar mi nombre, soy W. Estoy a punto del suicidio. La otra noche mi padre entró a mi cuarto y me violó. No soporto ni siquiera que la gente me vea la cara, tengo problemas con todos. ¡Auxilio!

))) Soy Alicia. Tengo relaciones sexuales con mi novio. El problema es que cada vez que entro al hotel me siento culpable porque mis padres me dan dinero y piensan que fui al museo o que estoy con una amiga. Eso siempre acaba por echar a perder las cosas, aunque mi novio es muy comprensivo... No dormo tranquila. Pero ni modo que se lo diga a mis papás. ¿Tú qué harías?

))) No voy a decir mi nombre. Siempre ando de fiesta en fiesta. El viernes pasado me sucedió algo asqueroso: estaba en una casa que no conozco, muy borracho, me quedé dormido y al despertar, ¿quééé creen?: ¡un pinche puerco me estaba lamiendo el penel! Fue traumático. Les cuento esto para que tengan cuidado cuando beban...

))) Pueden decirme Gabriela. Mi problema es que soy virgen todavía, ningún hombre ha querido hacerme el amor. Alguien me aconsejó que comprara un aparato con forma de pepino que vibra, pero me da miedo usarlo. ¿Por qué todas las mujeres se la pasan hablando de sus hombres frente a mí?

—Ésta no es una contestadora... Es una preguntadora: ¿Quién eres y por qué hablas?... Responde rápido.)))

—¡Ay, tú! Parece que hablé a la policía... Échame un fon... ahí cuando puedas... si puedes... si no estás muy ocupa...

—¿Bueno?

—¿No que no estabas? ¿Por qué no contestas?

—Nomás... Es que no quiero estar localizable para los de mi chamba.

—Aaah. Oye, ¿por qué andas cambiando los mensajes de tu contestadora a cada rato?

—Pa' no aburrirme.

—Pero si tú no eres el que los escucha.

—Cómo no. Claro que los escucho... cada vez que quiero sacar mis recados desde otro teléfono, cuando no estoy en casa.

—¡Ah!, no, pues sí. Un motivo muuuy cuerdo.

—No, mira, es como cambiarse de ropa, es un buen hábito, ¿o a poco te gustaría que yo siempre te viera con la misma ropa?

—¡Si nunca nos vemos, desgraciado!

—¡Pero nos hablamos!

—))) Recado para el muchacho anónimo: ¿has hecho la prueba con una yegua? A mí me ha dado buenos resultados.

—No, pues a mí me dejan un montón de recados bien divertidos: desde gente que pide que le pongan una canción para su novia hasta el que quiere comprar un ataúd. La otra vez un pendejo se la pasó rogándole a su Melinda, ¡imagínate qué nombre!, que por favor regresara con él, que ya iba a dejar el chupe, que ya no iba a ser celoso, que sí se casaba con ella... y que era la última vez que la molestaba. ¡Qué papelote hizo! Y la tal Melinda pues ni en cuenta... Nunca se enteró... Capaz que hasta hubiera aceptado.

—Es como el chiste del güey al que siempre le dejan en su grabadora varios mensajes para un tal licenciado Morales que él no conoce. El tipo está hartito, cansado de andar borre y borre los mensajes. Un día suena el teléfono, él lo descuelga y, ¿quién crees que llama...?

—¿Quién?

—Es el licenciado Morales preguntando por sus mensajes.

—Jo, jo, jo. ¡Qué mal chiste! ¿Y?

—Siento que así me va a pasar. Que un día me van a pedir cuentas sobre algo que tuve en mis manos, se deslizó bajo mis narices y nunca entendí. Van a pasar los años y resulta que todo lo que desdeñé tenía un significado, pero yo me lo perdí. Y yo, borre y borre mensajes porque pensaba que no tenían provecho. Y, en cambio, los que guardé no sé para qué o para quién lo hice... Viéndolo bien, digo, viéndolo mal, es una metáfora aterradora de la vida.

—¡Es sólo un chiste bobo! Tú le quieres dar dimensiones trágicas, pareces Sófocles...

—¿Y por qué cuando me sucede no me río?

—Pues deberías. Eres un amargadote de primera.

—Ya van dos veces que me dejan un recado en el que dicen que me comunique a un teléfono para hacer una cita, que es urgente y no sé ni de qué se trata.

—Pues llama para averiguar... Igual son vendedores de seguros. — Ya lo hice.

—¿Y?

—Una grabación me dice: *El número que usted marcó no existe, favor de verificar...* Y ya lo revisé bien y sí es el número.

—¿Cómo que no existe?... La otra vez marqué un número y también me dijo la grabación que el número no existía... ¡Es como de la dimensión desconocida!

—Eso dicen esas grabaciones. ¿Pero cómo no va a existir un número? Eso es absurdo... Es como una de esas demostraciones matemáticas extravagantes que hacen los genios después de darle vueltas a un problema durante años: *Y por eso llegamos a la conclusión de que este número es imposible... no existe...*

—El trailer está cargado. Nomás dime dónde pongo la merca, compadre.

—Mi querido comandante...

—Estás contento, ¿verdad, hijo de la chingada? —

Tenemos un problema.

—¿Cuál?

—La mercancía...

—Ya está, ya está... Rápido, como me dijiste, cabrón.

—...era para el mismo pendejo al que te acabas de chingar.

—¿Cómo?! Ja, ja, jaaa... Ese pendejo ya estaba jodido. —Y ahora... ¿qué le digo?

—No te preocupes, yo me encargo de ese hijo de su puta madre.

—... Pero no se te vaya a pasar la mano, porque...

—Necesitaba a un pagano y éste estaba pero que ni mandado a hacer... además de que se andaba chingando a un cuate.

—Pero es que éste también es cuate, mi cuate, y por lo tanto, también tu cuate, comandante... nuestro cuate.

—No te apures, ni siquiera le hemos tocado un pelo. Tú nada más dile que ya ni le mueva porque si no sí se va a poner muy cabrón... para él, por supuesto.

—No sé, compadre. Él quería hacer mucho negocio con nosotros: y ahora ni la mercancía nueva ni la que ya tenía...

—¡No será por andarse portando bien!, ¿verdad?

—Pues sí, pero negocios son negocios, comandante...

—)))

—¡Dios mío! Otra vez la famosa maquinita. ¿Ya sonó el mentado tono? Veamos: Clarita, hija de la calle, ¿dónde andas? ¡Háblame, por favor!

—Mi papá piensa que todavía soy una niña, quiere educarme como a una monja. Si supiera adónde vamos cada semana, cada vez que tenemos dinero, se moriría para resucitar y colgarme de las orejas antes de regresar a la tumba de nuevo.

—No tiene por qué enterarse. Mientras tú no le digas nada...

—Mientras mi mamá no lo adivine; a veces pienso que es medio bruja: a pesar de ese gesto de moscamuerta que se carga, sabe más de lo que aparenta.

—¡Maldito! No me habías dicho que cargaras fusca. Me sacaste un susto que casi me hace pegar el brinco hasta el techo.

—Morena, hay muchas cosas de mí que no sabes.

—¡Ay, bájale, no seas mamón!

—No, lo que pasa es que mi patrón es retecodo.

—¿Y eso qué tiene que ver?... No que era tan buena onda que hasta te regalaba chamarras...

—Pues que no quiere contratar un guarura.

—Pero le podría sacar el pago como a ti, ¿no que está tan bien parado?

—¡Uta! Ya lo traen entre ojos. La otra vez le dieron una balconeada en el periódico... Si vieras la lista de aviadores que se carga... Tendría que sacar a uno para meter al guarura... Por ejemplo, a su jardinero, al maestro particular de su hijo o a su amasia...

—¿De veras su amasia también cobra sin trabajar?

—No, morena, si ella también trabaja... a su manera, ¿verdad? —

¡Híjoles, pero qué señor tan coscolino!

—Igual yo preferiría asegurar la cogida y luego a ver cómo me defiende de los catorrazos. De cualquier manera tiene su buena influencia en la policía, con eso de que se lleva de piquete de ombligo con un marranote que es de los meros jefes...

—Sí, pero qué ocurrencias, ¡caray, en esta ciudad!, si le das a tu chofigato una pistola, a ver si no te andan venadeando a las primeras de cambio...

—Gracias por la confianza, morena. Se agradece... de veras.

—¿A poco sabes disparar?

—¿A poco no? ¿No te maté hace rato?

—¡Uy!, apenas si sentí el rozón. Lo que me hizo gritar no fue tu pirinolita sino lo frío de la fusca...

—¿Me quieres cotorrear, amiga?

—¡Es en serio!

—Es que, ¿cómo!? No te creo.

—Si quieres, te llevo y te inscribes.

—¿Y así lo anuncian? ¿Con todas sus letrotas?: *Intercambio corporal: coja deportivamente, sin complicaciones, sin intereses...*

—Claro que no, eso es en privado.

—¡Ora sí andas gruesa, amiga!

—Nunca vuelves a ver a esa persona ni ella sabe a qué te dedicas ni tienes que hacer una plática tonta ni nada.

—Pero, en todo caso, no sería más... más tierno platicar antes tantito. ¿Ni siquiera sabes su nombre?

—No, para platicar mejor te vas al café.

—Oye, y si te toca aquel viejito, el que te enseñó su acta de nacimiento, ¿qué haces?

—No, no puede ser porque llevan un control y siempre te ponen como pareja a alguien que nunca haya estado contigo en las clases.

—Ah, vaya...

—Al principio se me hizo extraño, pero...

—Oye... no es cierto, ¿verdad, amiga? Ja, ja... ¡Tú me estás cotorreaando!

—Te digo que sí es cierto.

—¡Nooo! ¿Le pones los cuernos a Ramón?

—No tiene nada que ver con eso. Es un intercambio puramente deportivo, por decirlo así, no es algo personal sino una forma de llegar a un estado trascendente, místico... Le dicen tantra. Y bueno, más deportivo que el tipo de encuentros que él se avienta con su amante, fíjate que sí es.

—¡Definitivamente te volviste local!

—Sólo a ti te lo podía contar.

—... Yyyy, bueno, ¿qué tal estuvo? ¿Por lo menos valió la pena? —
De que valió, lo valió.

—¿No tienes miedo de contagiarte de algo?

—Lo primero que le exigí fue que usara el preservativo, por supuesto, y me fijé que se lo pusiera bien; estoy loca, pero no perdida; además, para inscribirte en el programa de intercambio tienes que presentar comprobante de buena salud que incluye análisis completo de sangre...

—))) Ofelia y Gabriela: olvidaron dejar sus teléfonos.

—)))

—¿Ya?... Soñé que había soldados en cada esquina y tenía que apagar las luces temprano. No se podía salir a la calle a comprar comida y las latas que tenía en la alacena se agotaban pronto. No había leche para tu hija. En la televisión pasaban puros programas de aquellos en los que la gente acaba desgredada; en uno en particular se discutía la manera en que los soldados arrastraban por los pelos a los homosexuales y los ejecutaban: unos estaban a favor de tratarlos así y otros pedían que fueran más severos. Yo me desperté sudando y ya no pude dormir. Fuera de eso, estoy bien... ¿Cuándo vas a regresar, hija?

—¡Claro que sí sirve! Para hablar con tus amigos... para no sentirte sola...

—... para pedir pizzas...

—¿Y qué tiene de malo?

—No, nada... nada.

—Oye, ¿dónde anda el lic?

—Se fue el fin de semana a Acapulco, debería haber regresado ayer en la noche para presentarse a trabajar hoy y no ha telefonado ni a su casa. Su esposa me habló toda espantada para saber a qué hora le puse el boleto de regreso.

—¿Y qué onda?

—Pues a mí se me hace que, como se fue con su detalle, todavía no se quiere regresar...

—¡Ándale, qué tipo tan aguzado tu jefe!

—Es un desgraciadito... pero gracias a su juerga podemos hablar sin que nadie nos moleste. ¿Tienes muchas entregas para hoy?

—¡Sí. Aprovechando que no está el jefe, tengo un paquetooooote que me voy a llevar a mi casa para desenvolverlo a solas y a oscuras!...

—¡Ay, cómo eres!

—La verdad es que mi señora no me da chance ni de que me acueste en la misma cama que ella, tiene un catre en el cuarto y todas las noches, después de llevar a los niños a su recámara, lo saca y se duerme en él. Ya me advirtió que sólo cuando ella quiera va dormir conmigo, cuando deveseas tenga ganas de fornicar, como ella le dice ahora... dice fornicar como si trajera un cuete en el culo...

—Te tiene a pan y agua.

—¡Pero no es justo que me castigue así!

—Algo muy gooordo le has de haber hecho.

—¡Nada más porque hace como un año me sorprendió metiéndole mano a la vecina de arriba!

—¡Aaay, canijo! ¿Te parece poco?

—La verdad, sí. Si ella no me da de *comer* en casa, pues tengo que irme a otro lado. Con otra que cocine para mí... Como tú comprenderás: yo ya quería tener una gordita tan sabrosa, tan buena cocinera...

—Espérate. A ver, a ver, por fin, ¿qué fue primero: ella no te atendía o tú andabas de caliente con la vecinita?

—Ya ni sé...

—¿Antes de lo del catre tampoco quería nada contigo?

—Muy pocas veces. Siempre con el pretexto de los niños: que no se vayan a dar cuenta, que no grites así porque nos oyen, que estoy en mis días, que ya no quiero embarazarme, ¡que la maaanga del muerto...!

—Oye, ¿y no estará poniéndote ella los cuernos a ti? Luego yo he visto como que algo te anda saliendo de la cabeza.

—No te burles, morena, que el que se lleva, se aguanta. Esto es en serio. Pero no, no creas que soy tan pendejo, si le hablo por teléfono de vez en cuando y le caigo en la casa sin avisarle, cuando el patrón me manda por algún encargo cerca de mis rumbos... No me creas tan guaje, si sí la checo...

—¿Seguro?

—Además, ella sabe que el día que la descubra con alguien en la cama...

—O en el sofá o en el baño, si no creas que nada más en la cama se puede divertir a tus espaldas.

—...los mato a los dos. Primero a ella, por supuesto.

—O en el catre, que a la mejor para eso es que lo anda queriendo. — ¡Que ni se le ocurra!

—Ahora sé por qué siempre andas como perro tras las hembras. Por qué llegas conmigo bien jarioso y por más que nos la pasamos dándole no se te quita... Ja, ja.

—Ay, sí, tú. Ni que a ti te tuvieran tan bien atendida en tu casa.

—Mejor que a ti, sí.

—¿Entonces por qué le andas poniendo conmigo si tu marido te atiende?

—Nomás pa' probar. Una también necesita su variedad de vez en cuando...

—Pero yo sí te lleno, reconócelo, morena. Te hago servicio completo, lavado, engrasado, carburado y sopleteado por delante y por detrás, o por donde quieras, como quieras y de a lo que quieras.

—Bájale, ni que fuera coche. Tú nomás sabes de carcachas, no tienes idea de cómo tratar a una dama.

—Ay, bájale tú, ¿cuál dama?

—Aunque me veas aquí de cocinera o de pinche, a mí y a mi familia...

—Pinche está bien.

—... nos respetan mucho en el pueblo, ¿eh?

—Ahora ya ni pueblo es... es una ciudad. Pero aquí estás en otra ciudad más grandota y nadie te conoce.

—¡Tú, cállate, te está escurriendo sangre por la boca; nomás eres el gato de un funcionario balín!

—Y a mucha honra.

—Ultimadamente, a mí hasta pena me da decir que somos del mismo pueblo... Y adiós, porque me llama la señora. Todavía no tengo lista la comida.

—Ya, ya, la gente que te ve en la calle con esa cara de santurrona ni se imagina cómo eres en realidad.

—*Clic.*

—No me cuelgues. ¡Chingadamadre!

—Si entregas el dinero en billetes sin marcar y sin números de serie consecutivos, en el lugar y a la hora que mañana te voy a decir, no le va a pasar nada a tu puto marido...

—¿Y cómo sé que no es un secuestro virtual?

—...

—¿Eeeh?, ¿cómo sé!?

—Mi amor, estoy bien, no te asus...

—¡...!

—¿No que no? ¡Vieja pendeja!

—¡Sí! ¡Sí!

—No le avises a la policía, ¡acuérdate bien, cabrona!, si quieres que tu pinche esposo viva, ¿eh? Interceptamos todas tus llamadas... no te vayas a querer pasar de lista porque se los carga la chingada a ti y a toda tu familia. Tengo gente vigilándote día y noche... A los policías los compro bien fácil; con una buena lana y se hacen los pendejos, como siempre. Y no me hagas enojar porque me desquito con tu puto marido... ¿que no?

—¡Pero es que no junto tanto dinero tan rápido!

—¡No hay ningún pero, hija de la chingada! Yo no estoy jugando. ¿Qué quieres que le corte primero: las orejas o los güevos?

—¡No, no! ¡Ay!, es que...

—Es que, ¡ni madres! ¿Quieres que te envíe un dedo ahorita mismo para que me creas, o todita la mano?

—¡No, nooo!

—Lo bueno es que este culero sí usa anillos, chicos anillotes, porque si te mando la oreja a lo mejor ni la reconoces, ¿verdad?

—¡Está bien, está bien! Mañana se lo tengo completo.

—¿Segura, cabrona? ¡No me hagas perder el tiempo!

—¡Segura!

—Ya lo tengo. Estoy segurísimo. ¿No te das cuenta todavía?

—¿De qué me hablas?

—¿Qué es lo más difícil de controlar para el hombre? —

¿Estás hablando del sexo?

—No. Algo más simple, algo que tienes que hacer más seguido.

—¿Comer?

—¡No, eso no! Puedes dejar de comer durante muchos días...

Algo irresistible.

—¿Respirar?

—Eso no es irresistible, es vital...

—Entonces, ¿qué es, tú?

—Pues lo que hacemos en este momento.

—¿Perder el tiempo?

—Tibia, tibia. ¿Qué hacen dos personas en cualquier lugar de la tierra cuando están juntas?

—¿El amor?

—¡Otra vez la burra al trigo! ¡¿Cómo crees?!

—Dijiste: Algo irresistible, ¿no? Dos personas solas tarde o temprano...

—¿Y si se trata de una anciana y su nieto?, ¿eh?

—Pues... ¿Todo queda entre familia?

—¡Hablar! Hablar es lo más difícil de controlar.

—¿Tú creeces?... ¿Hablar?

—A ver: quédate callada.

—¡Pero si estamos hablando por teléfono! ¿Cómo quieres que me quede callada?

—¿Lo ves? Todo mundo tiene que hablar y no puede evitarlo: ¡esa pinche compulsión por hablar todo el tiempo! ¡El teléfono es una mera extensión de sus hocicos!

—O de sus orejitas, ¿no?

—En medio de un concierto de música clásica la gente se remueve en su asiento, carraspea porque no puede mantenerse callada; en el cine la gente se desfoga narrando lo que sucede en la pantalla: ¡Ya lo descubrieron!, ¡ya lo balacearon!, ¡ya se murió! ¡Pues sí, tarados, yo también estoy viendo la película con mis propios ojos! ¡Cómo me dan ganas de ahorcar a esos infelices que no me dejan ver la película en paz! Y en una junta, en la iglesia, en el baño o un hospital, estés dormido o despierto

siempre habrá un teléfono que repiquetee avisando que alguien quiere hablar, alguien necesita hablar, alguien se muere por hablar. Porque nadie, nadie, óyelo bien, apaga su mentado celular en el cine aunque sea por media hora, y ahí los ves mirando la pantallita de sus teléfonos en la oscuridad: ¡Ridículos!

—¿Pero tú crees que hablar sea más difícil de controlar que... —

Piensa en los aviones.

—¿Y qué con ellos?

—Está prohibido usar los celulares durante el despegue o el aterrizaje de un vuelo y la gente sufre lo indecible para apagarlos.

—La gente hace el amor en los baños de los aviones...

—Más por placer, por cachondos, que por necesidad, y no pasa nada. ¿Cuándo has visto que un avión se estrelle por culpa de una pareja cogiendo en el baño?

—¡Pshe!

—Pues con los teléfonos sí puede suceder: sus señales interfieren con los instrumentos de navegación. Ahora en los hospitales también los prohíben, y no por el ruido, sino porque sus señales interfieren con los aparatos que utilizan para medir los signos vitales o para microcirugías: cualquier error, cualquier llamada estúpida podría causar la muerte de un paciente.

—¿Y los mudos? ¿Qué hay con los mudos? Pasan toda su vida sin hablar: y como si na...

—Nooo, hasta ellos tienen su propio lenguaje y sus teléfonos especiales, con foquitos y pantalla de textos. ¿Nunca has estado en una fiesta de sordomudos?: son capaces de armar un verdadero escándalo con su charla a señas...

—¿Yyy gastas tu tiempo pensando esas cosas?

—Sí... Hasta el condenado a muerte dice sus últimas palabras y, si pudiera, también haría una llamada telefónica antes de que lo ejecutaran: la gente siempre tiene algo urgente que decir... aunque sea puras pendejadas: ¿Y tú?... No, pues yo aquí, haciendo tiempo mientras preparan mi inyección...

—¡Es un negociazo redondo, créeme, maestro! A las mujeres les vendemos la cita como si se tratara de una clase especial en la que ponen en práctica lo que han aprendido sobre el tantra, y de paso ¡las liberamos de la culpa! En cambio, a los hombres, como va, sin rodeos, a ellos no es necesario convencerlos de nada. Nosotros recibimos dinero por ambos lados, ellos obtienen lo que quieren y todos contentos.

—¿Cómo es que no se dan cuenta?

—Les prohibimos que hablen entre sí.

—No sé, me suena como de película.

—No te vas a arrepentir, maestro.

—Lo voy a pensar, no sé qué tan riesgoso sea para mi club. Ahorita ya está jalando bien y no sé si valga la pena correr riesgos...

—No, nada de riesgos, yo ya tengo el contacto con la gente de la delegación y ya: sin problemas... Te vas a hinchar de lana... Además así organizamos intercambios entre los clubes, porque ya se me están acabando las combinaciones...

—Por mientras invítame a una de esas sesiones, ¿no?, me tienes que dar la muestra gratis.

—No, el licenciado salió de viaje y no ha regresado... Tal vez pasado mañana... Si gusta dejarme su recado yo se lo comunico cuando regrese.

—Sólo dígle que habló Paco Archundia.

—Mi mamá no dice nada, que mi papá tuvo que quedarse más tiempo, pero yo no le creo, ¡yo creo que se van a divorciar!

—Aaah... a lo mejor tiene mucha chamba. Ya ves cómo son esas cosas de...

—Hoy no quiero ir al museo, estoy nerviosa.

—Pues con eso se te quitan los nervios.

—No, hoy no.

—Fue a Acapulco el fin de semana; según esto, dizque de trabajo y no ha regresado.

—¿Qué más?

—No sé nada más.

—¡Pues averigua!

—¡¿Cuándo vas a aprender que estás tratando con profesionales, cabrona?!... ¿quieres jugar con la vida de tu puto marido?

—¡No quiero jugar con na...!

—¡Tu marido nos dijo que ese dinero lo podías haber conseguido en veinticuatro horas! ¡No me quieras ver la cara, porque si me la ves, este pendejo que tengo aquí, agarrado de los güevos, se muere, y te advierto que eso sería lo de menos; aquí te lo dejo para que se desangre poco a poco, aunque grite y chille y patalee!, ¿que no?

—¡Ya, yaaa!

—¡Pues es que andas en la pendeja! ¡¿Cómo chingados vas a entender... hijadetodatuputamadre!?

—¡Acepten la mitad! Es imposible que reúna todo tan rápido. ¡Por favor! ¡Se lo ruego!

—¡Esto no es un pinche regateo callejero! ¡No estamos en el mercado!

—Lo más que podría reunir son las tres cuartas partes. —

¿Ya ves cómo sí podías más?

—Pero no...

—¡Lo quiero todo!, ¡completito! Óyeme bien: lo quiero todo o te devuelvo las tres cuartas partes de tu esposo. ¿Cómo lo quieres: sin piernas o sin cabeza?

—¡...!

—... Hasta eso que sin cabeza no se vería tan mal... ¿que no? Cada peso paga por cada pedazo de tu marido. Si quieres, no más quedame a deber unos pesitos y le corto las uñas o el pelo, y hasta te lo dejo mejor, porque ya anda todo feo el muy puto,

sin rasurar, je, je, je. Espero que hayas captado el asunto, ¿eh, hijadetodatuputamadre?

—¡Ay, Dios! Sabía que algo andaba mal con Ramón, pero no pensé que fuera tan serio. Desde que éramos niños siempre me he encargado de él y cada vez que algo le pasa lo percibo, no me preguntes cómo, pero siempre lo sé... Y justo ahora que ya no quería saber nada de él sucede esto... Por algo será. No te preocupes, yo te consigo lo que falta para mañana temprano... Yo te lo llevo a tu casa para que vayas a pagarle a esos malditos mientras cuido a Beto... ¿Cómo está Beto?, ¿cómo está Alicia?

—Ellos están bien, no saben nada.

—¡Por Dios! ¡Qué cosa! ¡Que ni se entere mi mamá!

—Mira al hombre con su celular junto al corazón o enfundado en la cintura como un viejo revólver. Mira al hombre que desenvaina su celular con rapidez y se lo lleva a la cabeza y, al tiempo que achina los ojos, se descerraja una conversación letal.

—No se preocupe, señor, es un muchachito, de esos resentidos... Le hice una historia... Ya sabe cómo son los jóvenes, éste tiene la cabeza llena de humo... cree que es para un grupo clandestino, un asunto medio folclórico... y ya hasta se siente todo un héroe. No sabe ni cómo me llamo, le manejo un alias, así que si lo llegan a agarrar no puede decir nombres ni dar ninguna pista... Le doy instrucciones por teléfono y le dejo dinero en el baño de la cafetería de su escuela... Pero si se siente intranquilo, señor, o algo llega a salir mal, usted nomás me avisa: ya sabe que el hilo se rompe siempre por lo más delgado, ¿y quíhubas?, ¡si yo nunca en la vida lo había visto al mocoso ese!

—Te digo que no lo he visto desde hace días. ¡Aquí hay gato encerrado!

—Anda, tú.

—La señora tiene cara de angustia...

—¿No se habrá largado ya con la otra?

—Pero ya me habría hablado para que los llevara a algún lado.

—Ve tú a saber qué enjuagues se traigan... Mientras, aprovecha para sacarte otras botelli...

—¡Cálmate, qué, morena! Si ya me trae entre ojos.

—Discúlpeme, señora, es que como no se ha reportado a la oficina y ya le tuve que estar cancelando varias citas y reuniones... y como ya no sé qué decirle a la gente que le llama... Discúlpeme...

—¡Que le hablen la próxima semana! ¡Que le hablen hasta la próxima semana! ¡Óigame bien: usted nada más dígame que le hablen la próxima semana!

—Tú tienes algo, amiga.

—No, ¿cómo crees?

—¿Se están separando?

—Nooo, ¡para nada!

—Mmmh...

—No pasa nada, de veras. Tú serías la primera en saberlo... Te he contado cosas inconfesables...

—Pues por eso. Ya no me quieres decir qué pasó después. —

¿Después de qué?

—¿Ya se enteró Ramón?

—¿De qué?

—De eso, de lo del interca...

—¿¡Crees que soy tan imbécil como para decirle...!?

—¡Ay, amiga, estás muy rara, mejor luego te hablo!, ¿sí?

—¡Aquí, el comandante Sanabria!

—...

—¡Diga!

—...

—¡Peeen... dejos! ¡Los voy a colgar de los güevos por andar jugando!

—*Cli.*

—En el aeropuerto.

—¿Cuál, el de aquí?

—¡Sí! ¿Cuál otro?

—¡Cómo!... ¿Cómo te sientes? ¿Te lastimaron? ¿Cómo regresaste? ¿En avión? ¿Por qué en avión? ¿Cómo? Dime.

—Sí... Manda a Joaquín por mí.

—¿Sí, qué? ¿Estás bien?

—Estoy bien, únicamente quiero dormir mucho. No te preocupes ya. No quiero contarte por teléfono, mejor al rato. ¿Me han buscado de la oficina?

—Sí, todo el mundo quiere hablar contigo. Te ha estado llamando un tal Archundia... Pero deja eso por ahora. ¿Quieres que dé aviso a la policía de una vez? Para que agarren a esos desgraciados. ¡Casi me vuelvo loco! ¡Y sin poder contarle a nadie!

—¡No! Ni se te ocurra. Es gente muy peligrosa y capaz que intentan algo contra ti o los niños. Me lo dejaron bien claro. Así que quede por el momento. No quiero exponerlos a riesgos innecesarios. Luego platico con el comandante...

—Estuve a punto de hablar con él.

—...

—¡Tenemos que hacer algo de cualquier manera, Ramón!

—Mándame al chofer, por favor. Que venga de inmediato. Ya te dije que voy a ver con mi compadre.

—¡Es que no sabía nada de ti, hija!

—Por eso te hablé.

—¡Ay, hija!, ¡casi me vuelvo loca!

—No es para tanto, mamá, surgió un contratiempo; tuvimos que... tuvimos que quedarnos más de lo planeado por problemas técnicos en el aeropuerto.

—¿Cómo pagaron los días de más? ¿El hotel...?

—Los de la compañía aérea nos pagaron la diferencia. Fueron tan amables que ya no nos queríamos ni regresar.

—¿¡Cómo!? ¿No las mandaron de regreso en autobús?

—¡Uy, no! Si para eso juntamos para el avión... Como fue por su culpa el retraso, pues por eso nos pagaron los días.

—Y mientras, yo aquí, haciendo de tripas corazón para atender a tu hijita.

—¿Te dio problemas?

—No, ella es un primor, lo que sucede es que yo ya soy vieja para lavarle su ropa, no me dejaste suficiente... Y luego estarle preparando la comida. Aparte, pensé que ya te habías muerto; me la pasé pegada al radio para saber si se había estrellado algún avión o qué.

—¡No seas catastrófica, mamá!

—¡Ay, hija!

—Bueno, ya voy para allá para recoger a... —

Ay... ¿ya te la vas a llevar?

—¿Supiste de la que se aventó a las vías del metro?

—¿Cuándo?

—¡Hoy en la mañana!

—Ah, pensé que había sido hace como quince días.

—No, esa ha de ser otra.

—¿Y qué pasó?, ¿por qué estás así, toda sacada de onda? —

¡Fue tremendo! ¡Yo lo vi todo!

—¡No me digas!

—Ella estaba junto a mí. Un poco antes de que se aventara me miró a los ojos... El tren iba tan rápido que no pudo frenar. El conductor nada más alcanzó a hacer un gesto como de: ¡chin!

—Pues qué mala onda, de plano.

—Imagino que los choferes deben estar preparados para esos casos, pero los demás no. Yo no. Casi me desmayo.

—Se ha deber visto cañón. Híjoles, ¿qué hiciste? ¿Alcanzaste a ver la sangre y el destripadero?

—¡No! ¡Ni loca! Me volteé y no me atreví a abrir los ojos. Ya ni pude ir a la escuela porque desalojaron a la gente de los andenes y cerraron la estación. Llegué a mi casa y me metí en la cama, todavía no se me quita el susto. Creo que hasta tengo calentura.

—¿Ya te vieron tus papás?

—No, no están.

—¿Quieres que vaya a verte?

—¡Mejor no!

—Bueno. Yo nada más decía...

—Cuando la vi, ni por aquí me pasó que fuera a suicidarse. ¡Ay!... *Pac, poc, poc...*

—¿Qué pasa?

—Se me cayó el teléfono...

—Andas toda nerviosa.

—Yo creí que ella sólo tenía prisa porque llegara el metro. Por eso se acercaba tanto al borde. Se veía un poco triste, pero no tanto... como cualquiera... ¿Es ésa la cara de los que se suicidan?... Ay, me siento mareada.

—No sé, Alicia. Nunca se sabe qué problemas tienen los que nos rodean... A lo mejor ella no lo pensó bien. Se apresuró. Yo creo que no lo pensó bien.

—¿No tendré yo la misma cara?

—¡Para nada! ¡Cómo crees! No te claves en eso. Mejor piensa en otras cosas... En el museo...

—La verdad es que desde hace tiempo hay algo no anda bien conmi...

—¿Qué?

—No sé...

—Mira, no es para tanto.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Ya me la estás haciendo.

—¡Asssh!

—Está bien, está bien. Disculpa, ando un poco tonto. ¿Qué me quieres preguntar?

—¡Nada!

—Perdóname... ¿qué querías preguntarme?

—...

—Aliciaaa.

—¡Nada! ¡Tú no entiendes nada! ¡Adiós!

—Estoy montando un sketch nuevo.

—Ajá, ajá...

—Se trata de un médium que en vez de usar la ouija o la bola de cristal utiliza un teléfono.

—Ajá. ¿Sí? ¿Y qué más, Beny? Síguele... Sí, mi reina, tráigame otra cerveza...

—Pues que llega el primer cliente y el espiritista le pregunta que con quién se quiere comunicar... Con su mujer, el tipo quiere hablar con su mujer, que se acaba de morir. El médium se pone en trance y con los ojos cerrados marca un número; entonces una operadora del más allá, con voz de pito, lo ayuda a comunicarse con la muerta... Ja, ja, ja. ¿Captaste el asunto?

—Pero ésta no está bien fría, mi reina... ¿Se supone que eso es gracioso, pinche Beny?

—Pérate, luego viene lo bueno, porque se les empiezan a cruzar las líneas del más allá y se arma la gorda entre los espíritus y lo que dice uno se lo atribuyen a otro y...

—No sé, Beny... ¿De dónde demonios sacaste la idea?

—De un amigo, un escritor... Luego resulta que la cuenta a pagar le sale carísima al cliente porque es de larga distancia. ¿Captaste el chiste?

—Benyyy...

—Ya que lo veas montado me das tu opinión, porque así nada más, si sólo te lo cuento, como que se pierde el chiste.

—Estoy pensando, Benyyy...

—Ayer hicimos el primer ensayo y está quedando muy...

—... que quizá... tómalo con calma, Beny, quizá te convendría descansar una temporadita.

—¡Nooo, no me jodas!

—Ni modo, Beny. Lo siento mucho, de veras... ¡Salud, mi reina!

—))) Para el joven apenado que se la pasa de fiesta en fiesta y abusan de él: pues para que ya no le suceda, póngase un candadito en la bragueta y no se apene, no sea pene, muchacho.

—Compré el periódico para leer la noticia. Pensé que iba a salir un encabezado enorme en la sección de la ciudad y que harían un reportaje muy extenso sobre la pobre muchacha.

—¿Yyy?

—Nada más le sacaron una nota de apenas quince líneas.

—¿Tan poco vale la vida de... de una persona, de una muchacha?

—¿Qué decía?

—Que se suicidó porque parece que la violó su padre, y punto.

—¡Chale! ¿Cómo lo saben?

—Dejó un papel pegado en la pared de su cuarto...

—Vaya.

—Que en lo que va del año se han suicidado no sé cuántas personas en el metro. Dos de ellas, incluida la de ayer, en la estación Zapata. Ya ni siquiera es noticia. ¿Lo puedes creer?

—Tendrías que haber comprado el *Alarma*... y aún así deben haber pasado un montón de cosas más morbosas.

—...

—Alicia...

—... ¿Me da el *Alarma*?

—¿Estás en el puesto?

—Tenías razón, aquí está... salieron más pormenores en el *Alar*... —

¿De veras lo compraste?

—... *Violola su propio padre... Trágico suicidio en el metro... Así quedó la angelita... Refieren vecinos que la hoy occisa ya no quería ver a nadie, ni a sus amigos. No salía a la calle. Nada más se la pasaba encerrada en su cuarto... Días antes había llamado a una línea de confesiones... para pedir ayuda... pero nadie la ayudó...*

—¿Qué línea?

—... *Confesiones eróticas. Una de las muchas líneas que se anuncian en revistas y periódicos...*

—Ah. ¡Qué tontería! ¿Cómo se le ocurrió que ahí la podían ayudar? —

Ya lo veo. ¡Es que, pobrecita! ¡Pobrecita!

—¿Pero por qué te afecta tanto lo que le pasó? Ni si quiera la conocías.

—))) Para ti, W, la chica del papá cariñoso. ¿Te gustaría participar en un talk-show?

—Por poco y me traicionan los nervios.

—¡Cómo!, si eres un profesional, mi Dany.

—¡Beny!

—Beny. De eso vives. Beny, Beny.

—No es lo mismo, no es lo mismo. Yo no disfruto haciendo sufrir a la gente... Antes, todo lo contrario: vivo de la risa de los demás.

—Bueno. Ya no te me pongas moralista ahora. Igual estuviste bien en esta comedia. Eres bueno para fingir... aunque no era necesario que me putearas tanto...

—Para actuar, Ramón, no se te olvide... Pero lo hice porque tú me lo pediste. Y es justo que me des una tajada.

—Mmmh. Todavía me falta juntar...

—Debo decirte que las cosas no me andan muy bien en El Bocafloja. Ya me dieron corte.

—Tú ten fe. En poco tiempo va a haber lana para aventar pa'riba. Nomás que se firmen unos contratos...

—¿Oye, y para qué quieres tanto dinero, Ramón? Si ya debes estar más que hinchado.

—Entre otras cosas, para comprarle una jaula de oro a mi gatita.

—Ya de perdida dame una aviaduría, aunque sea con un salario pequeño. Es que necesito irla pasando mientras se arreglan las cosas en el bar.

—Ya lo veremos, ya lo veremos, mi querido Beny. Por ahorita no se puede porque... sí, dígame que estoy en conferencia telefónica... Mira, Beny, ya sabes que hace poco me dieron un periodicozo por la bronca de los aviadores...

—... ¡Caaabráon!

—¿Cómo dices?

—Nada. Que está caaabráon para mí.

—Por lo menos te la pasaste bien en Acapulco. Te atendieron a cuerpo de rey... ¿Y qué me dices de la acompañante que te tocó?

—Ajá, ajá. Igual luego me chingué haciendo las llamaditas en la madrugada...

—Ah, cómo te quejas, Beny. Te voy a enviar un aliguito con el mensajero, ¡hombre!

—Pero que no sea un alquito... Mejor un algote. ¿Captas, hermano?

—Mira, chaval, has de ser un buenazo para los discursos y hablar mucho... tirar rollo, como dicen, pero para escribir sketches no me sirves. A nadie le pareció gracioso lo que me escribiste. El ridículo que pasé por tu culpa. Con franqueza, te comunico que hasta aquí llegamos. Ya fue suficiente.

—También hay que considerar el aspecto de la interpretación, Beny, porque el sketch no se actúa solito... ¿verdad?

—¿Y tú qué sabes de la *standup-comedy*?

—¡Lo mismo que tú sabes de guionismo! Yo le escribo discursos a mi jefe, y es lo mismo. ¿O qué, a poco no es también comedia pura lo que dicen los políticos parados frente al micrófono?

—¡Vete a la mierda!

—¡Pues allá nos vemos!

—¿Qué tal lo tomó tu mujer?

—Le dio chorrillo del susto... Aunque a lo mejor se empezaba a hacer la ilusión de que yo ya no iba a regresar.

—¿Crees que sospeche algo?

—Nada. Salió perfecto, Clarita.

—¿Qué pasa si se entera?

—¡Olvídate! Pero no. Lo único que cuido es que no le cuente a nadie.

—¿Qué dijo del dinero?

—Que ya ni modo. Mi hermana va a tener que esperar a que le paguemos... que lo importante es que haya salido ileso.

—¿Y de veras saliste ileso de la aventura?

—¿Quién puede salir ileso después de un maratón como el que nos aventamos, mi amor? Quedé deshidratado, agotado,

pero feliz. Feliz también porque dentro de poco ya te vas a mudar al departamento nuevo.

—Gracias a tu ocurrencia genial y a las dotes de tu amigo el payaso. Si desde que lo dijiste de pura broma supe que era una gran idea y que no iba a fallar.

—Si no, imagínate: hubiéramos regresado de Acapulco y a lo mismo de siempre. Ya ves, Clarita, a veces el alcohol y la playa son buenos consejeros, ja, ja. Y finalmente estarás tranquila.

—¿Lo vas a poner a... mi nombre?

—¡Claro! Como te lo prometí. El jueves nos vemos en la notaría. Mando a Joaquín por ti.

—Estoy en un dilema...

—¿Por qué? ¿Cuál es el gran problema?

—No sé si comprar manzanas verdes, amarillas o rojas, de esas que parecen muelas.

—¿Me llamas desde el súper...?

—Sí, ni modo que...

—¿Y para eso me hablas... a mí?

—¿A quién quieres que le hable entonces? ¿Al presidente?

—Te compré el celular para e-mer-gen-cias. ¡Sólo para emergencias!

—¡Esto es una emergencia!... ¡Desde lo del secuestro me muero de nervios! ¡No sabes, Ramón, todavía tengo la voz del secuestrador en la cabeza, nunca se me va a olvidar su voz!

—¡Si quieres grítalo más fuerte para que se enteren todos, o mejor vocéalo por el altavoz de la tienda!

—... ¿Y quééé?

—Que es nuestra vida privada.

—...

—Tengo que dejarte. Unos ingenieros acaban de llegar...

—¿Vas a ir a la casa a comer?

—Ya sabes que no me da tiempo. Bye, bye.

—¡Cagadísimo! Es que sólo a Beny le suceden estas cosas. Por algo es el bufón de la corte.

—¿Cómo estuvo?

—Pues resulta que fue al funeral de su hermana. Ya sabes: moqueos, abrazos, condolencias... En el panteón civil, a las afueras de la ciudad, ahora sí que en un pinche panteón de mala muerte.

—Ja, ja, ja...

—Bajaron el ataúd y ya comenzaban a cubrirlo con tierra cuando de pronto que se escucha el timbre de un celular y ahí tienes a los tíos, las sobrinas y hasta la abuelita, en chinga, buscando su celular para apagarlo, porque mira tú qué desconsideración ponerte a cotorrear por teléfono durante el funeral de una pariente. Pero pasó que nadie podía callarlo...

—¿Por qué?

—Imagínate por qué.

—¡No me digas que era el de...

—¡Ése mero!

—...la muerta! Ja, ja ja.

—No les quedó más remedio que abrir la caja para sacar el teléfono porque volvían y volvían a llamar: bien necia que es la gente.

—¡Uy, qué irigote!

—Y a quien mandaron a cumplir con semejante misión fue a Beny, porque los otros están más gordos que él. Imagínate no más: eres un gordinflón que no puede ni hacer una sentadilla y tienes que aventarte un brinco dentro la tumba de tu hermana para levantar la tapa del ataúd, buscar entre sus ropas el celular y decirle al muy imbécil que llama que ella ya no va a poder contestar nunca porque está bien muerta.

—¡Uuuta madre!

—El Beny se quedó todo turulato... Luego no sabía dónde meter el teléfono y se acordó del sketch del médium que le escribí y aprovechó para llamarme...

—¿Con el teléfono de su hermana muerta?

—Sí, no quería desperdiciar el crédito que todavía tenía y de paso también disculparse por la vez que me mandó a la chingada. Le entró el remordimiento... ¿Y pues ya qué? Lo tuve que ir a alivianar. Total que nos fuimos a echar unas copas, nos pusimos una peda de aquellas en una cantina allá por el rumbo de Chinchasbravas y le dije que mejor tirara el celular porque era como de mal gusto seguir usándolo.

—¿Y dónde lo tiraron?

—En una fuente. Lo convencí de que lo aventara al agua para que nunca volviera a sonar. Hubieras visto al Beny caminando dentro de la fuente, chapoteando, porque se metió para depositarlo en el mero centro: lo quería ahogar con sus propias manos para estar seguro de que ya no volviera a llamar nadie.

—¡Qué desperdicio!, para la próxima mejor me lo regalan, ¿no?

—Beny alega que a partir de que le escribí el sketch ha tenido muy mala suerte.

—¿Y tú qué crees?

—Que no le ha ido mal desde aquello... ¡sino desde que nació!

—¡Ay, qué malo eres con él!

—Es que sólo a Beny le suceden estas cosas.

—)))

—La contaminación está tan fuerte estos días que cada que salgo a la calle los ojos me arden que me dan ganas de arrancármelos; las alarmas de los autos suenan toda la noche y no me dejan dormir; el mataviejitas anda suelto por la ciudad y la policía no hace nada, y ni a quién le importe: total que mata pura gente

anciana como yo, y para colmo la policía dice que no es un solo mataviejitas, sino varios, ¡ay, Dios!, cualquier día me encuentran ahorcada en un callejón. Fuera de eso estoy bien...

—¿No te das cuenta?, Graham Bell hizo un pacto.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado investigando sobre él. Su historia es la mía...

—¡Y dale! Ahora ya te entró la obsesión por Bell.

—Le sigo la pista. Yo también estoy dispuesto a hacer un pacto. La única diferencia es que yo sé desde antes que mis propósitos me llevarán a la ruina.

—¿Entonces para qué sigues?

—No tengo alternativa. Mi situación actual es peor que cuando estaba contigo.

—¿Ya lo ves? Mejor te hubie...

—Mi jefe es un corrupto y me muero de ganas porque se hunda, porque es un asco, hasta le pasé informes a un periodista para sacarlo a balcón... pero luego, cuando salió el periodicozo, ya me andaba arrepintiéndome porque si él se hunde yo me quedo otra vez sin chamba.

—Dicen las malas lenguas que te andan buscando, Ramoncito...

—¿Cómo?!

—¡Que ay de ti donde te encuentren, pendejo!

—¿i...!?

—*Clic.*

—¿A qué hora llegaste ayer?, ni te escuché.

—Como a las doce. Estabas dormidísima, por eso no te... —
Es que... es que la clase de yoga fue intensa.

—Y hoy ni siquiera platicamos en el desayuno porque tenía prisa por llegar a la oficina. Por eso te hablo, a ver cómo andas de tus nervios.

—Mejor, mejor. La yoga me hace más bien de lo que tú te imaginas...

—Espérate, hija, deja que pase el avión porque no te oigo nada. Cada vez vuelan más bajo...

—...

—¡Éste pasó rozando la azotea!

—¡Ay, mamá, cómo crees!

—Tú nunca me crees nada.

—Voy por la niña ahorita. No salgas, ¿eh? —

¿Ya te la vas a llevar?

—A menos que se quiera quedar a dormir contigo. A ver, pregúntale.

—... ¿Te quieres quedar con tu abuelita? Tu mami te da permiso. ¿Verdá que sí, nena? Ven, vamos a la recámara.

—Mamá...

—... Ponte esta calceta porque te vas a resfriar, el piso está frío, y no te recargues en la pata de la silla porque...

—¡Mamá, aquí sigo!

—...

—¿Por qué la niña anda descalza en el suelo?

—...

—Contesta, ¡mamá, mamá, mamááá!

—...

—¡Ash! Me chocas, mamá.

—Tengo miedo de que a alguien de mi confianza se le haya ido la lengua...

—No sería raro, ¿eh?; si a la gente nomás le tiran un poco de la lengua y suelta la sopa. ¡Dímelo a mí, que cuando quiero lubricarle la garganta a alguien nomás con decirle que le voy a dar sus cachetadones afloja luego luego!... Ja, ja, ja. Así que de quien dudes, seguro que ya te echó de cabeza.

—¡No, compadre, que la boca se te haga chicharrón!

—¡Ja, ja, jaaa! No te preocupes, Ramoncito, no es necesario que alguien cercano te traicione... nomás con que te graben las conversaciones tienes...

—¡No me chingues! Si ves que ya ando bien paranoico para que todavía me pongas más.

—En este momento no estoy en casa, pero tú sabes qué hacer al oír el bip.)))

—Me duele que las otras personas no sean tú, me duelen los codos, la frente y me duelo yo. Me duele este vaso, la botella, la mesa y el cenicero atascado. Me duele el techo y la oscuridad, me duele pagar la cuenta y salir solo, me duelen mis pasos en esta calle, que no es tu calle, y me duele tu tránsito motorizado por otra cualquiera... porque alguna vez te he visto pasar fugaz frente a mí, en otra calle, montada en la parte trasera de una motocicleta roja: tu cabello serpenteante, las piernas al aire, tus caderas desplegadas sobre el asiento: el sueño de cualquier ángel del infierno...

—La llave del lavabo gotea, le hablé al plomero y no viene; el marco de la ventana de la sala está tan oxidado que se anda cayendo a pedazos, a ver qué día voy a recoger la ventana allá abajo, ojalá no mate a nadie del golpazo porque no quiero pasar mis últimos años en la cárcel: bonita me vería con mi uniforme a rayas; descubrí otra humedad en el fondo del clóset del pasillo, aparte de la que ya había

visto en el techo del baño; se fundió el foco del refrigerador; las aspas de la licuadora ya no cortan ni un jitomate; hay hormigas dentro de la alacena, tengo que sacar la comida para fumigar; el vecino de al lado se emborracha entre semana y escucha a todo volumen su música ranchera. Por lo demás, estoy bien... ¿A ti cómo te va?

—Bien, mamá. Escúchame, estoy a punto de conseguir el departamento que te platicué, y así tú te vas a venir a vivir al que ahora yo tengo y te vas a evitar muchos problemas... Este rumbo es mucho mejor, y las tuberías, la pintura y tooodo es más nuevo. Ten un poco de paciencia, ¡te lo ruego!, ya estoy tramitando el préstamo y por suerte el asunto va por buen camino, gracias a la ayuda del licenciado Ramón.

—No te preocupes, hija, no creo que las cosas puedan ir peor... Cuídate de ese tal licenciado Ramón, porque algo ha de querer de ti... Nadie da algo a cambio de nada.

—Si ya estoy mucho más calmada, pero por más que lo intento no puedo olvidarme de la voz del secuestrador. La tengo metida en la cabeza todavía. Lo raro es que desde el principio se me hizo conocida... pero no...

—Ya mejor olvídate de eso... ya pasó...

—¡No, qué: *ya pasó!* Te juro que conozco esa voz. ¿Seguro que no le viste la cara a ninguno?

—¿Cómo crees que me iban a dejar verles la cara? Todo el tiempo estuve vendado... Eran profesionales. Y mejor que no los haya visto; si no, me matan.

—Vi en la tele que a veces los que te secuestran son gente muy cercana a ti...

—¡Ésas son puras tonterías! ¡¿Qué van a saber los de la tele?!

—Hay mucho cocinándose bajo el agua. Lo que sale en los periódicos es nomás lo que quieren que salga.

—Lo que quieren, ¿quiénes?

—Los interesados... grupos con intenciones oscuras.

—¿Tú crees?

—No los subestimes, saben cosas que sólo mi gente de confianza conoce...

—¿No andarás medio paranoico?

—Sé que me siguen...

—¿Cómo que te siguen, si cualquiera sabe dónde encontrar-te? Háblale a Sanab... No. ¡Ajá! Oye, no vaya a ser que estés preparando el terreno para... para salir luego con que te raptaron y apareciste con otra en Acapulco.

—No, Clarita, cómo crees. Esto sí es en serio.

—¡Pues andas en problemas, porque te matan ellos o te mato yo! Así que cuidadito. A mí no me la haces, ¿eh?

—... ¿Y cómo está tu hijita?

—...

—Lo malo de los minicelulares a manos libres es que ya no distingues a los locos de los que mantienen una comunicación común y corriente... Vas por la calle y la gente camina animadamente, hablando a solas, con su amiguito imaginario... o con un simple compañero de trabajo... ¿y cómo distinguir a unos de otros?

—Mira, de locos a locos, yo prefiero a los platicadores, porque los autistas son muy aburridos.

—Aunque también están los locos que hacen como que hablan con alguien por el celular, y nada que... pura simulación, porque del otro lado no hay nadie...

—Bueno, pero se divierten, ¿no?

—¡Oye, pásame a tu papá!

—¿De parte de quién?

—¡De su amante!

—... ¿Claritaaa?

—No me crees, ¿verdad? De veras que Bell hizo un pacto. Pero como todo aquél que trata con el Sin Rostro, terminó siendo utilizado, porque en realidad el Sin Rostro nunca les concede nada que les aproveche; como Padre de la Mentira que es, aparenta que va a dar algo a cambio de lo que obtiene, y no, sólo transforma al ingenuo que pacta con él en un instrumento vil de sus propósitos.

—A ver, pero, ¿cómo es que dices que Bell llegó a eso?

—Ahí te va la historia: Una noche, tan lúgubre como ésta...

—¡Oye! Que estoy solita...

—... Alexander Graham Bell divagaba en el sótano que le habían prestado los padres de uno de sus alumnos para que se dedicara a sus investigaciones personales; estaban hiperagradecidos con él... Recostado en su sillón pensó que sus clases para hacer hablar a los sordomudos eran todo un éxito. Los padres de familia de la escuela especial donde trabajaba le rogaban que continuara dando clases porque era el mejor; con ningún otro maestro los adelantos eran tan notorios. Y claro, Bell pertenecía a la tercera generación de expertos en fisiología del lenguaje en su familia. Había continuado la tradición de su abuelo y de su padre y los había superado a ambos... Pero no se conformaba con su titulito de gloria local, no, para nada; era tiempo de dar el gran salto y aplicar sus conocimientos y su intuición en un proyecto más ambicioso, un invento que trascendiera las limitadas paredes asfixiantes de la escuela de sordomudos...

—Mjmm, mjmm...

—La cosa es que en un principio le había parecido tan admirable la labor de su padre quien fue capaz de extraer palabras inteligibles de aquellos muchachitos que antes sólo sabían producir sonidos guturales, patear y arrebatar. La propia madre de Bell

era la prueba de que la palabra constituía el don más humano; recordaba su voz gracias a que alguna vez su padre había conseguido el milagro también en ella. Entonces, ¿no era preciso dedicarse a perfeccionar las técnicas de enseñanza que había heredado para emular la proeza de repartir voz entre quienes no la escuchan?

—¿Pues ya qué le quedaba?

—Pero tantos sordos requerían su atención y él, Alexander Graham Bell, era sólo uno e indivisible, y por más que se esforzara no podía ayudarlos a todos; ni siquiera Cristo lo había conseguido, con sus milagros esporádicos, repartidos a capricho, entre una multitud sedienta y desdichada... En su más reciente pesadilla a Bell lo asedió una multitud que pedía a señas su auxilio: ¡Enséñanos a hablar, Alexander, ayúdanos a pelear contra este maldito aislamiento al que estamos condenados! ¡Tú no sabes cómo es estar impedido para escuchar la voz de quienes amas, de escuchar lo que tú mismo dices, no sabes cómo es darte cuenta de que tu lengua no es más que un colgajo estéril de carne que sirve sólo para pasar saliva y estorbar!

—¡Ándale!

—Bell despertó temblando, con la convicción de que había llegado el tiempo de abandonar la modestia, el trabajo hormiga, y proyectar un invento que diera voz no nada más a unos cuantos, sino a todos... porque no existían sólo los sordomudos, sino los demás: los que oyen y hablan, pero que no pueden o no saben comunicarse...

—O sea que, antes del teléfono, las gentes eran como sordomudos que no sabían usar su propia lengua...

—Eso es lo que pensaba Bell... aunque al principio no imaginaba en qué consistiría el dichoso invento en el que gastaba tanto tiempo...

—¿Quieres decir que Bell no sabía qué es lo que quería inventar?

—¡Claro que no! En ese momento eran puras elucubraciones suyas, se acercaba a tientas en la oscuridad... Como se acercó a la pequeña ventana del sótano que le habían prestado... Era

medianoche, y desde su puesto de observación miró al ras del suelo las calles de Salem en penumbras.

—¿Estaba en Salem?

—Te digo que es una historia gótica... Y pensar que apenas unos años antes, en ese mismo lugar habían perseguido y quemado a supuestas brujas. La gente seguía siendo supersticiosa en Salem, pero no a tal extremo... De pronto la luz de un relámpago arponeó el cielo a lo lejos y, de manera automática, como era su costumbre, Bell inició un conteo para saber a qué distancia había caído: Mil uno, mil dos, mil tres... El estruendo provocó que la ventana respondiera al rayo con una sacudida sorda. Bell tocó el cristal y sintió la vibración: la ventana ronroneaba, convertida en una lengua de cristal, frágil y quebradiza, con voz trémula; una lengua de cristal que nunca podría gritar con fuerza sin terminar por quebrarse...

—Una lengua de cristal, ¡qué padre!

—... Bell, recordó la vez que había notado que la cuerda de un piano era capaz de responder a otra cuando sonaba desde un piano situado en otra habitación... ¡Vaya con la distancia! Los objetos poseían una comunicación a distancia tal como los humanos contábamos con el telégrafo, aunque el código telegráfico sólo lo conocieran unos cuantos... a diferencia del teléfono (que claro que aún no se inventaba)... había que establecer una comunicación más directa... ¡Eso es!, pensó Bell: si he hecho hablar a los sordos, ¿por qué no hacer hablar al metal del que están hechos los telégrafos, en vez de que emitan esos ruiditos ininteligibles, propios de los sordomudos? Entonces todos los hombres, no sólo unos cuantos alumnos, llegarán a poseer, no una lengua útil, de carne, aunque limitada y corruptible, sino una lengua de hierro con la fuerza necesaria para luchar contra cualquier obstáculo en su camino, para vencer al tiempo y a la distancia...

—¡Guau! ¡Qué chingón era Bell!

—¿Y cómo dotar a los hombres de una lengua de hierro?

—Sí, ¿cómo?

—Aquí viene lo más loco de la historia: siendo Bell adolescente, había construido una cabeza parlante, con cachetes y labios de caucho y madera. En el interior de la cabeza había conseguido reproducir una garganta, con todo y cuerdas vocales; además tenía lengua y dientes. Cuando él y su hermano Melville manipulaban la cabeza, y gracias al aire insuflado con un fuelle a través de un tubo de hojalata, el artefacto era capaz de emitir el sonido de cada una de las letras del alfabeto. La voz de la cabeza era chillona, pero clara. Servía para mostrar gráficamente a los sordomudos cómo articular las palabras.

—¿Y cómo se le ocurrió?

—Parece que Bell conoció las primeras máquinas simuladoras de voz de Kempelen, que formaban parte de los autómatas que proliferaron en las ferias un siglo antes y que adquirieron tal perfección que asustaban a los neófitos que solían romperlas a la primera oportunidad.

—Nada raro, las personas son igual de pendejas siempre.

—Déjame decirte que siglos antes, santo Tomás de Aquino se había atrevido a destruir la cabeza parlante de su maestro el alquimista Alberto Magno, quien a su vez la había heredado de Roger Bacon, porque, según dijo, era un invento maléfico, una obra del diablo. Y si santo Tomás de Aquino hubiera vivido en el diecinueve, seguro habría despedazado con sus manos la cabeza de caucho de Bell, y sin duda también habría roto el teléfono que inventó después; imagino sus muecas de terror ante ese engendro del demonio que tenía la capacidad de hablar, una capacidad reservada a los seres humanos: por tanto, todo aquel ente no humano que hablara era considerado diabólico...

—Oye, ¿y cuántos que conocemos ahora no son meras cabezas parlantes: desde las anunciadoras de la televisión, como tú les dices, hasta los políticos?

—... Ahora esa cabeza de caucho sería el punto de partida de un invento realmente nuevo. Bell juró en voz alta que haría lo que fuera por construir un aparato así: ¡Daría cualquier cosa por inventar un aparato que comunicara a la gente común y corriente! ¡Un aparato para comunicarse de verdad! Su mirada penetró las calles de Salem, iluminadas por la luna, y creyó distinguir a lo lejos a un ser que parecía una sombra... Qué raro, la vida es un misterio, pensó, tanto se nos escapa del entendimiento... Se prometió que haría lo que fuera para encontrar el camino adecuado. Y lo intentó los días siguientes... Sin embargo, únicamente cuando se olvidaba del asunto, porque otros problemas requerían su atención, hallaba, sin buscarla, una pista más...

—Pero...

—Y así el pacto demoníaco quedó en firme y ya no pudo eludirlo. Aunque hubiera luchado contra su propio invento...

—Pero, espérate... ¿cómo, cómo!?, ¿no tenía que aparecersele el diablo y ofrecerle lo que deseaba a cambio de su alma y firmar con sangre y...

—No. Las cosas cambian con la época y las circunstancias. Cada pacto se firma de manera distinta, se adecua a la naturaleza y al contexto del protagonista. No es lo mismo Fausto que Bell; en su caso, no hubo una efígie cornuda bajo un resplandor rojo, sino una sombra: para Bell fue suficiente con desearlo y pronunciarlo en voz alta esa noche tenebrosa... Además lo refrendó en Salem, una de las sucursales más importantes del infierno en la tierra.

—¿Y a todo esto, cómo es que llegó a Salem?

—Pues nadie sabe para quién trabaja. Bell estaba seguro de que su propia pasión fue la que lo obligó a construir su invento. Él vivía en Boston, Massachussets, y justo cuando le nació la inquietud de hacer algo más que enseñar a sordomudos, por pura casualidad, los padres generosos de uno de sus alumnos le ofrecieron el sótano de su vivienda, situada a pocos kilómetros de distancia... en Salem, como laboratorio.

—¿Cayó en una trampa, según tú?

—No sé si llamarle trampa, no fue tan... Más bien constituyó una especie de paradoja, como las que le encantan al demonio... No sólo le encantan, sino que vive de ellas...

—...

—¿Sigues ahí?

—Me estaba resucitando la oreja con un masajito. Ya se me había planchado... Ajá, sigue, te escucho: soy toda oídos.

—Uno de los pasatiempos favoritos del demonio es originar confusiones... demostrar que es imposible confiar en nada y en nadie o creer en algo... que no existe ninguna seguridad, excepto la de que él te traicionará si entras en tratos con su persona. La paradoja...

—A ver, explícame lo de las paradojas.

—Mira: una vez el diablo retó a Dios: Si en realidad eres todopoderoso como presumes, entonces puedes crear una roca tan pesada que ni tú mismo seas capaz de cargarla.

—Mmmh... A ver, espérame tantito... No creas que soy tan tonta: eso significa que si Dios fabricaba una roca... que él mismo no pudiera cargar, entonces...

—¡Ajá!... Dios demostraba...

—¡Pérame, pérame! Con esto demostraba que no se le podía llamar todopoderoso...

—¡Exacto!

—Ya entiendo. Pues sí, bastaría con que tuviera un impedimento para no serlo. Pero, por el otro lado...

—Por el otro lado, si Dios no conseguía crear una roca imposible de levantar, entonces el demonio demostraba ¡que no era omnipotente!

—Déjame decirte que por lo menos el diablo tiene ingenio, ¿eh?

—No sería quien es si no lo tuviera. ¡Hey! El saber es peligroso. De ahí viene el asunto de comer el fruto del árbol del conocimiento y la consecuente expulsión del paraíso...

—A ver, ya nos estamos yendo por las ramas del árbol del conocimiento... ¿que no era el árbol del bien y del mal, por cierto?

—De hecho, había dos árboles: el de la vida y el de la ciencia del bien y del mal. El primero es cuento aparte... Pero al que se refiere la historia de perder la inocencia por comer el fruto prohibido es ése...

—¡Ah!, bueno. ¿Y cuál fue la paradoja de Bell?

—Que él deseaba inventar el teléfono porque el diablo lo quería así... pero a su vez el diablo lo quería porque Bell lo deseó...

—O sea, ¿cómo? Me quieres hacer bolas...

—De eso se trata precisamente.

—¿Crear confusión?

—Sí, qué puede ser más confuso que ni siquiera estemos seguros de que nuestros deseos sean nuestros deseos en realidad... que escuches una voz en tu interior y no sepas si es la tuya o la del diablo...

—Mira que a veces me mediomato por lograr algo y ahí me tienes: chinguele y chinguele, y ya que lo consigo pienso: ¿Para qué diablos quería esta chiva?

—Sí, ¿para qué diablos quería esta pendejada? Y ahí es donde nos jode de veras, porque ¿cómo puedes luchar por las cosas si no tienes la certeza de saber qué es lo que quieres...?

—¡Pues qué friega!

—Lo que se dice... una verdadera parajoda.

—¿Una parajoda?... ¿Y qué pasó con Bell?

—Aquí viene lo macabro de la historia y el porqué de... Bueno... —
Cuenta, cuenta...

—Necesito que me acompañes mañana en la noche a una cena.

—¿Necesitas que...? ¿O me invitas?

—Sí, quiero que me acompañes. Te invito.

—Dijiste *necesito*...

—¡Ay! Así hablo yo.

—Si es una invitación, acepto. Si es una obligación, la acato.

—Ya, ya, ya. ¡Okey! Te arreglas y llego entre las nueve y nueve y media.

—¿Qué me pongo?

—Un vestido.

—Ya lo sé, pero, ¿cuál?

—Uno con el que te veas bien elegante.

—Pero, ¿cuál?

—¿Ya vamos a empezar?

—¿Ni siquiera sabes qué vestidos tengo y con cuáles me veo bonita?

—El rosa me parece bien.

—No te sabes otro.

—¡Oh!, ¿por fin?

—Un momento, por favor...

—...

—Me informan que el licenciado acaba de salir hace un minutito...

—¿Me puede dar el número de su celular?

—No, lo siento: el licenciado nos tiene prohibido dar su número, es confidencial.

—¡Assh!

—Lo que no te había contado es que mi hermano se está quedando en mi casa desde hace tiempo.

—¡Gallinero lleno!

—Chale, y a mí me huele que hay algo raro, tú, morena...

—¿Como qué?

—Ya ni sé...

—¿No me digas que de veras te andan haciendo de chivo los tamales?

—La otra vez traté de hablar con mi hermano y nomás bajaba la mirada cada vez que...

—Ya ni la amuela tu vieja, no le bastó contigo para que encima se echara a otro naco igual que tú.

—... La bronca es que si es cierto me lo voy a tener que quebrar al cabrón, aunque sea muy mi sangre, porque una ofensa como esa no se le perdona a nadie...

—Uy, no te calientes, si era pura broma. Una cosa es que tu vieja se enoje y no te quiera aflojar y otra es que le ande poniendo con tu propio hermano. Eso sí se me haceee...

—Está grueso... Ahí viene el pendejolote de mi patrón con su amasia. Y para acabarla de amolar, se ve que andan de pleito porque ella le manotea como loca. Al rato te hablo...

—Ándale, y no mates mucho a tu hermanito.

—))) Recado para el cuñadito amoroso: recuerda que las mejores cosas siempre se dan en familia, ¿eh?

—Días después, Bell construyó un fonógrafo.

—¿Un qué?

—Un fonógrafo, un aparato que transformaba las vibraciones de los sonidos de cada letra en signos gráficos, para que ahora los sordos aprendieran a hablar por medio de grafías también... una especie de fax...

—Ajá, ajá.

—Su padre había inventado un sistema de escritura de sonidos y él estaba tratando de llevarlo hasta sus últimas consecuencias imprimiéndole una dimensión física a los sonidos; lo que su padre había hecho en simple papel Alexander lo estaba trasladando al mundo real; aunque los resultados todavía no eran satisfactorios, porque a su fonógrafo le faltaban sensibilidad y precisión... Mientras bebía una copa con su amigo, un médico llamado Clarence Blake, le mencionó de pasada el fonógrafo

y sus deficiencias, y el médico le dijo que la solución era obvia, que usara un prototipo tan perfecto como el que poseía el cuerpo humano: el oído... Si él bien que lo sabía... por algo era médico. ¿Y cómo voy a fabricar algo tan delicado?, preguntó Bell. La respuesta del doctor Blake fue tajante: ¡No tienes que construirlo!, ¿para qué?, mejor te invito a cortar uno de mi huerto. Bell no atinaba a entender, pero cuando su amigo pagó las bebidas y lo condujo hasta la puerta del anfiteatro estuvo seguro de que no iba encontrar algo lindo dentro de ese lugar en donde reinaba el olor dulzón e implacable de la podredumbre. Blake sostuvo un escalpelo entre los dedos, su pulso denotaba completa seguridad y de un cadáver que nadie había reclamado cercenó una oreja con todo y su oído interno como si arrancara una planta de la tierra. Era un ejemplar magnífico y se lo ofreció cual flor a Bell...

—¡Ay, guááácatelas!

—Bell consiguió un tripié para montar el regalito del doctor Blake, conectó a los huecesillos del oído una plumilla muy fina y en el otro extremo un cristal ahumado, luego le habló... Ahora sí que le habló al oído a su engendro, las ondas sonoras movieron los huesecillos y la pluma dibujó sobre el cristal unas líneas. Bell se entusiasmó y murmuró y hasta cantó al oído del muerto toda la noche, embelesado con sus avances. Algunas semanas después le platicó el proyecto a su prometida Mabel, la joven que habría de tomar por esposa entre sus alumnos y que, por supuesto...

—¿También era sorda?

—Tan sorda como la madre de Bell. Mabel se burló...

—¿Por qué?

—Porque si se desvelaba tanto para construir un juguete de niños, seguro se estaba volviendo loco, porque el teléfono de los enamorados, que así le decían —un par de conos de cartón unidos por un hilo—, se había inventado mucho tiempo antes y a nadie le preocupaba el nombre de su autor. Bell se puso rojo y vociferó que no, que ése era diferente, el suyo tendría un alma eléctrica y una

lengua de hierro... ¡A ti no te cabe en la cabeza algo así: un autómatas superior a los creados en el pasado, un golem eléctrico, no de barro, y que obedezca las órdenes y sí hable!... Pero, vaya, qué pendejo, se dijo Bell, ¿qué caso tiene gritarle a una sorda? Mabel también enfureció y le reprochó: ¡Cómo te atreves a usar pedazos de cadáver para construir un juguete, eso es una herejía, Dios te va a castigar!

—¿Entonces Bell estaba construyendo su frankenstein?

—¡Ándale! Sólo que apenas en estos días el engendro está desplegando sus verdaderas posibilidades. Ahora los teléfonos celulares tienen cámara fotográfica, videojuegos, música y todo lo necesario para hechizar a cualquiera...

—¿Y a qué se refería Bell con un golem que sí hablara?

—El golem, que según la leyenda judía despertaba cada treintatréis años en Praga, era imperfecto porque no hablaba... era tan mudo como la madre de Bell y sus alumnos y, justamente para él, la palabra constituyó siempre la esencia de lo humano, y su creación, el teléfono, sí habla...

—A ver, a ver, ahí sí no coincidimos, ¿qué no somos nosotros los que hablamos... a través de él? ¿No es el teléfono un simple intermediario?

—No, el teléfono no es exclusivamente un celestino de la comunicación, es otra cosa: funciona de otra manera: lo que escuchas en este momento no es mi voz realmente.

—¿Aaah, qué no?

—No, lo que tú escuchas saliendo de la bocina de tu aparato es una metáfora eléctrica, una reconstrucción sonora de mi verdadera voz; porque, primero, mi voz original es transformada por mi aparato en una serie de impulsos eléctricos que, a continuación, viajan por un cable para que tu receptor los convierta de nuevo en ondas sonoras. Luego entonces, la voz que sale de mi garganta no es lo que tú escuchas, sino a un autómatas que habla con una voz que se parece mucho a la mía, que la reconstruye a cada momento e intenta ser lo más fiel a ella, o por lo menos

eso creemos, porque quién puede saber si este autómatas no nos juega malas pasadas de vez en cuando, de manera que si yo digo, blanco, por ejemplo, él dice negro o verde o violeta. ¿Cómo podemos estar seguros de que no es así? ¿Por qué confiar tanto en una máquina que tiene un origen tan macabro como el haber sido creada a partir de un cadáver?

—¡Vaya! Pues qué engañoso y qué triste resultaría que en realidad no fueran nuestras voces lo que escucháramos, sino un triste remedo artificial. Si lo que querías era desanimarme, te estás acercando...

—Bueno, por otro lado, y quizá esto sea lo importante, recordando lo que tú misma me hiciste ver la otra vez, el espíritu de nuestras palabras se conserva, a pesar de lo malévolos de las tergiversaciones diabólicas; lo mismo sucede con la letra impresa de los libros, de los periódicos, que tampoco es voz aunque de alguna manera se esfuerce en imitarla, porque en realidad conoce su condición de mera sombra inerte... y la acepta. Y si uno también acepta esa condición del lenguaje escrito hasta puede sacarle provecho en ocasiones, también a pesar de las erratas misteriosas que pueblan como pequeños demonios los libros, que son el equivalente de las tergiversaciones malévolas del teléfono. El lenguaje escrito es sólo la sombra del lenguaje oral, pero como sucede con la caverna de Platón, quizá sea la única manera en que podemos percibir lo que escriben los autores de las obras clásicas, que nos llegan después de tantos manoseos: malas traducciones, malas ediciones, erratitas, erratotas...

—A mí me encanta leer por la noche. Gracias a ello mi vida es menos miserable.

—Bell tuvo el sueño de hacer menos miserable la vida humana, pero el teléfono nació maldito, y ahora es la máquina más grande del planeta, sus cables miden cientos de miles de kilómetros, cruzan el fondo de los mares y la superficie de la tierra, y cada vez crecen más, como tentáculos... Esta máquina envuelve al mundo como un tumor que terminará por asfixiarlo... aunque

ahora ya ni necesita la corporeidad de sus cables, porque la era de los celulares, los satélites y las microndas lo han hecho trascender su antigua condición de criatura pedestre, porque ahora impregna el aire que respiramos con sus ondas electromagnéticas...

—Y hablando de otras ondas, ¿qué pasó con Mabel?

—Bell la mandó por un tubo y fue corriendo a distintas tiendas a buscar material para construir el primer prototipo de...

—¿Y para qué a distintas?

—Para que nadie le robara la idea, su idea. A esas alturas estaba convencido de que alguien adivinaría lo que trataba de hacer con sólo mirar su lista de materiales o nomás de verle a los ojos...

—Se puso paranoico.

—Sí, porque Mabel, sin querer, le había metido la paranoia con aquello de que el teléfono de los enamorados ya era conocido, además de que Bell tenía noticia de que existía un invento similar al suyo de un tal Elisha Gray, y era tan sólo cuestión de semanas para que alguien demostrase que poseía un modelo eficaz y lo llevara derecho a la oficina de patentes.

—¿Remordimientos, yo?

—Cuando estábamos en el hoo... digo, en el museo, disculpa, me dio la impresión de que estabas toda friqueada. Y la verdad es que me has tratado, no sé... en una forma muy seca mientras te acaricio o te doy de besos.

—Lo que pasa es que me siento triste, deprimida. —

¿Por qué, Alicia?

—No tengo idea.

—Tal vez ya te tocan tus días.

—¡Ya sabía que ibas a decir esa estupidez!

—))) Alicia, Alicia, ¿en qué siglo vives, mujer? Aprovecha mientras puedas y déjate de remilgos.

— ¡Hay una bomba que explotará exactamente dentro de veinte minutos!

— ¡¿Dónde?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Quién habla?!... ¿Es una broma?

— *Clic.*

— El fruto prohibido no era una manzana sino un teléfono. Dios tenía un asunto urgente que atender y les dijo: Bueeeno, los dejo en su casa, ¡se portan bien!; si suena el teléfono por ningún motivo, ¡óiganlo bien!, por ningún motivo lo vayan a contestar. Y Adán y Eva le dijeron: Sí, Dios, ve con Dios, y despreocúpate. ¿Pero qué sucedió? Estaban un día Adán y Eva y que suena el teléfono. Adán dijo: ¡No contestes, no contestes! Y claro, que va Eva y levanta el auricular: ¿Alóóó?... Y así comenzó la debacle planetaria. Desde entonces las mujeres son las mejores amigas del teléfono.

— Después del desfile con los platillos, que siempre me caga, ¿es que qué mamadas son esas?, anduve en chinga sirviendo la sopa... y que me la encuentro, güey. La reconocí al instante. Tan guapa ella. Estaba sentadita muy seria en la mesa de los invitados principales.

— ¡Órale!

— Se me hace que ya se agarró a un viejo con dinero que la va a convertir en su esposa deadeveras. Iba arreglada como señora. Cuando me acerqué a servirle su plato me miró y se puso pálida, casi se desmaya. Sin que los otros lo notaran, me le acerqué al oído haciendo como que limpiaba unas migajas del mantel y le dije: No te preocupes, no te voy a quemar frente a estos tipos. Luego hablamos...

—Con razón ni me pelaste, moreno.

—Sí, te vi por ahí, pero andaba tan apendejado que en cuanto voltié para hablarte ya no estabas.

—Es que nada más entré para llevarle su teléfono al patrón, porque lo había dejado en el coche.

—¡Ah! Pus con razón.

—¡Uta! Y pensar que uno de los amigos de mi jefe se anda casando con una... una...

—Así déjalo, güey.

—Andas clavándote con una putita.

—¡No, güey, ella no es ninguna puta!

—¿Dóóónde he oído eso antes, moreno?

—... La bronca es que se me escapó. En una de esas... en lo que fui a la cocina y regresé, ya no estaba. Nomás encontré la marca de su labial en el vaso.

—Pus tú búscala, si crees que...

—Regresé al Vedanta varias veces y no la he visto. La otra vez me querían encajar a otra güera, pero para nada. Es ella o ninguna.

—¿Preguntaste por ella?

—Como no sé su nombre, se las describí, pero no quisieron decírmelo. ¡Y qué pinche mala suerte, chingao!: la vuelvo a ver y tampoco puedo hablarle... porque ya ves que no dejan que hables con los pollos, y pus aquella primera vez tampoco hablamos.

—Pero tú eres bien aferrado...

—Si casi me sacan a patadas del club por emperrarme. Para acabarla de chingar, el pinche mono que me atendió era lenguar-do: ¿Qqqqué-quéé-qué qui-qui-quiere? Le pegué unos gritotes porque me desesperaba, y le sacó. Me echó a los de seguridad el muy culero. Y como eran dos...

—No te me achicopales, moreno, otro día vamos y le partimos su madre, ¡ai nomás, de puro coraje! Yo te acompaño... ¡me canso!

—¡Bombas!... ¿¡Cómo que unas bombas!?

—¡Sí, hablaron por teléfono para decir que había unas bombas que iban a explotar en cinco minutos y tuvieron que desalojar la escuela rapidísimo!...

—¡...!

—Y luego llegaron los bomberos y le llamaron a todos los padres para que recogieran a sus hijos, ¡pero a ti no te pudieron localizar ni en el celular!

—¿Y qué pasó?

—Nada: unos cuantos niños salieron con las rodillas raspadas... dos maestras con crisis nerviosa...

—Fue una falsa alarma, ¿no?... No escuché nada en...

—Encontraron un paquete sospechoso en el baño...

—¿Yyy?

—Resultó que era una torta echada a perder...

—¿Y cómo lo tomó Beto?

—Yo lo veo a él muy quitado de la pena.

—Estaba escuchando ruidos y me levanté a ver de qué se trataba. No fuera a ser que hubiera dejado la puerta abierta otra vez... Luego pensé en las tuberías, cada vez truenan más, se retuercen como tripas. Me sirvió de pretexto para terminar de decidirme a ir al baño, porque ¡cómo me pesa levantarme en la noche! Fui a la sala y no vi nada, entré al baño y ya iba bien confiada de regreso para el cuarto... cuando lo veo: estaba ahí sentado, en la mecedora, si hasta se mecía, muy orondo él.

—¡Ay, mamá! ¿Cómo crees que iba a haber alguien en tu sala?

—En la oscuridad no se le distinguía la cara, como si la tuviera negra. Mira que me paralicé todita. No podía ni pestañear. Y él ahí, sentado en la mecedora, como si esperara algo, tranquilo, como si estar sentado a medianoche en la casa de una vieja sola fuera de lo más normal.

—¡Ay!, ¿cómo crees, mamá?

—Lo que no me imaginaba era cómo entró. No pude ni gritar del puritito susto. Y ahí me tienes, paradita como estatua a media sala. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando me acostumbré a la oscuridad y lo observé un poco mejor... te juro que era completamente negro, bueno, no como una persona negra, más bien como si se hubiera puesto una malla oscura en tooodo el cuerpo y la cabeza... en la cara y las manos, porque no se le distinguía ni un pedazo de piel.

—Estabas soñando, mamá.

—¿¡Qué!?

—¡Que estabas soñando!

—¡No, qué soñando ni qué ocho cuartos! Ahí seguí, parada frente a él. Y de repente se me ocurrió que tenía que echarle sal para que se largara, ¡imagínate!, sólo así me libraría de su presencia. Sabía que era absurdo, ¿qué tenía que ver la sal? No sé, pero estaba completamente segura de que era la única solución. Traté de moverme, de ir a la cocina por el salero, y no pude, entre más lo intentaba más me atrancaba. Comencé a sofocarme y quise rezar... y tampoco, lo único que logré fue ponerme a llorar. Me agarró tal sensación de derrumbamiento que, cómo te quiero yo decir, nomás me quedaba soltarme a llorar, aunque tampoco fue fácil. Las lágrimas me costaron un esfuerzo terrible, como si estuviera estreñida... por fin me salieron y me empezaron a escurrir por los cachetes y algo sucedió entonces porque, como si me hubieran aflojado las cuerdas que me tenían sujeta, caí de rodillas al suelo y, cuando alcé la cara hacia la mecedora, él ya se había ido, por suerte... buena suerte...

—Son tus nervios, mamá. A lo mejor nada más viste una sombra y te imaginas cosas.

—Sí, era una sombra, pero pegada a un cuerpo; como una persona, pues, una persona toda oscura...

—¿Has estado viendo mucha tele en la noche?

—No, ya sabes que se me hinchan los ojos.

—Ya me estás preocupando, mamá. Voy a ir a visitarte.

—¡Ay, hija! Te juro que lo vi de veras, sentado en la mecedora, con esa cara que no es cara. ¡No estoy loca!

—No, tampoco digo eso, pero...

—Yo sé que se alejó por la sal de mis lágrimas, después me di cuenta de eso cuando me acordé de que las lágrimas son saladas. Fue una suerte haber llorado. De otra manera no sé qué habría sido de mí.

—¡Ay, mamá!

—Quiero que me consigas cinco cajas de Diazepán, compadre.

—No duermes muy bien que digamos, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Ya veo. En cuanto las tenga, te las envío...

—Gracias, compadre.

—¡Ah! A propos...

—¿Qué?

—Ahora sí necesito recoger mis chamarras.

—¿Eeh?

—¡Que necesito pasar por las chamarras!

—Pensé que ya ni te acordabas de ellas.

—¡Cómo no! No te las hayas chingado, porque...

—¡No'mbre! ¡¿Cómo crees?! Luego hablamos, ando ocupado.

—¡El muy miserable me tiene frito!, piensa que fue suficiente con mandarme tres gatos al espectáculo y llevarme a Acapulco un fin de semana. Cree que con eso ya me paga lo que hago por él. Soy su...

—Hazmerreír, claro, ¿qué otra cosa?

—¡Oooraa!, no te burles, chaval.

—Así son los de su clase, Beny, no puedes confiar en un político; te ponen a trabajar cuando te necesitan y luego, ya que

consiguieron lo que querían, te botan como calzón viejo, ¡y encima de eso, te odian!

—Sí, chaval, pero yo no me puedo quedar así.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya se me ocurrirá algo...

—Suenas que da miedo, Beny.

—Ya no se puede confiar ni en los cuates, Ramón, nomás te das la vuelta y te dan baje con lo que les pones a cuidar a ellos mismos, ¿ahora quién nos va a proteger de los propios amigos?

—No, comandante, discúlpame, fue un descuido...

—Ya veo que fue un descuido, ¡pero de mi parte, cabrón, por andar confiando en ti!

—No, compadre, tú ponme a prueba y vas a ver cómo sí te respondo.

—¡No, qué prueba ni qué chingados! Me acabas de dar en la madre con esas chamarras, ya tenía comprador seguro.

—... Sí te respondo.

—En cambio, Elisha Gray se perdió para la historia de los grandes inventos con su pobre papel de inventor del telégrafo musical o el telégrafo armónico, una especie de instrumento musical que ya casi nadie recuerda: el pariente minusválido y venido a menos del teléfono. A Gray le fue mal. Primero, Bell le copió algunas de las ingeniosas soluciones de un micrófono que había inventado antes y las aplicó a su propio teléfono. Luego, las cosas fueron de mal en peor para Gray, pues llegó dos horas más tarde que Bell a la oficina de patentes, perdiendo por eso su oportunidad de registrar su teléfono. Aun así se aferró y demandó a Bell, y tras varios años de litigio fracasó su demanda y perdió, pero ahora para siempre, la posibilidad de tener la patente de su invento: lleno de amargura,

se conformó con trabajar para una compañía que con el tiempo se convirtió en la competencia de la de Bell... Por cierto que la compañía telefónica de Bell subsiste hasta nuestros días.

—¿O sea que Gray nada más llegó dos horas después que Bell a la oficina de patentes?

—Sí.

—¿Y perdió por esa diferencia? ¿Nomás por dos horas? —

Sí. ¿No te parece diabólico?

—Me parece mala pata, eso sí.

—El Mismísimo le escondió las llaves antes de salir de su casa y por eso se retrasó...

—¡No le hagas!

—Para acabarla de amolar, después de que Gray promovió otro invento, un arpa eléctrica, Bell volvió a fregárselo con un instrumento musical que utilizaba una tecnología similar.

—¡Uy!, pues pinche Bell. Pero, por otro lado, te olvidas de la música moderna, de los instrumentos eléctricos que ahora se usan tanto. Supongo que en algo contribuyeron los inventos de Gray y que en ese campo sí lo recuerdan, porque es común que muchos inventos se conviertan en la base de otros más populares...

—Nadie se acuerda de él: ¡perdido para la historia! Nadie le da crédito a los anteriores. Cada quien quiere colocarse a la cabeza sin reconocer a sus precursores.

—¡Olvídalo! Hoy mismo dile que está despedido. No puede seguir entrando a la casa ese... ese... ¡ese lo que sea!, porque va a terminar por confundir a Beto y enton...

—¡Ay!, por favor, no exageres. Ni que fuera un delincuente. Primero querías que Beto se pusiera al corriente con el inglés y ahora que conseguí al maestro perfecto ya no lo quieres.

—¿Es que no te das cuenta? Llego a casa y lo primero que veo es a un travestido haciendo su espectáculo frente a mi hijo.

—¿Y qué tiene de malo? No exageres, no es ningún travesti, sólo es gay y nos estaba cantando y bailando cuando tú llegaste; es un maestro tan bueno y tan divertido como no tienes idea, se esfuerza de veras por enseñar, y es tan simpático que hasta yo estoy aprendiendo lo que nunca me pudieron enseñar en la escuela. Lo único que pasa es que él disfruta su trabajo como nadie... no como otros... La verdad es que hasta tú podrías aprender muchas cosas de él...

—¡No acepto discusión!

—¡Pues no cuentes más conmigo!

—¡Entiéndeme!... por favor.

—¿Qué quieres que entienda, que todo aquel que se parezca a una mujer es malo, nada más por eso, por parecerse a mí, a lo que soy yo?

—No revuelvas las cosas. No te estoy criticando a ti. ¿Qué tienes que ver tú?

—Que soy mujer. ¿No te habías dado cuenta?

—Comprende...

—Comprende tú que Beto sabe bien qué es él, qué soy yo, qué es su hermana... aunque quién sabe si sepa qué es su padre, porque nunca está con él.

—Ya no tengo dinero para pagarle... así que comunícale que es la última clase...

—¡Ni siquiera le pagas tú!... ¡Vete a la mierda!...

—Pero...

—Y de ahora en adelante, olvídate de tu acompañante para cenas y actos públicos.

—Una vez que lo patentó, llevó su engendro a una feria científica internacional para ver cómo reaccionaba el público. Al principio el artefacto pasó desapercibido: su aspecto carecía de interés para los visitantes, nadie se detuvo a admirarlo, estaba condenado al olvido. Cuando los jueces de la feria llegaron ante él no lo tomaron en serio y de nuevo una mano negra le dio

un empujoncito: de la nada, el emperador de Brasil, Pedro de Alcántara, apareció rodeado de su corte y, abrazando con entusiasmo a Bell, quien no recordaba ni siquiera conocerlo, pidió con vehemencia ser el primero en probar el teléfono. Bell, un tanto extrañado, pero contento, fue al extremo contrario del panel donde había instalado el segundo aparato y leyó algunos versos de Shakespeare. El emperador puso la bocina en su oído y de inmediato pegó un brinco y el semblante se le transfiguró: ¡Por Dios, esto me está hablando!, gritó.

—¿De dónde salió ese tal emperador?

—Años antes, había llegado a visitar la escuela de sordomudos en Boston, porque quería fundar una similar en Río de Janeiro. Conoció a Bell mientras instruía a uno de sus alumnos sobre cómo pronunciar una palabra complicada. El alumno logró reproducir la palabra con tal pulcritud que para cualquiera hubiera sido imposible notar que el chico era sordo y no había escuchado esa palabra jamás. Alexander había estado tan concentrado en su tarea que apenas le prestó atención al emperador Pedro de Alcántara.

—Entonces fue pura casualidad...

—No te creas. Gracias a la alharaca que armó el emperador brasileño, los jueces de la feria decidieron pedirle a Bell una demostración de su teléfono, se apresuraron a formarse frente al aparato y quedaron impresionados.

—Y de ahí en adelante ya le fue superbién...

—¡Pues fíjate que no! Se le ocurrió fundar su propia compañía de teléfonos, pero no pegaba; al principio la gente consideró al teléfono sólo un juguete científico: curioso, sí, aunque sin aplicación práctica: ¿para qué querían las gentes un teléfono si podían hablar directamente con los otros?, ¿para qué querían a un alcahuete de la comunicación?, ¿para convertirse en las víctimas de una celestina eléctrica?

—¡Ja! ¿No que el teléfono no era un simple intermediario de la comunicación? La otra vez me dijiste que...

—Eso creían ellos... En realidad no tenían ni la más remota idea de lo que llegaría a ser el teléfono... Pero Bell insistía, la bronca fue vender el primero porque sus posibles clientes le decían: ¿y qué demonios hago yo con un teléfono si voy a ser el primero que lo tenga?, ¿con quién me voy a comunicar si nadie más cuenta con uno?

—Sí, es cierto, ¡ja, ja, ja!, ¿para qué les iba a servir?

—Ése es el punto; fue necesario que se suscitara una tragedia para que el teléfono se volviera popular, tuvo que darse una emergencia para que el teléfono demostrara sus habilidades: el mundo acababa de conocer al teléfono y ya era todo un funesto charlatán.

—¿Tanto así?

—Bell había conseguido que se instalara uno en una farmacia de Connecticut, un teléfono que nadie usaba... sino hasta que un mal día un tren se descarriló cerca y hubo como chorros-cientos muertos y heridos; al farmacéutico se le ocurrió ponerse a telefonar frenéticamente pidiendo ayuda y al rato ya había conseguido que un ejército de médicos acudiera a socorrer a las víctimas del accidente.

—Pues sí resultó bueno enton...

—¡No! ¡A cambio deee... de no sé cuántas vidas humanas fue como se hizo famoso!

—¡Oye!, lo dices como si el teléfono hubiera ocasionado el accidente, como si fuera el culpable...

—Su complicidad no me extrañaría...

—No, yo pienso que fue al revés: gracias al teléfono se salvaron muchas vidas.

—O se perdieron...

—O se ganaron...

—¡Oh, pues!

—Hablas a la línea esotérica de Madame Kali. ¿Deseas saber qué te depara el destino... si tu marido te engaña... cómo ganar más dinero? Para hacer tu consulta espera un momento en la línea... El costo por minuto es de veinticinco pesos...

—...

—Espera un momento en la línea...

—...

—Espera un momento en la línea...

—¡Me va a salir en un ojo de la cara!

—Lotería nacional para la asistencia pública... En el sorteo realizado el día viernes trece de febrero, el premio mayor correspondió al billete 21947, el segundo premio fue para el 17546. Gracias por llamar y buena suer...

—¡Chiiiiingadamaaaaaaaaaaadre!

—¡Te dije que no te gastaras toda la quincena en puros billetes de lotería!

—Esa pinche bruja me tomó el pelo, me dijo que todo lo que hiciera lo... eh... el viernes trece me iba a salir bien... bien...

—Pus tú que le andas creyendo a esa pendeja. Ya te dije que yo conozco a una curandera que... Ésa sí es buena, nomás que vive hasta Teotihuacan...

—... En fin, ya sabes, ultimadamente: desafortunado en el juego, afror... afortunado en el amor.

—Si eso crees, qué bueno que tengas ese gran consuelo.

—Mira, ya me decidí, morena, ahora sí te voy a cantar con todas las de la ley, morena: quiero proponértelo...

—¿Proponer qué?

—Le dije a mi mujer que quiero divro... divorciarme...

—¡¿Estás looco?!

—Para que no te quejes de que soy puro lengua.

—¡Pero tú estás loco, yo estoy casada!

—Tú también te puedes divro... divro... divorciarr.

—¿Qué te pasa? ¿Andas borracho?

—No necesito emborracharme para hablarte con la neta, morena.

—¿Qué traes? De cuándo acá tú hablas en serio.

—¡Además le rester... le restrergué en la cara a mi hermano que tienen el puto campo libre para hacer sus cochinas. ¡Pero eso sí, que se vayan lejos de la casa, ellos fueron los que me chin... me traicionaron! ¡Que se vayan adonde nunca me los encuentre porque si me los topo entonces sí los mato, los mato!... ¿Me oyen?

—¡Cálmate, no grites! ¡Van a creer que ya andas borracho!

—¿Me oyen?

—Sí. Ya, ya... ¿Dónde estás?

—¡Yo sí los mato!

—¡Sssh!... ¿Dónde estás?

—Afuera.

—¿Afuera de dónde?

—¡Chinguen a su madre! ¡Culeeeros! ¡Culeeeeeeros!

—¡Me vas a reventar el tímpano, Joaquín! ¡Mira, yo así no juego!

—¿Está tu papá?

—No.

—¿Le puedo dejar un recado?

—Sí.

—Pero apúntalo, por favor, en un papel.

—Ajá. Péreme.

—Para que no se te olvide... ¿Ya lo tienes listo?

—Sí.

—Bueno, apúntalo bien. No te vayas a equivocar. ¿Sabes escribir palabras difíciles?

—Claro, si ya estoy en cuarto año.

—Ahí te va:...

—Viene.

—Dile a tu papá que se compre unas zapatillas de ballet...

—¿Zapatillas de ballet...?, ¿y eso para qué?

—Sí, para que se vaya de puntitas ¡a chingar a toda su puta madre!... ¿Apuntaste el recado, chaval?

—...

—... Ah, señor, y lo volvió a buscar Paco Archundia.

—No conozco a ningún Paco Archundia, Chayito.

—Pues es que ese señor ha llamado muchísimas veces.

—¿Quién será? ¿Usted lo conoce?

—No, ni idea. Él dice que usted sí lo conoce.

—No, para nada. Si vuelve a hablar no me lo pase. ¿Qué más hubo?...

—Los teléfonos de la compañía de Bell proliferaron como hongos bajo la sombra húmeda y por necesidad surgieron las centrales telefónicas. Los primeros operadores contratados en las centrales fueron muchachos que se enajenaron con rapidez, como resultado del trabajo monótono que desempeñaban: se portaban insolentes a la hora de conectar a los usuarios, quienes se quejaban de sus intromisiones groseras: ¿Otra vez quiere hablar con la señora Smith, y para qué, eh?, si acaba de hablar con ella hace una hora, nomás se la pasan en el güiri-güiri, ya hasta me aburrí de escucharlas.

—¡Asssh, qué metiches!

—... Los muchachos empleados no soportaron por mucho tiempo la tentación del poder de la nueva tecnología que tenían en sus manos, se convirtieron en pequeños demiurgos de la comunicación: confundían y cruzaban las líneas adrede y un buen

día terminaron por sabotear la central, abandonaron sus puestos para irse de juerga y debido al caos que se armó jamás se volvió a contratar hombres jóvenes para operar las centrales. Las mujeres funcionaron mejor...

—Ya lo decía yo: somos más responsables y listas que ustedes.

—Sí, pero tiempo después las mujeres salieron sobrando porque las centrales se automatizaron y el teléfono se hizo más autosuficiente cada vez... al grado que prácticamente ya no necesita seres humanos...

—Bueeeno, los necesita para que hablen, si no, ¿quién va a hablar por teléfono?

—No te creas, si ya casi que el teléfono habla él solito...

—A no ser por las grabaciones que te contestan cuando marcas el conmutador de una empresa...

—Me cagan, de pronto te sientes como en un cuento de Ray Bradbury y pides a gritos hablar con un ser humano.

—Está equivocado.

—¿Está usted seguro?

—¡Claro, hombre!, ¿cómo no voy a estar seguro?, ¡aquí no vive ninguna Chayito ni nadie que se le parezca!

—La noto alicaída desde que le sucedió aquello.

—¿Qué cosa?

—¡Lo de la suicida del metro!

—Ah, sí, sí...

—¿No crees que sería conveniente comprarle un coche para que ya no tenga que sufrir situaciones tan horribles?

—No le habrás contado lo del... secuestro.

—¡Claro que no! ¿Quieres que se vuelva loca?

—Pues francamente es difícil que le toque otro suicidio; viendo las estadísticas, hay pocas probabilidades...

—¡Ay, Ramón!

—Todavía es muy joven para traer coche, ni siquiera puede sacar una licencia de manejar.

—Se le puede sacar un permiso para menores de edad, y tú bien lo sabes. No te costaría más que una llamada...

—No quiero malacostumbrarla a una vida de lujos gratuitos.

—¿Para qué quieres que viaje en el metro? ¿Qué va a ganar aguantando a una bola de mamarrachos?

—Ella debe saber lo que cuesta ganarse el dinero y una posición en esta sociedad.

—¡Ramón, es tu hija, no una empleada tuya! Eres tan celoso con ella y al mismo tiempo la dejas que ande en las apreturas del metro. ¡No te entiendo!... ¿No será por codo, verdad?

—Es que...

—¡No me vengas con lo de aprender a ganarse las cosas porque... porque si lo hiciera a tu estilo, no te gustaría ni tantito!

—El teléfono también supo hacer la guerra y colocar a unos contra otros, y a éstos sobre aquéllos. Otorgó ventajas a discreción. Gracias a él, los japoneses ganaron la batalla de Mudken contra los rusos. Las tropas del general Oyama se movían como un gusano de seda por el terreno, dejando a su paso una línea de alambre para usar lo que llamaron el Teléfono Volador. El general Oyama, tranquilito, sentado diez millas detrás de la línea de fuego transmitía sus órdenes a través del cable mientras se bebía una taza de té de jazmín...

—*Tttttttt...*

—¡Qué! ¿Qué se oye? ¿Me escuchas?

—Mjmm, te escucho, estoy licuándome unos betabeles para cenar...

—Bueno... Las baterías y los regimientos se organizaron en cinco divisiones, conectadas cada una a cinco generales, y ellos

a su vez al gran Oyama, que manejó a su ejército como piezas de ajedrez contra simples fichas de damas chinas... quiero decir rusas, en este caso. La victoria fue demoledora...

—*Trac... tttmmrr...*

—¿¡Qué tanto haces!?

—¡Ya te dije que estoy moliendo mi cena!

—En este momento no estoy en casa, pero tú sabes qué hacer al oír el bip.)))

—Engendro del demonio, comunícame con alguien, transmite mi pensamiento a otro ser, no me condenes a este silencio, a esta desesperación; engendro del demonio, no me aísles, sácame los ojos, córtame las piernas, cubre mi cuerpo de llagas, lléname de pus, congélame de fiebre... pero no me enmudezcas, cumple tu promesa de comunicación; engendro del demonio, no me dejes sordo ante los demás, que tu enjambre de cables me acoja en sus entrañas infinitas; engendro del demonio, conduce mis palabras, ponlas a salvo del olvido, guíalas a través del tiempo y del espacio, no me dejes caer; engendro del demonio, que das y quitas voz a los hombres, no me hundas, no me entierres, no me niegues todavía; engendro del demonio, ¿qué otra cosa eres sino el aparato que acabará por crucificar mi lengua?

—¿Quieres que le ponga una madrina? Le tiro los dientes y vas a ver cómo ya no te deja recaditos sangrones.

—¡Ay, no es para tanto! Ni siquiera me molesta. Me da risa... Mejor deja de hablar de cosas violentas y hablemos de nosotros... ¿Tú crees que ya puedan saber en la ofi que somos novios?

—Yo creo que hay que esperar un poco todavía...

—¡Dos minutos! Por un retraso de dos minutos en las comunicaciones un hombre fue ejecutado en la cámara de gas en 1957. Cuando el gobernador de California, Goodwin Knight, llamó por teléfono para que se aplazara la ejecución del prisionero Burton Abbot, inexplicablemente tuvo que esperar varios minutos en la línea mientras lo conectaban con el teléfono que había en la sala de ejecuciones. Para cuando el director de San Quintín descolgó el teléfono ya había sido ejecutado el hombre que algunos años después se comprobó, sin duda alguna, era inocente...

—Pero esos son casos aislados, no se dan todos los días.

—Bueno, pues hablando de la vida cotidiana, ¿sabes qué me caga?

—Yo no sé, dime tú

—Que cuando voy a tomar un café con una amiga y nos sentamos...

—¿Ya estás saliendo con tu amorcito imposible, la Chayota? —

No, ni siquiera me pela. Ésta es otra.

—Ah, no, créi...

—Bueno, pues nos sentamos y suena el celular de mi amiga y se pone a platicar. Acabo de salir con ella por primera vez y me la pasé mirando el techo y hacia otras mesas mientras ella atendía sus llamadas. ¡No sabes lo incómodo que es! La mitad de nuestra cita se la pasó hablando con otras personas. Si eso no es una invasión, entonces yo no sé qué chingados sea... O sea, sí, el teléfono te comunica con alguien lejano, pero también interfiere con tus relaciones cercanas.

—Lo que pasa es que a lo mejor le pareciste aburrido y por eso se puso a platicar con otros.

—¡Pero si no me dejó ni decir ésta boca es mía!

—Ya te mandé tus cajas de Valemadrín Forte y ni aún así te alivianas, compadre.

—Necesito que me des más tiempo, comandante.

—No sé cómo te suene esto, pero no está en mí, compadre... Ahora tú tienes que arreglarte con ellos porque las chamarras eran tuyas.

—Es que ahorita no tengo lana...

—¡Uy!, pues si te secuestran otra vez, ya te alcanza, ¿no?, ja, ja, ja... —
No te burles, compadre.

—A finales de los sesenta surgieron los *phone breaks*...

—¿Qué es eso?

—Eran los locos del teléfono, la rencarnación de aquellos chicos que armaron su desmadre en las primeras centrales telefónicas y a la vez el antecedente de los *hackers* de hoy día.

—¡Ah, ya, ya!

—Bueno, pues los *phreakers* se dedicaron a destripar las casetas públicas para sacarles el dinero y para hacer llamadas de larga distancia puenteando y utilizando todo tipo de trucos con los aparatos: ganzúas, imanes, hielo en forma de monedas, chicles... Había uno que descubrió que un silbato de plástico para niños, que venía de regalo en una caja de cereal por pura casualidad producía una frecuencia de dos mil seiscientos hertz, lo que le permitía manipular el teléfono a su antojo... El tipo se convirtió en una especie de flautista de Hammelin de los teléfonos... Estos *phreakers* se organizaron, publicaron boletines con instrucciones para construir artefactos que permitían hacer llamadas a cualquier parte del mundo sin que les costara un centavo... cargándole la llamada a otros... ¡Eran unos anarquistas!

—¡Ahora te sale lo fascista!...

—Pero fíjate que gracias a esos trucos la gente del exilio...

—¿De cuál exilio?

—¡De todos los exilios!: el argentino, el chileno, el uruguayo, el español... Las personas que estaban en el aislamiento y muchas veces en la pobreza lograron comunicarse con sus familia-

res así. Cuando alguna conseguía trucar un teléfono callejero se pasaban de inmediato la voz entre ellas y al chico rato ya había una cola... disimulada... Si vieras lo emotivo y lo importante que fue para ellas comunicarse con sus familias ante la imposibilidad de reunirse físicamente...

—... ¿Y eso qué?

—Imagínate una llamada transatlántica, en Navidad, con alguien de tu familia que no puede volver al país sin que lo encarcelen o lo maten... ¿Ya te cayó el veinte? ¿O todavía no?

—Mmmh, no. No creo, mi familia no sale ni de vacaciones.

—Una vez que el teléfono se hizo completamente indispensable para la vida cotidiana, comenzaron las fallas, las descomposturas en cada terremoto, en cada incendio; cada vez que la comunicación fue necesaria para salvar vidas a tiempo, el teléfono falló, y cada vez tiene más posibilidad de colapsarse, y cada vez los daños son mayores. Hemos creado una civilización alrededor del teléfono. Y esta civilización, este mundo globalizado es vulnerable precisamente por lo que lo une: los hilos del teléfono y las microneuritas... Ya no se trata de un par de personas que de pronto pueden perder la comunicación sino de colectividades enteras; el teléfono da y quita, primero se vuelve indispensable y luego... Como sucedió en 1990, cuando más de sesenta mil personas en Estados Unidos se quedaron sin servicio telefónico, y lo más extraño de ese caso fue que no hubo un siniestro o razón física aparente, por más que se investigó... Simplemente el teléfono colapsó. Todo empezó en Manhattan y se propagó hasta crear una reacción en cadena que duró nueve horas, durante las cuales alrededor de setenta millones de llamadas telefónicas no pudieron realizarse... ¿Y sabes qué compañía telefónica fue la afectada?

—Ni idea...

—La AT&T.

—¿Y?

—¡Curiosamente se trata de la misma compañía de Bell!... Sólo que cambió de nombre... Nació como la Bell Telephone Company y se convirtió en la American Telephone and Telegraph Corporation; creció tanto que se tragó a la competencia y llegó a ser, en dos ocasiones, la compañía telefónica más grande del mundo, al grado de que en 1984 (¡oh, Gran Hermano!) fue condenada a dividirse, ya que fue calificada como un monopolio de la comunicación telefónica...

—¿Ajááá? ¿O sea que tú piensas que fue autosabotaje?

—El colapso telefónico de 1990 sólo fue una probada de lo que vendrá en el futuro. Hubo millones de transacciones comerciales que no se llevaron a cabo, conversaciones amorosas anuladas por completo, gente desencontrándose, millones de silencios que socavaron al mundo, dejándolo tan hueco como una cáscara de huevo. La fuerza del teléfono radica en la incertidumbre de su imperio en constante expansión: entre mayor sea su capacidad para soportar llamadas en sus líneas, los usuarios dependeremos más de él, y su daño puede ser catastrófico.

—Yo sigo creyendo que fue concebido desde el principio para unir a la gente.

—Lo que no sabes es que desde antes de que lo inventaran hubo una profecía que dio la primera advertencia... y qué podemos esperar de algo que nos trasciende, que es como la comunicación entre vivos y muertos, algo que va contra nuestra restringida naturaleza. La Madre Shipton...

—¿Quién? ¿De dónde la sacaste?

—¡La Madre Shipton!, una mujer misteriosa, que nació en 1488, dos años después de que se publicara el *Martillo de las brujas*, que en aquella época abundaban...

—No te preocupes, igualito que ahora.

—Tú te burlarás, pero la Madre Shipton, que profetizó el teléfono y las telecomunicaciones siglos antes de que se inventaran, escribió una serie de versos visionarios, apocalípticos, que

predecían la destrucción del mundo a fines del siglo veinte... entre ellos, hay unos que se refieren a esta forma de comunicarnos: «Los pensamientos de los hombres volarán por el mundo en un abrir y cerrar de ojos».

—Mira que ya pasó el final de siglo veinte y aquí estamos, en el veintiuno, ¡como si nada!

—Eso es lo que nosotros creemos, lo que él quiere que creamos. —
¿Qué? ¿Cómo?

—El diablo quiere que creamos que seguimos aquí, y que no pasó nada. Pero no podemos estar seguros de nada...

—¡Yo, sí!

—Yo, no... ¡Esta vida moderna! ¡Encima, ahora el teléfono hasta sirve para delinquir!... Ahora da libertad a los presos que, desde la cárcel, y venciendo los barrotes y las bardas, e incluso las paredes de tu propia casa, te llaman para amenazarte con que te van a matar si no les depositas una lana en una cuenta de dinero exprés... Estos delincuentes virtuales nomás tienen que usar un directorio telefónico y marcar tu número y ya te chingaron... No estás seguro ni en tu casa... y tooodo, gracias al teléfono.

—¡Nooo, qué! Estás muy equivocado: eso sucede gracias a la corrupción y a la impunidad en que vivimos... no al teléfono. ¡Lo que pasa es que tú estás paranoico!

—¿Y qué me dices de los *hackers* y de los *crackers* y de los virus informá...

—¡Luego hablamos, tengo que ir al baño! —

¡No le saques!...

—¡Estás paranoico!

—¿No sabías que precisamente los paranoicos son las personas más conscientes... ¡las alarmas de la sociedad! ¡Benditos sean los paranoicos que de tantos peligros nos libran!

—...

—¿Me escuchas?

—¡Ya colgué!

—Es que vino la señora que platica conmigo y le pagué y...

—¿Qué le pagaste?

—Pues la platicada, ¿qué más?

—¿Cómo que la platicada?

—Pues sí, ella sube a platicar conmigo un rato y yo le pago.

—¡Ay, mamá!

—No te enojés, hija.

—¿Le pagas para que platique contigo?

—¿Qué tiene, hija? Si pago porque me corten el cabello y porque me rebajen los callos, ¿por qué no iba a pagarle a la señora que viene a platicar un rato conmigo?

—¡Ay, mamá!

—:@ res 1 bbso! stoy n ksa. xq n m llmas? 1b :-D

—¿...?

—¿Y qué hay de las llamadas hechas desde los aviones antes de que se estrellaran contra las torres el 11 de septiembre? ¡Otra tragedia en la que estuvo involucrado el teléfono!, a pesar de que muchos sostienen que es imposible hacer una llamada desde un celular a la altura y velocidad a la que viajan los aviones...

—¡Tú siempre tan suspicaz! Si yo tuviera la oportunidad de hacer una llamada antes de estrellarme en un avión me sentiría agradecida...

—¡A punto de morir!, ¿y estarías agradecida?

—... al menos por tener la posibilidad de hablar por última vez con... con mi esposo... con mis hijos...

—¡Pero si no estás casada!

—¡Tampoco me voy a estrellar en un avión!, ¿verdad?

—Bueno, si tuvieras una última llamada ¿le hablarías a tu esposo? —
O a mi mamá, o a mis hijos...

—¿A cuál de ellos? Sólo tienes tiempo para una llamada.

—Mmmh...

—¿Y si te suena ocupado?

—¡No manches! ¡Eso ya sería demasiada mala suerte! No creo que me pasara.

—Pues eso le sucedió a una chava que estaba atrapada en una de las torres: le llamó desesperada a su papá, pero él no estaba y le contestó la grabadora... Así que el papá guarda la grabación en la que se despide de él mientras al fondo se escucha cómo la gente grita y llora porque la torre se cae a pedazos.

—¡Nooo! Yo sigo pensando que de cualquier manera tener un teléfono a mano sería maravilloso: así no moriría sola...

—¡Claro, de hecho sería un buen comercial para t.v.! Una mujer con aspecto de joven ejecutiva hojea una revista mientras bebe una copa de vino tinto en su asiento del avión; de pronto el vino se agita y un par de gotas se derraman sobre la revista, las luces del avión se atenúan y, colgando del techo, aparece una mascarilla de oxígeno. La joven ejecutiva no se inmuta, ella sabe qué hacer en semejante situación, saca su teléfono, oprime un botón y dice: ¡hola! (se escucha una voz en off): *No se vaya sin hacer la última llamada. Dígame: te amo por última vez a sus seres queridos...* Y luego la imagen del avión que se hace papilla contra un rascacielos.

—Bueeeno, al fin y al cabo sería la oportunidad de decir tus últimas palabras...

—A propósito, ¿sabes cuál fue la última palabra de Bell?

—No.

—¡Ésa, le atinaste! Exactamente: no. ¡Qué tristeza!, ¿no?

—Pues...

—El diablo lo venció al final. Después de haber luchado contra el silencio... contra la desolación y el desamparo que produce la sordera, y que sufrieron su propia madre, su esposa y sus alumnos... después de haber inventado el teléfono y haber sostenido un matrimonio de cuarenticinco años con Mabel, o sea, después de ser

un luchador de la comunicación, su última palabra hacia su mujer fue: no... A ese grado evolucionó su capacidad para comunicarse...

—Si yo hubiera inventado el teléfono me las habría ingeniado para que mis últimas palabras fueran más... más memorables, por lo menos.

—Al final, Alexander Graham Bell agonizaba en cama y su mujer le pidió que no la dejara: No te vayas, Alex. Y Bell contestó: *No*, con total claridad, pero yo sé que Bell a quien le respondía era al que venía a ajustar cuentas con él. ¿Y qué otra palabra podía pronunciar entonces? El diablo debe haber estado muy feliz mientras hacía efectiva la segunda parte del pacto que había hecho con Bell años atrás.

—Bueno... pero aquí estamos, gracias a Bell, ¡dándole a la lengua por teléfono!

—Y cada día olvidamos palabras, las alteramos, las mutilamos... Con eso de los mensajitos por celular... Ya está comprobado que el chat y los mensajitos de celular te disminuyen el iq, porque al reducir tu vocabulario tu pensamiento empequeñece: es como si te rebanaras pedazos de cerebro día tras día, hasta que te quedara un cerebritito de nuez...

—Es que nomás le caben como ciento sesenta caracteres a los celulares, pero también gracias a eso inventamos palabras que antes no existían en español y adoptamos nuevas...

—Por cierto que no entendí tu mensajito que me mandaste, parecía que lo escribiste en otro idioma.

—¡Pues quería me hablaras, baboso!... Y eso fue lo que hiciste, ¿no?

—Te hablé para preguntarte qué querías decir con esos garaba...

—¿Pero me hablaste, no?! Lo que pasa es que tú no conoces el lenguaje xat.

—¿El qué?

—¡El ciberlenguaje! Yo me comunico así con todas mis amigas y nos entendemos a la perfección!

—¡Si seguimos así vamos a terminar comunicándonos con esas caritas ridículas de los emoticones!

—¡Eso es ser práctico! ¿Para qué sirve el lenguaje si no es para comunicarse?... ¡Ni modo que te pongas a escribir cartas muy correctistas por correo tradicional y tarden horrores en llegar... eso sí llegan!

—Voy a ver si está el licenciado... Permítame...

—¡No, no le permito nada!... *Clic*.

—¡Uuuh, qué genio!

—Se quiso ahorcar con el cable del teléfono: le dio un ataque repentino de frustración, arrancó el aparato y fue al baño para treparse en un banquito, amarrar el cable a la regadera y meter el cuello.

—¿Y qué le pasó?

—Empezó a manotear y a patalear por puro instinto, entonces se abrieron las llaves de la regadera y cuando casi se ahoga con el agua, el cable se estiró como chicle y los pies del gordo alcanzaron el suelo.

—¡No me digas!

—Lo que pasa también es que está muy marrano el Beny y no calculó el peso de su cuerpo.

—¿O sea que no le pasó nada?

—Bueno, la chinga para él es que se lastimó tanto la garganta que no puede decir palabra. Van a pasar algunas semanas para que recupere la voz.

—Eso ya es lo de menos, el chiste es que no se mató.

—¡Nada más que no puede hablar!

—¡Pero está vivo!

—Para él es como si estuviera muerto, ¿qué demonios puede hacer un comediante sin su voz?

—Pues ahí tienes a Marcel Marceau, el que cada año se retira...

—Beny se vería igual, ¡nomás que en versión hipopótamo!

—Casi me agarra la maestra. Me dice: ¡¿Qué tienes en la mano, Beto?! Y yo: Nada, maestra. Lo bueno es que soy muy chingón para teclear sin ver...

—¡Ufff!, por poquito...

—El problema era ver la pantalla... y luego tú escribes retamal... — Ah, es que todavía no avebrió bien.

—¡A-bre-vio!

—¡Eso!

—Te voy a regalar un diccionario de palabras abreviadas.

—¡Órale, síii! ¿Tú tienes uno?

—¡A güevo! Lo bajé de internet. Es del tamaño de una tarjeta de crédito... ¡Oye y no eran las fabiolas!

—¿Ah, no?

—¡Favelas, eran las favelas!

—¡Ay, chin!, yo lo contesté así... Estaba muy difícil... ¿Y tú crees que pases?

—Saaabe... ¡Y luego ya no me mandaste las últimas! —

Es que se me acabó la batería...

—¡Ay, san Pendejo!

—Ya que estamos en la hora de las confesiones...

—Tú nada más esperas a que sea medianoche para vomitarme tus rollos más vergonzosos.

—No te vayas a sacar de onda conmigo, pero yo tengo un escáner para escuchar teléfonos...

—¡Cómo! ¿Puedes escuchar lo que dice la gente por teléfono?

—... Sí.

—¿Y me has estado escuchando, ¡desgraciado!?

—No, a ti no, porque...

—¡Aaah!, ¿te parece aburrido lo que hablo por teléfono?

—No, no eres aburrida, lo que pasa es que vives muy lejos y tengo que estar más o menos cerca del aparato de donde sale la

señal... Aunque a veces llego a escuchar cosas medio lejanas porque el comportamiento de las ondas hertzianas es impredecible y depende hasta de las manchas del sol.

—Oye, ¿pero no es ilegal?

—Podría serlo, pero yo no utilizo esa información para nada... más que mi placer. Sólo soy un vouyerista auditivo; en vez de ser un mirón soy un escuchón...

—¡O sea que tú eres el mudo que me chinga a las tres de la mañana?

—¡Que no! Ya te dije que eso me da güeva. Para eso tengo mi escáner, que es mejor que andar marcándole a la gente y colgándole. Ése no es mi estilo.

—¡No me vas a decir que no le hablas a cada rato a tu amorcito imposible!

—A Chayito sí, pero es distinto porque no le cuelgo sino que platico con su contestadora. Es como... enviarle cartas de amor a Chayito.

—Oye, ¿y a quién escuchas?

—Aaa laa... a cierta gente. Mira, prendo el escáner y me pongo a escuchar la primera conversación que me entretenga, la que me atrape, aunque luego la gente dice puras tonterías. Es como prender la radio y buscar una estación que te guste, es mi propia *reality-radio*.

—¿Pero tu aparato intercepta cualquier línea o cómo?

—No, es que sólo puedo escuchar teléfonos inalámbricos, algunos celulares y los teléfonos de los coches, porque todos ellos utilizan frecuencias de radio que puedo sintonizar con mi escáner. En cambio, los teléfonos fijos no puedo escucharlos porque tendría que conectarme directamente a la línea... a los cables... Lo bueno es que ya casi nadie usa los teléfonos de cable en su casa porque prefiere la libertad de movimiento de los inalámbricos.

—¿Y a poco no escuchas a nadie de tus conocidos? —

Bueno, sí, a...

—¡Chayito!

—La otra noche anduve cerca de su casa, en mi coche, con mi escáner y sí alcancé a escuchar algunas cosas.

—Como...

—Pura plática sosa, excepto cuando se puso a platicar con su novio.

—¿Qué decía?

—Sus arrumacos. Pero ahí mejor le paré... —

¿Pues no que eras un escuchón?

—Sí, pero no es lo mismo, no es lo mismo...

—Están muy caros los elotes...

—¿Qué esperabas? No me da gusto que me cambien por un... por un mensajero cualquiera.

—Un mensajero cualquiera... ¡pero galán!... ¡y motorizado!

—Sígueme chingando...

—Tú empezaste... La verdad me saca de onda que escuches lo que la gente dice... ¿Dónde queda la privacidad, eh? ¡A ver, dime dónde!

—Por eso no te preocupes. Lo que yo puedo escuchar es tan poco, una insignificante tarascada a la inmensa manzana de las llamadas telefónicas del mundo... Mira, según las cifras que publica la universidad de Berkeley, que cada año calcula el peso digital de la información generada por los humanos clasificándola en dos campos: la estática, que se plasma en un soporte físico o digital (impresa en papel, en película o en cidi), y la que fluye (radio, tevé, internet y teléfono); durante 2007 todas las conversaciones telefónicas del mundo (en el que hay 2.2 billones de teléfonos fijos y móviles) pesaron nada menos que unos 17.3 exabytes (un exabyte equivale a un quintillón de bytes, o sea 10 bytes a la 18 potencia)... Para que te des una idea: mientras que el peso total de la información estática pesa sólo 5 exabyts, la información que fluye pesó 18 exabytes en total... ¡de los cuales 17.3 exabytes corresponden a puras llamadas telefónicas!... Eso comprueba...

—¡Ya ves! ¡Eso comprueba que el medio de comunicación más importante es por mucho el teléfono...!

—¡No, nada qué, eso comprueba lo que te decía la otra vez acerca de la compulsión de la gente por hablar a lo pendejo!

—¿Sí?, pues mira mi compulsión por hablar hasta por los sobacos: ¡yara, yara, yara, yara...!

—Hubo una batalla campal entre ambulantes y comerciantes establecidos y se armó la gorda afuera de las oficinas. Al licenciado le dio por salir en persona a calmar a la gente, en vez de llamar a los granaderos. ¡No sé por qué lo hizo, nunca se había metido en esos argüendes!... Desde aquí lo veíamos avanzar entre la bola. Primero lo empujaron, luego alguien le dio un sopapo y, según parece, otro lo pisó. Lo malo fue cuando dejamos de distinguir su cabeza, como que lo aspiraron, desapareció de pronto entre la bola. Según esto, un tipo sacó un cuchillo y se lo enterró. Debe haber sido cuando se hizo un como remolino de brazos y cabezas que se revolvían a lo loco por donde él había desaparecido. Empezó la gritería y llamamos una ambulancia porque estábamos seguros de que algo grave le había pasado. Andábamos bien apurados en la oficina, corriendo de aquí para allá, unas hasta rezaban... Por fin llegó la ambulancia y se abrió un caminito entre la gente. Y ahí llevaban al licenciado, retorciéndose de dolor. ¡Fíjate!

—Te digo que en la fotografía se ve a lo lejos lo que parece una tumba: la lápida, con su inscripción ilegible, ocultando un féretro. Alrededor hay hierba crecida...

—¿Y?

—Estudíe la imagen con una lupa y me di cuenta de que, en realidad, se trata de una caja de registros de la compañía de teléfonos que imita perfectamente a una tumba.

—¿De quién dices que es la foto?

—De un tal Paco Archundia. La foto no salió muy bien en el periódico, pero voy a conseguir el catálogo de la exposición.

—¿Bueno?

—...

—¡Bueno!

—...

—¡Otra vez el pinche mudo!

—Esas llamadas de un solo timbrazo a medianoche que me dejan con el corazón en la boca y me obligan a forcejear desde el sueño en busca del aparato, y cuando descuelgo ya no hay nadie en la línea... y transcurren uno, dos, tres, varios minutos y nada, no se escucha de nuevo el timbre. Y yo pienso que aquel que marcó, aquel que se quiso comunicar está perdido en una calle oscura, sin nadie a quién pedir ayuda más que a mí, y ahora su tarjeta telefónica marca crédito agotado... O tal vez se trata de una mera confusión, una llamada que se dispara sin querer, porque los dedos traicionan en la madrugada, después de varias copas y con el humo del cigarro infestando los ojos... Aunque quizá sí sea algo que apremie: el que llama tiene una temible decisión que informarme y al momento de escuchar el tono de llamada se arrepiente y cuelga de inmediato, posterga indefinidamente el momento de notificar esa decisión que habrá de cambiar mi vida... y seguirá acarreado ese secreto que pende sobre mi cabeza hasta que otra noche se decida a tomar de nuevo el auricular y...

—No, a mí nomás me encabrita que me despierten en la madrugada, pero no me clavo tanto como tú.

—¡A mí me provocan un insomnio de aquéllos!

—Oye, me estabas hablando de Hamlet y la manga del muerto...

—¡Ah, caray!, ya se me olvidó por qué te estaba yo tirando el rollo sobre cómo es que envenenan al padre de Hamlet mediante un veneno que le suministran por el oído... ¿Qué te iba yo a decir?... ¡Chihuahua! Lo tengo en la punta de la lengua...

—¡Pues escupe, Lupe! Andas peor cada vez. Y más si te desvelas tanto con tus obsesiones.

—¿Te das cuenta? Es otro de los síntomas, aparte del vértigo, la disnea y la mala circulación: una mengua de la memoria a corto plazo.

—Tú y tu hipocondría...

—¡Ah, ya! El asunto salió porque hoy fui al médico. Me dijo que lo que tengo es resultado de la combinación de una vida sedentaria y una dieta alta en grasas saturadas. En pocas palabras, si no cambio mi rutina y mi alimentación se me van a ocluir las arterias y me va a dar una embolia o un ataque cardíaco.

—Ay, sí, ahora veo muy clara la relación entre una cosa y otra.

—No seas sarcástica. Cada día mis venas se van estrechando por la grasa que se deposita dentro de ellas, ¿sí?, mi sangre circula con más trabajo y a mi cerebro le falta el oxígeno, mientras que las líneas del teléfono adquieren cada vez mayor capacidad y, ahora por ejemplo, a través de la fibra óptica es posible enviar un número increíble de mensajes al mismo tiempo, a diferencia de las antiguas líneas de cobre... y no se diga la capacidad de sus satélites para reflejar las microondas, cuya amplitud de su medio de propagación es prácticamente infinita, puesto que viajan por la atmósfera. Me niego a aceptar este destino... El teléfono está tan a la mano, el maldito, que casi casi es él quien me obliga a marcar y pedir pizzas o hamburguesas y recibir la ponzoña que me aniquila sin moverme de casa.

—Yo creo que sí te está afectando en algo porque, hasta ahorita, no entiendo la relación...

—Al padre... al padre de Hamlet lo asesinan mientras duermo la siesta después de haberse hartado de comida: le derraman un veneno por el oído, y así es como el maldito teléfono también aprovecha mi letargo cotidiano y rellena mis arterias de grasa mientras alimenta a las suyas y las fortalece... las vuelve tan fuertes que ya ni necesita líneas sino ondas electromagnéticas que vuelan por el aire a la velocidad de un parpadeo. Entre más utilizo el teléfono, menos camino y menos convivo con la gente real. No es justo... El teléfono se vuelve fuerte a costa de debilitarme.

—¿O sea que el teléfono es el culpable de tu enfermedad?

—... Hubieras visto la cara de la enfermera que me extrajo la sangre con su jeringa; hizo un gesto raro mordiéndose los labios mientras la observaba dentro de la celda de cristal donde la confinó; parecía que por primera vez se enfrentaba a una tan densa como la mía. La miró poniéndola en alto y la hizo correr de un lado a otro, ¡pero qué digo correr!, mi sangre obesa apenas pudo dejarse ir con toda su humanidad de un lado para otro: era un molusco lerdo, rojo oscuro, tropezando sobre sí mismo; mi sangre gruesa como el mercurio, ¡oh, paradoja, mientras Mercurio vuela, el mercurio de mi sangre se demora eternamente!

—¿¡Pero el teléfono cómo puede tener la culpa!?

—Sí, el teléfono y las computadoras de las que ya se apropió.

—No se me hubiera ocurrido culpar a un simple objeto de... de...

—A mí sí, porque veo la manera en que este artefacto se ha ido apoderando de cada una de las partes del cuerpo humano. ¿Es que no lo ves?: se está articulando a nuestra imagen y semejanza frente a nosotros, que miramos el proceso sin que nadie se dé cuenta, hipnotizados como estamos ante las pantallas y las bocinas, gracias a sus trucos y sus despliegues, que seguirán imitando nuestro ser hasta que llegue el día en que la sustitución sea completa.

—¿¡Cómo!?

—¿Cómo? Empezó apoderándose del oído de un muerto, de aquel que le entregó el doctor Blake a Bell en un acto definitivamente siniestro... Ahora al teléfono ya no le basta reproducir la voz, reproduce imagen, saca fotos, música, y cuando se conecta a una computadora ya no tiene límites, ¡de veras!... ¿Sabías que a mediados de los años sesenta, justo en los Laboratorios Bell (muchos años después de que él muriera, por supuesto) se desarrolló el lenguaje de computadoras llamado unix, que fue la base para que las computadoras se convirtieran en uno de los enseres domésticos más comunes y cada vez más necesarios?

—¿Y cómo?

—Ese lenguaje de computadoras simplificó y abarató tanto el desempeño de las computadoras que éstas dejaron de ser aquellos mueblezotes enormes, lentos y carísimos, para convertirse en veloces máquinas portátiles y baratas que casi todo mundo puede adquirir.

—¿Gracias a un lenguaje de computadora?

—Gracias a ese... virus que escapó de los Laboratorios Bell. —

¿Un lenguaje puede ser un virus?

—¡Ya lo dijo Burroughs!: El lenguaje es un virus de otro planeta. —
La cosa es que...

—La cosa es que, casualmente, ahora el teléfono logró conectar a las computadoras para que platicuen entre sí...

—¡Ora sí que las computadoras ya aprendieron a hablar por teléfono!

—... y ese lugar que antes era tan angosto como un cable ha mutado exponencialmente, se ensanchó y ya no sólo cuenta con lengua y oídos, sino también ojos y tacto para adaptarse perfectamente a nuestra era audiovisual. Ya existe gente que vive casi por completo dentro de los confines del teléfono, aunque ahora le llamen ciberespacio, que es lo mismo que no estar en ningún lado... Cuando nos dimos cuenta de que el teléfono había extendido sus tentáculos hacia las computadoras, ya estábamos atrapados en la red. Cada vez más gente trabaja desde su casa, a través de internet.

—¡Pero qué dices!, el celular y la internet son precisamente los que me mantienen en comunicación con la gente, sin importar la distancia...

—Yo los odio, me restan libertad. No puedo ni entrar al baño sin que me estén llamando o enviándome recaditos desde la oficina para darme chambas a cada rato: El licenciado quiere un discurso ur-gen-te... Antes el baño era el único lugar sagrado y ahora ni eso, ¡pinches celulares!

—No, yo amo a mi celular. Puedo hablar desde cualquier lugar, a la hora que sea...

—¡A mí me jode la vida! ¡Siempre estoy localizable por culpa de él!

—A mí simplemente me encanta... ¡Eso es lo bueno, que mis amigos siempre estén localizables!... ¿Sabes qué? Discúlpame... luego le seguimos porque se me hace tarde para mi cita.

—Ah, ¿ya estás saliendo con alguien?

—¡Pero, claro! ¿Qué creías? ¿Que terminando contigo me iba a meter en un convento?

—¿Estás saliendo con el ex de tu amiga, el dientudo aquél que quería contigo?

—No ése ya fue... ¡Éste es otro, que no conoces!

—¿Por qué no me lo has presentado?

—¡Porque nunca nos vemos!

—¿Qué, no lee los periódicos ni ve la tele?, ¡el licenciado está en el hospital!

—¿Eeh?

—¡Lo del atentado salió en todos los noticiarios!

—Pero, entonces... ¿es que no me va a tomar la llamada nunca? —

¡Ay, señor! ¡Por el amor de Dios!

—Señorita...

—Mire, señor Archundia. La verdad, no creo que venga en varios días, si ya se andaba muriendo... Digo, ¡ay, Jesús!... la otra vez el licenciado me dijo que no conocía a ningún Archundia. Y ya que usted no me quiso decir de qué se trataba su asunto...

—Mi asunto... era lo de la fotografía que le tomé con la señorita Clara. Me dijo que le hablara porque me la iba a comprar, pero que fuera discreto, porque pues...

—Ajá, sí. Entiendo. Sígame diciendo.

—Es una foto muy bonita en donde los dos están así de juntos, caminando por la calle, tomados de la mano, se ve que andan felices, sonrientes ambos, casi se les puede tomar el pulso de lo emocionados... El sol les da de frente y vaya que si se ven vivos; yo creo que hay un momento en la vida de cualquiera en que todo es perfecto y si coincide con que un fotógrafo tenga el tino de capturarlo en una película, ese instante se vuelve una imagen perfecta, indestructible y quizá ese alguien que es retratado se pueda salvar... ¿no lo cree así, señorita?...

—Rosario, me llamo Rosario... ¡Chayo!... ¡Ay, qué bonito habla usted!... Sígame diciendo...

—Bueno, señorita, yo pienso así, porque además de fotógrafo soy un romántico irremediable...

—¡Ay!, ¿en serio?

—El mejor ejemplo soy yo. Me la paso hablando acerca de lo que quiero escribir y nunca termino nada, no consigo que mis palabras se dibujen en el papel porque pierden fuerza antes de llegar a él. Nomás me la paso hablando, platico por teléfono contigo y te cuento lo que debería escribir, hago monólogos con la contestadora de una mujer que no me devuelve nunca las llamadas, y el golem de Bell fulmina lo que podría convertirse en una obra... en mi obra. Me la paso balbuceando y cuando por fin me siento al escritorio, a punto de redactar cualquier cosa mía,

no discursos, no pendejadas de esas de mi jefe (aunque a estas alturas quién sabe si siga teniéndolo), suena el pinche teléfono...

—¡Ay, mira, si lo que quieres es darme a entender que yo tengo la culpa por quitarte el tiempo y las ganas de escribir, pues ya no te llamo y punto! Nada más eso me faltaba: que me preocupe por saber cómo sigues... y tú me salgas con esto.

—No es eso. No me refiero a ti...

—¡No, hasta aquí llegamos! ¡Cuando éramos novios siempre era lo mismo! ¡Ya me tienes hasta la madre!

—Espérate, no lo tomes tan a pecho... No me refe...

—¡Además, yo de plano sí te escucho muy, pero muuuy mal!

—... no me refería a ti. ¡No te enojés! El teléfono es lo peor para ponerse a dis...

—¡Y para que lo oigas bien: ya no tengo deseos de que nos...

—...cutir.

—¿De qué?

—*Clic.*

—¿Por qué me cuelgas? No era por ti... ¡Puuutamadre!

—¿Segura que no sabes nada de él, hija?

—Uy, si por eso le hablo, señora, para que me ayude a encontrarlo.

—Pues mira, hija, ¿cómo dices que te llamas?

—Alicia.

—Alicia, si viene, le digo que te hable. Pero lo dudo mucho, ¿eh?

—Sí, señora, yo le agradecería mucho que me hiciera ese favor.

—A mí se me hace que ya no va a regresar porque ya me debe dos meses de renta y hace una semana que no se le ve ni el polvo. Hoy ya hasta entré a su cuarto y encontré pocas cosas suyas, puras cochinas revueltas en la cama.

—¡No me diga!

—Ay, cómo te quiero yo decir, hija, cuando los muchachos se empiezan a retrasar con la renta, un buen día desaparecen y ni quién vuelva a saber algo de ellos. Luego por eso se quejan de que me interesa mucho cobrarles a tiempo.

—Él no es así. Seguro que le pasó algo. Tengo que encontrarlo. Va a ver que sí le paga lo que le debe, señora.

—Ay, hija, si yo te contara...

—Si quiere, señora, mientras tanto yo le pago una parte de lo que le debe... Lo que importa es encontrarlo.

—¡Ah, bueno: así la cosa ya cambia! De lo perdido, lo que aparezca... ¿Y ya lo buscaste ahí donde abren a los muertos?

—¡Ay, señora! ¡Nooo!

—Bueno, vente pa' cá. Me pagas algo de una vez y te ayudo a buscarlo.

—Te tengo una noticia, ¿eh?, para que te lo sepas, ¿eh?: ¡Tú y tu Bell son una farsa! Lo único que tenía Bell de inventor del teléfono era ese nombrecito de timbre o campana, que es lo que significa bell. ¡Ay, sí, querida ex, fíjate que el señor Timbre inventó el teléfono! ¡Qué conveniente apellidarse Bell para ser el inventor del teléfono, ¿no? ¡Cuernos, qué! Hace unos meses el Congreso de los Estados Unidos reconoció públicamente que el verdadero inventor del teléfono fue el italiano Antonio Meucci. ¿Quieres saber los detalles?

—... Eeh...

—Salió en los periódicos, pero tú ni los lees... el italiano Meucci vivía en La Habana y había ideado una terapia con electricidad para tratar los dolores reumáticos. Mientras le aplicaba electricidad en la boca a un paciente, tuvo que ir a otra de las habitaciones del local y en ese momento el paciente se quejó y le habló: ¡Ay, Antonio! Meucci se dio cuenta de que la voz del paciente llegaba hasta él a través del alambre al que lo te-

nía conectado. Así fue como se le ocurrió que podía inventar un aparato para hablar a la distancia: el telégrafo armónico. Se fue a Nueva York y trabajó diez largos años para presentar al público su primer prototipo, al que bautizó con un nombre más corto: el teletrófono, en 1860, ¡dieciséis años antes de que Bell patentara el suyo!... Sólo que Meucci era pobre, no sabía hablar inglés y la mala suerte lo persiguió siempre. A pesar de eso, dio cobijo a muchos refugiados italianos, incluyendo al revolucionario Garibaldi. Y cuando su esposa se quedó paralítica en 1855, Meucci puso varios teletrófonos en las habitaciones de su casa conectados a su taller para mantenerse en comunicación con ella, por si se le ofrecía algo...

—... ¡Qué más!

—Meucci regresaba de un viaje para promover sus inventos y el vapor en el que iba explotó; fue a parar al hospital y su esposa tuvo que vender varios de sus inventos para pagar la cuenta; entre ellos, vendió el prototipo de su teletrófono a un joven sin identificar.

—¿Ya vees?

—¿Qué?

—Pues que ahí se ve la mano del diablo.

—La mano de Bell, querrás decir, porque, no está comprobado, pero se sospecha que fue Bell quien le compró el equipo a la esposa de Meucci.

—¿Hay pruebas?

—No, de eso no hay pruebas, pero de lo que sí hay pruebas es de que ¡Meucci presentó un modelo de su teletrófono ya perfeccionado en 1871, en la oficina de patentes de Nueva York! Le burocratizaron el asunto y tuvo que pagar diez dólares cada año para renovar la solicitud de patente. Lo hizo durante los primeros dos, pero al tercero ya no pudo pagar los diez dólares porque estaba en la calle: por ese motivo perdió sus derechos sobre la patente pendiente; entonces acudió a la Western Union,

la compañía telegráfica, y ella le negó el apoyo para su aparato. Cuál no sería su sorpresa cuando en 1876, cinco años después de que Meucci solicitara la patente, ésta le fue concedida a Bell! Meucci luchó en los tribunales por recuperar la paternidad de su invento, pero el suegro de Bell era un abogado muy poderoso...

—¿El padre de Mabel?

—¡No me interrumpas!

—Está bien, no te enojés.

—Bell había fundado su propia compañía de teléfonos y tenía suficiente dinero para acabar con cualquier contrincante en los tribunales, ya fuera Elisha Gray o el pobre italiano de Meucci o cualquier otro que reclamara la patente, porque hubo como diez de distintas nacionalidades... ¿Cómo la ves? Tú no sabías esto, ¿verdad?

—Sí, pero no me extraña nada, porque Bell ya se había convertido en un ser maquiavélico, propio de alguien que ha hecho un pacto con el diablo.

—¿Qué crees?, resulta que a un chino, un tal Xiao Jinpeng, le explotó la batería del teléfono mientras trabajaba como soldador y, puesto que lo traía en la bolsa izquierda de la camisa, le quebró una costilla que le atravesó el corazón. Murió en el acto. Los fabricantes del teléfono alegan que la batería era pirata y que no es su culpa que se haya sobrecalentado.

—Pues qué curioso porque, a cambio, en Vietnam se fue la luz en un quirófano de un hospital de provincia mientras una mujer paría a su hijo. La situación era desesperada; sin embargo, el médico pudo completar el parto gracias a la luz de ocho celulares de las enfermeras.

—Las de cosas que suceden, ¿verdad?

—¡Nada, nada! Lo que pasa es que tú no sabes aceptar cuando te equivocas.

—Déjame que te explique...

—¡No me expliques nada, no necesito que me expliques nada!, ¿crees que soy tonta?... Además te tengo otras dos informaciones: Primero, ¡lo de la noticia de quesos no es cierto!

—¿De qué quesos hablas? No entiendo.

—Tú me dijiste hace tiempo que las primeras palabras en español son unas que hablan de quesos y cuentas.

—Ah, sí. Ajá, ajá...

—Y no es cierto. Investigué... y resulta que descubrieron un texto más antiguo que el de los pinches quesos: el código sesenta, del siglo diez... que para tu información es una gran, gran enciclopedia del saber de la época, en la que existe, entre otros, un texto escrito en español...

—Perooo... esteee...

—¡Pero, nada!... Segundo: resulta que el tal lenguaje unix de computadoras sí fue creado en los Laboratorios Bell.

—¡Ah!, ¿ya ves?

—¡No me interrumpas! Resulta que unix es la base de lo que ahora se llama software libre, que promueve, en última instancia, una convivencia más humana y menos comercial entre los usuarios de computadoras a nivel mundial.

—Pero, por eso. ¡Ésa es la estrategia del diablo!: aparentar que es muy buena onda...

—¡Nada, qué! ¡Tú siempre quieres tener la razón!

—Permíteme decirte que...

—¡Todavía hay más!

—¡Esto es como un juicio sumario...!

—Acaban de publicar un libro que se llama *Antropología de la mentira* en el que el doctor Miguel Catalán revela que, precisamente gracias a la habilidad para engañar, el hombre se colocó por encima de las otras especies: su pericia para tomarle el pelo

a los otros animales le permitió matarlos para comer, vestir y sobrevivir ante el peligro. Este aspecto del engaño tú no lo conocías. Y para que veas que yo también me informo y hasta puedo hacer citas, te leo lo que dice Catalán: «No sólo las habilidades para el disimulo, el camuflaje o el simulacro fueron practicadas por nuestros ancestros homínidos, tanto con intención defensiva como agresiva, sino que favorecieron el desarrollo de la inteligencia, el lenguaje y la libertad de acción hasta hacer del hombre el complejo y contradictorio ser que hoy conocemos». ¿Cómo te quedó el ojo?

—Mira, tú...

—¿Tú?, ¿qué te crees, quién te crees? No me dejas ni hablar. Lo único que hago es servirte de comparsa, de pretexto para que seas el protagonista de nuestras conversaciones. ¿A esto le llamas conversar?... Entre tu amorcito imposible, la pobre con su grabadora saturada de recados cursis, y yo, no hay diferencia alguna... ¿Te detienes alguna vez a escuchar? ¿Sabes con quién platicas?, ¿te das cuenta?... ¿Peeerdón? ¿Y tú eres el que cree yo te quito el tiempo a ti? ¡Discúlpame!

—¡Noooo!, aquello del tiempo fue un malentendido, no más...

—Yooo...

—Ya te expliqué la otra vez que fue un malentendido, no me refe...

—... ¡yooo, que escucho tus estupideces en la madrugada, cuando te agarra el insomnio y me hablas porque no tienes a nadie más a quién fastidiarle el oído! ¡Estás pero si bien pendejo! Estás muuuy equivocado si crees que voy a seguir aguantándote. No te das cuenta de lo que eres. Todos se dan cuenta de lo que eres, menos tú.

—¡Oye!... ¡Óyeme!

—*Clic.*

—*Trrrrr píttrrr* no, tú sabes que *píttrrr*.
—¡Pérate, no te entiendo nada! Hay mucha interferencia.
—*Píttrrrrrrr* únel *ttrrrrr* ísimo *píttrrrrr* amos...
—¡Te marco después!
—*Püütttrrrrrrr* ó, *püütttrrrrr*... —
¡Me lleceval
—*Pppüüüütttttrrr*.

—Era un sueño recurrente durante mi adolescencia... Ya casi lo había olvidado... Estoy en casa, no hay nadie, estoy a solas con el teléfono, uno de esos aparatos grandes y negros, de disco, esos discos transparentes que tardaban una eternidad en regresar a su posición inicial después de marcar cada número... de discar cada número. Suena el timbre del teléfono y descuelgo. Al principio escucho perfectamente la voz de mi novia, charlamos con naturalidad. De pronto la línea comienza a sufrir fluctuaciones. La voz de mi novia se vuelve tenue por momentos, se convierte en un hilo delgado y trato de comprender lo que ella dice, pero pierdo la ilación del discurso, mis palabras son erráticas y mi novia se irrita. Escucho su voz, que poco a poco se distorsiona. No entiendo lo que ella dice, pero está enojada. Cada vez se le oye más lejos y más enojada. Paralelamente la casa se ha ido oscureciendo y hace mucho frío, un frío atroz... La línea produce leves chisporroteos, como una brasa a punto de extinguirse, ahora está muerta... Cada que tenía ese sueño, poco después perdía alguna novia o algún amigo por distintos motivos, ya fuera por un malentendido, un cambio de domicilio, por la muerte de esa persona o por alguna otra causa inexplicable, un alejamiento inexplicable... ¡He tenido ese sueño otra vez!...

—...

—¿Te has fijado que a estos días los comienza a invadir una especie de terror secreto que va pudriendo los objetos desde la

raíz, los angosta, estrangulándolos poco a poco, y ya nada responde a su nombre? Los edificios son menos sólidos, ¿acaso existen en realidad?... Hace tanto que no me detengo a contemplar un edificio antiguo a media calle, como antes, fascinado por su arquitectura, por la contundencia de su piedra... Ya no me detengo a mitad de un puente para ver las copas de los árboles y el paso de los automóviles. Cada vez permanezco más tiempo en casa, frente a la computadora, conectado a la red, y no estoy seguro de que allá afuera subsista algo en pie.

—...

—¿Te has fijado que ya nadie escucha lo que dicen los demás?, únicamente hacemos soliloquios.

—...

—¿Te has fijado?, ¿eh? El agua viaja más lento por las tuberías, el gas tarda en salir y las lenguas de fuego apenas calientan. La luz no alumbra. Los cristales se opacan. La música se ralentiza y me da una sensación de vértigo insoportable. Es como si el mundo se estuviera deteniendo. Todo es triste: mirar los espejos, tocar la madera de la mesa y sentir el frío del congelador.

—...

—¿Te has fijado que cada vez soy menos yo, que somos menos nosotros y más una muchedumbre gelatinosa?

—...

—Siento que ya dije estas palabras hace tiempo, o casi las mismas.

—...

—¡¿Qué?! ¿Te comió la lengua el ratón?

—...

—¿Por qué no me contestas?

—...

—¡Contéstame, por favooooor!

—¡Ash! ¿Cuántas veces le tengo que repetir que está e-
qui-vo-ca-do?

—Si desea comunicarse al departamento de ventas, marque tres. Si requiere asistencia técnica, marque cuatro. Si necesita comunicarse a recursos humanos, marque cinco. Si desea comunicarse con el diablo, marque seis, seis, seis.)))

—Hola, hablas tú, digo, hablo yo, bueno... Comprendes. Te dejo este recado para que al llegar a casa escuches algo que sí va dirigido a ti. No como los otros mensajes, los únicos que caen en la telaraña de tu maquinita desde hace tiempo y que no sabes ni para quién son. Tengo que decirte que me gustan las maneras en que se presenta tu... tu preguntadora, tu conmutador diabólico. ¡Je, je! Yo sí entiendo tu sentido del humor y tu sentido de la tristeza y tu sentido de la soledad. ¿Y cómo no iba a comprenderte?... A tratar de comprenderte... que mira que ya es bastante. Tal vez estás enloqueciendo, y sé que tú también lo sospechas. Te veo por la calle, en la noche, cuando sales a palpar los árboles y el edificio color ladrillo en el que vives, los tocas como si dudaras de su solidez; posas las palmas de tus manos sobre ellos como si les tomaras el pulso o la temperatura, como si pensaras que enfermaron.

—...

—¿Sabías que la verdad es que el lenguaje surge en el hombre al parejo con la conciencia? ¿Sabías que las primeras palabras que un ser humano pronunció las articuló para sí mismo, para hablarse él... y al hablarse a sí mismo se duplicó, conquistando con ese acto inédito la capacidad de reflexión?... O tal vez se trate de simple locura, como la de los que hablan solos en la calle...

—...

—Te cuento algo que ya sabes, sí, pero al contártelo, aunque yo sea tú, al contártelo desde este lado de la línea, desde el otro hemisferio de este aparato, el punto de vista es distinto y se vuelve otra historia. Desde este lado... ¡qué raro suena!: de este lado, yo, del otro lado, tú, que eres yo. No, no eres yo, vas a ser yo, porque eso será en otro tiempo. ¡Ya lo tengo! ¡Una máquina del tiempo! A través de estos artefactos puedo hablar contigo desde mi presente hacia el futuro, que para ti es desde el pasado hacia tu presente... cuando llegues a tu casa y me escuches. ¡Vaya, qué extraño! Pienso en lo que pensaré cuando oiga lo que digo ahorita mismo. Y si te digo lo que vas a pensar cuando atiendas lo que digo ahorita, entonces, para cuando lo pienses ya habrá sido pensado por mí, pero al momento que tú lo pienses, en el futuro, será distinto porque el tiempo y el contexto serán otros, tú serás otro... ¡Y caray!, fíjate que ahora mismo estoy llegando a la conclusión de que si tus pensamientos no son idénticos a los míos, entonces tú y yo no somos uno mismo. Claro, ya lo presentía. El que soy en este momento no puede ser el mismo que va a llegar a tu casa y escuchará esta divagación, porque no sólo estará del otro lado de la línea sino que se registrá por otro tiempo... Tú habitas mi futuro, y ese futuro para mí no existe, lo que habrá será un individuo que llegue a casa, oprima un botón y reciba mi mensaje, y para cuando lo haga yo ya no estaré aquí, me habré ido de tu dimensión a otra que tú sólo puedes percibir mediante tu oído y nada más... Mira que es agradable platicar contigo. No quiero confundirte demasiado, no te preocupes si no queda claro el tema, a veces dejo a mi boca hablando sola, como loca, como boca, lo importante es tener algo que decir y decirlo con toda convicción, porque al hacerlo de esa manera se comienza a dar forma a... se empieza a generar una realidad que poco a poco...

—)))

—¿Ya se acabó el tiempo?, jje, je! ¿Tú también, amigo?... ¿Por qué no dan más tiempo para los recados, si las cintas pueden grabar media hora, una hora o más? Hasta eso que tu preguntadora tiene muy buena duración, pero no es suficiente, yo podría dictar una novela en tu grabadora, si tú quisieras, ¿o preferirías unos discursitos para tu jefe?, jje, je!

—No estoy en casa, no estoy en la calle... simplemente no estoy. Deja tus mentiras después de la señal.)))

—Querido yo, ¡eres inalcanzable! Por más que salgo corriendo de casa para llamarte desde la calle nunca te encuentro en casa, ¿lo haces a propósito?, te pareces a Rosario, a Chayito, te pareces a mí. ¿Alguna vez he hablado contigo en directo? ¿Alguna vez he hablado con alguien en directo?... ¿Sabes?, de pronto me gustaría tener otra vida, estar, no sé, en medio de una intriga que involucrara a otras personas aparte de ti. Me gustaría ser un patán que engañara a medio mundo, con amante y toda la cosa. Me gustaría traicionar a los amigos, reírme en la cara de los deprimidos, y después caer en lo más abyecto; me gustaría que mi manera de amar fuera dañina, que fuera una venganza. Y luego morir... Pero soy cobarde, no soporto esta vida y aquí sigo. No hay peor infierno que el que uno se va construyendo con tanto cuidado: una cámara asfixiante llena de espinas. Ya no puedo respirar sin que me duela. Y nadie me va a escuchar... a excepción de ti. ¿Qué estamos pagando? Dímelo, porque yo ya no tengo idea... Y al final me da risa, me doy risa porque no hay de otra, jje, je! ¡Vamos, ánimate! Mi llamada era para consolarte... aunque puede que no se note mucho, jje, je!...

—Este teléfono se autodestruirá en quince segundos, tienes catorce para dejar tu recado... trece... doce...)))

—Querido yo, ¡estamos perdidos para el mundo! Te equivocas si crees que recitar en el teléfono es una forma de comunicarse. ¿Has pensado alguna vez que tú eres el que no quiere hablar con nadie, que no deseas que Rosario conteste tus recados telefónicos, te has puesto a pensar que tienes un miedo terrible a que un día ella tome el teléfono y te diga: va, me gustó tanto lo que me has estado diciendo a través de la grabadora que quiero salir contigo y que me lo digas en vivo?... ¿Qué harías?, ¿te esconderías en un armario?... Espero que esta vez no te tapes los oídos cuando escuches mi mensaje, ¿eh? Espero que no andes dando vueltas por toda la casa con los dedos en los oídos.

—¿Bueno?

—...

—¡Bueno!

—...

—¡Otra vez el pinche mudo!... ¿Pero quién dice que no se puede platicar con un mudo? ¡Lo mejor es que no te interrumpas!, ¡je, je!, ¿que no? Desde hace tiempo rondan por mi cabeza algunas... conjeturas. ¿Te gustaría escucharlas?

—...

—¡Ah, claro que sí, si eres un escuchón! Ahí te van: Constrañido por la urgencia de los timbrazos, el individuo que un momento antes comía con tranquilidad o miraba el televisor, advierte que hay un teléfono junto a él, un teléfono que repiquetea y vibra nervioso, y entonces levanta el receptor con ingenuidad para preguntar, con aceptación cansina: ¿Bueno?... Transcurren un par de segundos cargados de silencio y el individuo endurece el tono: ¡Bueno!, y no escucha nada. Antes de colgar asesta con firmeza: ¡otra vez el pinche mudo! Entretanto,

un engendro microscópico, un microbio telefónico emerge cauteloso de uno de los orificios de la bocina y salta hacia la hélice de la oreja de la víctima, se aferra con sus garras diminutas a la piel velluda y tensa como la de un tambor y, mediante un movimiento hábil de alpinista, alcanza la antehélice; ya con un dominio pleno del terreno resbala por la concha y frena al llegar al meato acústico externo; la vista de aquel túnel le provoca el deseo de adentrarse de nuevo en una oscuridad semejante de la cual proviene. Sintiéndose solapado por el tragus, esa compuerta forjada en cartílago puro, el engendro microscópico conquista su primera meta importante y perfora la membrana del tímpano de un solo intento. Esto sucede a una velocidad inusitada y para cuando la víctima cuelga el receptor, el microbio telefónico ya ha sorteado el peligroso golpeteo del martillo sobre el yunque, operación que recuerda el vaivén de la niña que se prepara para saltar la cuerda mientras sus compañeras se esfuerzan porque falle. Una vez que se interna en el laberinto, el microbio comienza a deambular por los conductos semicirculares y el caracol. Su andar errático, furibundo, ocasiona vértigos en el anfitrión. Si se tomara un primer plano de lo que vendría siendo la cabeza del engendro, advertiríamos un par de protuberancias que de manera obstinada chocan contra las paredes de los conductos auditivos. El microbio telefónico aprende con lentitud, pero siempre un poco más rápido que sus antecesores. A cada generación de microbios le cuesta menos trabajo hallar la salida del laberinto y así los pequeños engendros que la componen, esos aventurados expedicionarios, fantasean con que algún día su tránsito resulte tan previsible que el laberinto pierda sus dificultades proverbiales y se convierta tan solo en la reminiscencia de un verdadero laberinto, un camino rutinario... Aunque saben que para entonces también el organismo humano habrá creado otro tipo de dificultad para ellos, una trampa rizomática, una red de laberintos de varios tipos conectados entre sí que le llevarán el

mismo tiempo de recorrido que ahora les toma el tradicional... Mientras tanto, alcanzar su objetivo: el lóbulo temporal de la corteza del cerebro le toma al engendro microscópico un promedio de siete días. Conforme el microbio telefónico se acerca a esta zona, el anfitrión sufre intensos dolores de cabeza y escucha zumbidos día y noche que le hacen levantar cualquier teléfono que esté a la mano. Las crisis del anfitrión se vuelven más frecuentes y su comportamiento se exagera, llegando incluso a ser confundido con el de alguien que, bajo una peculiar posesión diabólica, se ve compelido a arrebatarse violentamente el teléfono a cualquier inocente que sostenga uno... Se ha querido ver al microbio telefónico como un verdadero demonio invisible que goza intensamente con los estragos que provoca en su *hospedador*, pero la realidad apunta a que cada vez que taladra la superficie del cerebro humano lo hace para alimentarse, porque de otra forma moriría de inanición antes de que transcurrieran quince días desde su inoculación en el enfermo; para desgracia del hombre, hasta ahora el único alimento conocido del engendro es su masa encefálica. De manera eventual, los teléfonos van siendo retirados del alcance del enfermo. En la última etapa, el cuadro clínico es comparable al de una psicosis absoluta, luego de ser internado en un hospital psiquiátrico y ante la imposibilidad de contestar la llamada perpetua que lo atormenta día y noche, la mayoría termina por intentar destaparse la tapa del cráneo con la uñas... ¿Qué te parece?

—...

—O imagínate una cofradía de sordomudos que se reúne cada tarde con el único propósito de hacer llamadas telefónicas al azar y después colgar.

—Bueno.

—Hola, esteee, quería hablar con...

—¡Bueno!

—¡Hola!, ¿no me escuchas?

—¡Te engañeee! No hay nadie en casa y ésta es una grabación. Deja tu mensaje.)))

—A veces pienso que soy yo el que habla por ti, por ustedes... Mi voz irredenta, que concibe bromas de una seriedad espantosa... Yo pregunto y yo respondo, con este espíritu de charlatán. Escucho tantas voces que ya no sé cuál es la mía. Escucho los silencios del mudo y su respiración en la bocina, la verborrea del hablador, los lamentos del amante despechado, las quejas, las palabras de cariño... *te extraño, ¿dónde estás?, ¡lárgate!, regresa, por favor...*

—...

—¿Y quién soy yo?: El ventrílocuo imaginario. El plagario de vidas, lenguaraz, sicofante... Y también soy la víctima de mi propio ardid.

—...

—¡Pero, verdad que ustedes sí existen!... ¿Verdad que sí? Éste no es un teatro de voces ficticias, las cosas no suceden sólo en mi cabeza atolondrada, no, del otro lado de la línea hay una máquina que graba lo que digo en una cinta, pero detrás hay un mundo, con gente viva, que posee voz propia, y que habla con ella, que grita con ella, que canta...

—...

—¿Y si no hubiera nadie del otro lado, si sólo existiéramos cuando hablamos por teléfono? ¿Qué me quedaría, entonces?: la lengua, un trozo de carne blanda en el hueco de la boca. Mi lengua mordida hecha pedazos. Mi lengua rabiosa que se revuelve y lucha por no secarse, por seguir hablando.

—...

—¿Verdad que también circula sangre por sus lenguas, que no se las devoró el cáncer? Hablen, no se queden como mudos. ¡Esos monigotes!, hablen, por Dios, por lo que más quieran.

Andan por ahí callados, escondidos, con sus disfraces de sombra, asustando a la gente; ni siquiera un *buenos días*, ni siquiera un *¡púdrete!*

—...

—Que la locuacidad del cuerdo me asista en esta empresa.

—...

—En el principio fue el verbo, caballito del lenguaje. El verbo copulativo, aquel fornicador incansable, siempre activo aun cuando pasivo. El verbo prolífico, engendrador.

—...

—La voz. ¿Qué es la voz?: la voz no es más que un accidente del verbo.

—...

—Y al final, ¿qué nos queda?: ¿Adjetivos inmóviles, atrofiados, indefinidos?: ¿algún, todo, cualquier o varios?... ¿Epítetos y epitafios rastreros?: ¿la blanca nieve?, ¿hizo el bien mientras vivió?... ¿Artículos indeterminados? ¿Pronombres relativos?... Idiotismos a ojos vistas: de vez en cuando, hasta más no ver... Sólo verbos defectivos, minusválidos, con sus huecos irrelleables. Puedo abolir la esclavitud telefónica en infinitivo, pero jamás la abolo (¿o abuelo, abuelito?), en el presente. Tú la aboliste, juntos la abolimos, la he abolido y tal vez la aboliré en un futuro incierto, pero no la abolo nunca en la realidad del tiempo presente. Por eso seguimos tan esclavos del teléfono, tan buenos esclavos como siempre. Por eso sigo escribiendo discursos a nombre de otro, peroratas dirigidas a un público esclavo para persuadirlo de que él a su vez escriba discursos a nombre de otro individuo, peroratas dirigidas a un público esclavo...

—...

—Preferiría rarefacar mi propia vida a punta de verbos orales. Preferiría estrellarme contra el cristal de un rascacielos.

—...

—Sucedé que reconozco mis palabras en las de los otros; los oigo platicando en la calle y resulta que, ¡hey!, esa frase: «Que es grande el mundo y pocos los experimentos», que salió de mi boca la semana pasada, se utiliza desde los tiempos de *La Celestina*. Yo digo las palabras de la misma manera que los otros, con la misma apariencia y, sin embargo, las mías son orgánicas, nacen en las entrañas, maduran humedecidas en su jugo, luchan por salir, desgarran mi interior, son sangre y saliva, son bilis, arman trifulcas entre ellas, se escupen solas hacia el exterior y al final de su existencia efímera estallan furiosas contra la inmensidad, porque sí, mis palabras también son viento, pero detrás vienen otras: ya se les ve marchando sobre la garganta, sobre la alfombra roja de la lengua, rozando la bóveda del paladar, librando los dientes y los labios para salir a pelear, pero detrás vienen otras, ya se les ve... pero detrás vienen otras... pero detrás...

—...

—¿Saben qué es lo único que no me gusta de lo efímero?... Pues que se termine tan rápido.

—...

—Y aunque ya lo dijo Hamlet, señalando un cráneo, también el mesero iletrado y la cocinera, el niño y la vieja enferma, ahora yo lo pronuncio con mi teléfono blanco en la mano y lo hago por vez primera... y aunque ya lo dijo el actor que interpretó a Hamlet: «Esta calavera tuvo lengua alguna vez, y con ella cantaba mientras vivió», yo digo que el cadáver del que se extirpó el oído para la cabeza parlante de Bell, antes de formar parte de una máquina maldita, también fue, en su tiempo, uno de nosotros... ¿Qué importa que Bell haya sido otro farsante más?... Y aunque ya lo dijo el espectador que entendió las palabras del hombre que actuó como Hamlet, lo repito: «Cuando dejemos de hablar, el sol, siendo un dios, besará nuestra carroña y engendrará gusanos en ella».

—)))

—Y no invento un monólogo más ante la contestadora, apelo a ustedes haciendo uso de la lengua poderosa, ¿todopoderosa?, la lengua de metal. Y no es una blasfemia, porque Dios también creó al demonio, y pobres de ustedes si no lo creen así, porque los tacharán de herejes.

—)))

—¡Hola, hablo desde la línea de confesiones! Nuestra nueva modalidad es: confesiones llama a su casa. ¿Tiene alguna confidencia que hacer? Puede grabarla sin cargo después del tono... Bip... bip... Estoy esperando, ¿eh?... De acuerdo, tenemos su número telefónico; nosotros le volveremos a llamar cuando esté preparado, cuando sea el momento de hacer su confesión, aunque sea la última.

—)))

—¿Y qué? Todos lo saben: es mi lengua la que prolonga el instante antes de desvanecernos. ¿Tienen algo que decir ahora? ¿Sus palabras últimas?

—)))

—No digan...

—)))

—... no.

—)))

—Qué delgado...

—)))

—... este hilo...

—)))

—... del que...

—)))

—... pendemos.

—)))

—¿Se dan cuenta? En cualquier momento cuelgo el auricular: ¡clic!, y se acaban ustedes y me acabo yo. Con un ¡clic! y ya. Como anuncio comercial: *Basta un ¡clic! para eliminar a esas*

molestas cucarachas. Basta un ¡jelic! para exterminar a todo aquel que respire bajo el sol... Limpia, fija y da esplendor... ¿Qué es?... ¡La Academia Mexicana de la Lengua!

—)))

—Lo cuelgo... no lo cuelgo... lo cuelgo... no lo cuelgo...

—)))

—¡Alguien descuelgue y conteste! Alguien pronuncie una palabra. ¿Adónde se han ido? No pueden dejarme aquí, hundido en los dominios del silencio, en medio de esta crepitante afonía.

—)))

—Una palabra. ¡Por favor! ¿Qué les cuesta? Una palabra para mi consolación. Es que... ¿acaso no lo saben? Silencio, no, porque morimos todos, nos borramos para siempre. Silencio, no. Este mundo nuestro se sostiene sobre los hombros de las palabras que decimos a diario y... entonces decir...

—)))

—... decir con todas sus letras: ¿Por qué por teléfono, Clarita? ¿Qué te hice? Dime. ¿Tan poco ha valido lo nuestro para que termines conmigo de esta manera? Dime. ¿Por qué me dejas así, Clarita? Me abandonas ahora que ya te compré tu casa. Ahora que íbamos a ser felices. Me niegas la oportunidad de hablar contigo de frente. No se vale, no me resigno. No es posible... me lastima que hagas esto, por favor, Clarita. Todo lo que pasamos juntos para que un día tomes el teléfono y me digas: Se acabó, terminamos y punto. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser así? Te juro que voy a cambiar, que sí me divorciaré... Clara, Clarita: Me voy a tirar de un puente o yo no sé qué voy a hacer nada más que me dejen salir de aquí. Pero no me abandones, no me niegues la entrada a tu casa, nuestra casa... Clarita, ya no vas a ser plato de segunda, como tú dices... Es que nunca lo has sido... ¡Soy un pendejo contigo! Ya lo sé, ya lo veo. Ya aprendí, pero... ¡perdóname! Sabes que me cuesta mucho trabajo recono-

cer que me equivoco, que me equivoqué tantas veces contigo y que tú me aguantaste. Soy el más tonto de todos, no creas que no me doy cuenta. Siempre lo he sabido... Sólo que... justo cuando yo pensaba que lo nuestro iba mejor tú me dices que es todo lo contrario y que nada más me soportabas porque no te quedaba de otra; me duele saber que apenas tolerabas mi presencia en las últimas semanas... ¡Qué vergüenza! No te escuché a tiempo y por eso me condenas. Sí, soy culpable... pero dame otra oportunidad, Clarita. Las palabras no me salen bien, tú lo sabes, hasta tengo que pagarle a alguien para que me escriba lo que quiero decirle a los demás. Me paro frente al público y digo cosas que no son mías, qué terrible, qué pena, ahora lo veo: el títere soy yo, el payaso soy yo, no Beny, no el comandante, no el pelele que me escribe los discursos, el que hace el papelón soy yo. Clara, Clarita. Estoy hecho una mierda. Compréndeme. ¿Cómo encontrar las palabras que ablanden tu corazón? Tú no eres una mujer fría... Y aquí está haciendo mucho frío, aquí todo es blanco, insoportablemente blanco. Necesito abrazarte una vez más. No me abandones. ¿Cómo está tu hija? La quiero tanto, como si fuera mía. Tal vez no te lo dije, no te lo supe decir, soy un bruto. Me da rabia. No podemos terminar así. ¡Qué crueldad! ¿Por qué por teléfono, Clarita? Por favor... Te lo ruego... Ponme a prueba por un tiempo, Clara, Clarita...

—)))

—... decir, con todas sus letras: Supe lo que te sucedió, Ramón. Mamá y yo nos enteramos. Las fotografías salieron en los periódicos y en internet; lo escuchamos en la radio, vimos el video en la televisión, tu cabeza avanzando entre la multitud, el resplandor de un cuchillo que se clava en tu hombro y tu desaparición entre el tumulto. A los de los noticiarios les gusta congelar la imagen, justo en el momento en que te acuchillan, y correrla de adelante hacia atrás, varias veces: herido... ileso... herido... ileso. Eres un éxito, Ramón, no se habla de otra cosa más que

de ti, lo lograste. Pero oye, Ramón, ¿no tienes madre!, ¿en qué momento empezaste a convertirte en lo que eres hoy? Dímelo, ¿qué día, a qué hora? ¿Estuve presente o fue más tarde, cuando ya no vivías con nosotras? ¿Es algo que ya se trae o se aprende? Ramón, todavía no me pagas lo que te presté para la camioneta y para tu rescate y ya andas dejando que te apuñalen a la menor oportunidad. ¡Ah!, y ni creas que voy a cuidar a Beto, ¿eh?

—)))

—... decir, con todas sus letras: Te dije que las cosas iban a ser mejores, que ya no tendrías que soportar esa casa, las paredes mugrosas, las ventanas carcomidas, la basura en las calles, mamá, te dije que te iba a sacar de ahí, costara lo que costara. Si supieras por las que tuve que pasar... y no importa. Al fin puedo darte buenas noticias. Ya no te hablo para pedir favores, para que cuides a mi hija, no te llamo para regañarte por tus olvidos y desvaríos. Vamos a combatir juntas esa sombra que te aterra por las noches. Yo creo que la casa está maldita, pero ya vas a dejar todo eso atrás y no regresarás nunca. Yo me fui y te dejé abandonada... Ahora regreso por ti. Desde niña odié esa casa, y no podía decirte porque tú seguías ahí, aguantando. Despídete de las vecinas que todavía viven, las que conocí de pequeña y que no pudieron escapar a tiempo; despídete del carnicero, de la vida que sufrimos ahí desde que papá se fue. Yo sé que no te gusta que hable de él. Yo sé que juramos nunca volver a pronunciar su nombre. Pero se acabó, ya se acabó, te llevo a otro lado. Prepara tus maletas con lo que más necesites, con lo que usas de diario, porque hoy mismo te recojo y después voy a ir por lo que quede con un camión de mudanzas y entonces vas a ver qué gusto sacar los muebles y no dejar más que los puros desperdicios... Sólo vamos a dejar la alfombra... y sonreiremos al verla quedarse, con su color inidentificable por tantos años de pisadas, de chicles que ya no le salen por más que le talles, como a nuestros corazones pisoteados por papá y los otros hombres, como nuestros corazones

enlodados... La vamos a dejar para que uses la que tengo aquí. Ésta sí es bonita, ésta sí la he cuidado para ti... Aún conserva sus colores originales...

—)))

—... decir, con todas sus letras: ¡Hay que ponerles en toda su puta madre a esos culeros! Si nomás hablan porque tienen boca: Ña, ña, ña. ¿Que dónde estábamos mientras les sacaban las tripas al aire a mi compadre? ¡Peeendejos!, pues cuidándolos a ustedes y su libertad de expresión en las manifestaciones, ¡óiganlo bien, grábenselo en la sesera!: para que puedan escribir sus babosadas en los periódicos, porque eso es lo que son: soberanas babosadas. Abusan de su derecho de expresión. Nomás tienen que dar las noticias y punto. No necesito sus pinchérrimas opiniones sobre lo que pasa, no quiero su interpretación que nomás sirve pa' chingar a cualquiera, a nosotros. Si es por eso que luego tenemos que irles a partir el hocico. Y madres: ¡plas! Y tómalas, ¡plas!, otra cachetada por trompudos. Para que aprendan a fijarse en lo que dicen y no nos salgan con que nosotros tuvimos la culpa. En todo caso, se trata del crimen organizado, óiganlo bien, que se les grabe en la sesera y lo escriban en sus notitas, para que lo reciten con esas voces de merolico gangoso que se gastan...

—)))

—... decir, con todas sus letras: ¡Vender! Vender cualquier cosa. No es lo que se vende sino cómo se vende. Las estrategias. Hay que vender. Vendí fayuca, vendí robado y vendí mercancía legal. Vendo en locales, en puestos callejeros o aquí adentro. No va mal. Un amigo... examigo, me vendió. Ahora vendo aquí adentro. Si vieran que sí es negocio. Los presos compren cualquier cosa: colillas de cigarros, papel de baño, pedazos de jabón, o un consejo, información: dónde conseguir agua limpia. Y también hay que untar con billetes la mano de los de arriba. Pero vender es vender, adentro o afuera. Yo vendo.

—)))

—... decir, con todas sus letras: Hija, no sé dónde esperar a la muerte. A estas alturas creo que es lo mismo aquí, allá o en cualquier otro lado... Si hablo de la muerte no te asustes como yo cuando la vi por primera vez, porque, aunque no lo creas, ya me llevo bien con ella, somos amigas y platicamos todas las noches; bueno, yo le cuento y ella escucha, porque es un poco arisca y no le gusta conversar; ya se le quitará... Hice mi maleta a regañadientes, porque, sabes, también se extraña la mala vida, que al fin y al cabo eso es... vida. Y qué otra cosa se le puede pedir a Dios: que nos deje existir unos minutos más, que podamos tener otro respiro y ver por la ventana cómo amanece... que nos deje quitarle el polvo a las fotografías de las personas a quienes quisimos, a quienes queremos, aunque no las volvamos a ver nunca ni digamos su nombre, las fotos de los tiempos felices... que los hubo, tú bien sabes que también los hubo alguna vez, bajo este techo cochambroso. ¿Y qué más, qué otra cosa? Que me deje comprarle su alpiste a los canarios y que tenga algo de qué quejarme. La ventana se rompe y las tuberías gimen para que pueda dejarte otro recado en tu maquinita y tú me hables y te ocupes de mí por un momento y me traigas de regalo a mi nieta. Estoy feliz porque escuchas mis retahílas de quejas, y lo demás... lo demás se olvida: no pienso vivir para siempre.

—)))

—... decir, con todas sus letras: Sé actuar y cantar. Bailo tap y divierto a la gente que cada noche va a verme al antro, el peor en el que he trabajado en toda mi vida... peor que el Bocaflorja... ¡pero qué se le va a hacer! De mis andanzas entre políticos salí apaleado, mejor que me tundan en mi propio terreno. Dicen que soy mal comediante, ¿y quién puede saberlo? También hay personas que aseguran lo contrario. Es el caso de un señor que va siempre a verme y se ríe que por poco se ahoga, una risa profunda, como de tronco de árbol; me dijo la otra vez que si no pudiera reírse cada vez que va al antro ya se hubiera muerto,

¿captan ustedes el asunto? La risa lo mantiene vivo, y yo le expreso las risas como puedo. Entonces no soy tan malo, ¿no?, si lo mantengo vivo, aunque sea a base de risa artificial. Tengo buenas temporadas... Tengo malas temporadas... Ahora, por ejemplo, en que no puedo hablar y lo que digo es a puras señas. Ya sé lo que están pensando, que soy un cliché: el cómico que da lástima, el payaso que llora... como esos cuadros de mal gusto que seguro ustedes tienen en el baño de su casa, ja, ja, ja... Pero ahí les va ésta... ¿listos para responder?: ¿Quién de ustedes no es un lugar común? En serio, piénselo bien. ¿Quién de ustedes no repite los errores, las palabras, los gestos que hicieron, que hacen y que harán otros? Somos la repetición de la repetición de la repetición... Hace mucho que perdimos la originalidad... Así que no anden por ahí pensando de mí que soy menos especial que ustedes. ¿De qué se ríen? ¡Esto no es ningún sketch, chavales!

—)))

—... decir, con todas sus letras: Te lo juro. Fui al museo de adeveras, no al de mentiritas. No te estoy cotorreando. A mi novio ni lo he visto desde hace un buen. Tienes que ir a la exposición... Sí, la exposición que acaban de inaugurar. Un maestro nos mandó. Es verdad que el museo está medio pobre, lo que vale la pena son las fotos. Ni me acuerdo cómo se llama el fotógrafo. ¿Que una imagen vale más que mil palabras? ¿Quién sabe? Depende de la imagen y de las palabras. Estas fotos me gustaron, sentí que hablaban... de mí... Había una en la que un señor era igualito a mi papá, sólo que en versión feliz... del brazo de una mujer más joven y con el sol en la cara. Yo creo que el fotógrafo supo encontrar lo bello a pesar de que algunas eran medio oscuras, a pesar de que para encontrar colores bonitos tuviera que retratar lugares hediondos, como esa foto del bebé que halló una pepenadora en un basurero de la ciudad...

—)))

—... decir, con todas sus letras: Nunca la volví a ver. Si es que nunca es algunas semanas, pero incluso hay nuncas que duran un día. ¡Fue una pendejadota! Por tan poco. Y yo que me creía el superagente secreto... Dejé colgada también a la doña con la renta... ¿Podría regresar? ¿Podría poner mi cara de palo y decirle: lo siento, aquí está su dinero? Eso no es difícil, pero, ¿buscar a Alicia y confesarle que por mi culpa hirieron a su padre...? Imposible, aunque ni siquiera esté seguro de que por mí lo hayan apuñalado, porque todo es tan oscuro que la verdad no la sabré nunca. Aunque viene a ser lo mismo. Con la intención basta y sobra, las malas intenciones con las que me acerqué a ella. La verdad es que siento como si una mano hubiera actuado detrás de mí, imponiéndome sus jugadas, y no me refiero al tipo que me contrató, sino a algo como... una presencia oscura a mis espaldas. Por eso le hacía preguntas a Alicia, que en realidad no eran mis preguntas, pero que salían de mi boca como si lo hubieran sido... Y si acaso es cierto lo de la presencia oscura que no me dejó escoger, pero creí que escogía, que tenía libertad para actuar, entonces, ¿soy culpable o no?... ¿O pensar así es nada más otra forma de escurrir el bulto, de evadirme todo el tiempo? Porque los barrotes se llevan por dentro...

—... decir, con todas sus letras: Sí, amiga, sigo con la yoga, pero ahora en otro club. Ya no necesito ir al Vedanta... ¿Que qué pasa con Ramón? Ramón es Ramón, cicatrices más, cicatrices menos. Él nunca va a cambiar, pero yo sí cambié, hago mi vida, no la suya. No dependo más de él, seguimos casados, en la misma casa, pero cada quién sus asuntos, sin criticar al otro ni imponerle tus deseos. No es triste... es el destino que llega tarde o temprano, y que cuando anda de buenas hasta me susurra al oído: así, así, lo estás haciendo bien, sigue... no pares, vamos, un poco más, así, mamacita, así me gusta... Y de pronto me doy cuenta de que le gusto a otro hombre, a otros hombres, que no

soy una vieja, y puedo hacer el amor con el que elija, y sé que él será tierno conmigo, al menos porque yo se lo pida y respetará que tenga un hogar con hijos y será tierno con ellos.

—

—... decir, con todas sus letras: Te voy a encontrar. Tengo la marca de tus labios en un vaso que cuido para que no se borre, tengo tu recuerdo de esa tarde en el sauna. Te conocí entre el vapor y así te perdí la pista, entre el humo de un salón de fiestas. Pero no me resigno, un día de estos te encuentro, en el lugar menos esperado, ¡estoy seguro!, y te digo lo que tengo que decirte al oído, ¡estas palabras que traigo atravesadas en el pecho!... Nos volveremos a encontrar.

—

—... decir, con todas sus letras: La comida se cocina sola. Yo nomás tengo que vigilarla, darle sus vueltecitas de vez en cuando. No son los ingredientes sino el cuidado que se le pone, el puñito exacto... que no se quemen las cosas.... basta nomás con el gusto de hacerlo, lo otro es mentira, no hay secretos en la cocina. Me dicen: Usted cocina bien porque está gorda, si nomás de verla da hambre, si nomás de verle las carnitas colgando de sus brazos se antoja comer de sus ollas. Yo no me enojo porque, total, darle complacencia a la gente es lo que me gusta. Yo le ofrecí complacencia al paisano con el que anduve dándole vuelo a la hilacha, pero sanseacabó. No podíamos seguir porque de a tiro era demasiado cabezota... Casi mata a su hermano, pero se le estaba olvidando que tejones porque no hay conejos, no hay de piña, hay lo que hay. Conmigo era con quien le ponía los cuernos a su mujer, aunque a mí no me pesa, ni siquiera lo de engañar a mi propio marido, porque él lo hace igual y el que a hierro mata a hierro muere. Lo hecho, hecho está, y a lo hecho pecho... En mi pueblo lo sabemos, aunque digan que ya ni es pueblo ni nada, y que ni acento tenemos: las cosas se desgastan con el tiempo, hasta la forma de hablar. Algún día vamos a terminar todos ha-

blando igualito... si vivimos en la misma ciudad, si sufrimos lo mismo, tan amontonados unos junto a los otros...

—

—... decir, con todas sus letras: ¡Qué chinga!... Pero si no, si de plano se chingó la cosa, morena, pues vas y chingas a tu madre... pudo haber sido algo muy chingón entre los dos... tenías que salir con tus chingaderas, ¡chingao! Y yo, ahí, en la chinga, estuve chinguele y chinguele todos los días contigo, ¿y para qué chingados?, si al final todo se lo lleva la chingada...

—

—... decir, con todas sus letras: Mis papás ahora ni me pelan. ¡Qué bueno! Ya no tengo que tomar clases en la casa, que por que salió peor, según mi papá... Mi mamá se va toda la tarde, mi hermana nunca está y yo puedo ver la tele y jugar con la computadora todo el día. ¡Uuuuh! ¡Esto sí es pura vida!

—

—... decir, con todas sus letras: Aprendieran de una vez por todas. Yo no soy el extranjero, los extraños son ustedes, con sus costumbres y sus miedos. Yo tengo mi propia lengua, mi lengua materna, pero me parece que conozco la suya mejor que ustedes mismos. De lengua me como un plato: rarito, sensible, amanerado, joto, desviado, volteado, ja, ¿qué más? Obviando los apelativos más comunes y groseros. Sigán con sus escupitajos hacia el cielo, porque les va a caer en los ojos. No me quieren en su casa, no me quieren en su país ni en su planeta. No saben quién fue Oscar Wilde, ¿verdad? ¿Qué van a saber? ¿Entienden lo que significa *wild*? «So that is what you really are: simple wild creatures!».

—

—... decir, con todas sus letras: Yo soy el mensajero. Mi oficio es entregar las cartas que la gente escribe y no tiene tiempo ni manera de hacer llegar a su destino. Cargo paquetes pesados y sudo en los días de sol mientras recorro la ciudad en mi motocicleta. Por mi mochila pasan los informes, las decisiones, los

pedidos... Traigo las noticias, las respuestas... Traigo lodo en las botas y el humo de la calle en mis pulmones, y por eso me desprecian. ¿Es que cualquiera puede cumplir con mi tarea? ¿Entonces por qué siempre tiene que existir un mensajero? ¿Por qué este humilde mensajero conquistó a la mujer más hermosa de la oficina y la pasea por las noches en su motocicleta roja, levantando la mirada de todo aquél que se cruza por su camino, llevándola a los bares para que su belleza compita con la de las otras mujeres y con la de las nubes al hacer el amor a descampado? Mi uniforme de piel es la piel del mensajero, mi casco ensancha esta cabeza, la endurece y la hace capaz de atravesar un parabrisas a toda velocidad... el cual es uno de los destinos posibles de todo mensajero, y que fue, sí, el de este mensajero. Un final... estrepitoso. Mi punto débil: el cuello.

—

—... decir, con todas sus letras: ¿Por qué tenías que correr así? ¿Cuál era la prisa? Se trataba de un paquete sin importancia, igual que siempre. Ningún paquete valía una vida, tu vida. ¿Ahora quién me va a llevar a pasear?, ¿quién? ¿Por fin puedo decir que éramos novios o también debo callar en tu funeral? Lo único que quedó de ti fueron los dibujos de las alitas en tus botas. ¿Los puedo conservar o también van a provocar la envidia de la gente?... ¿Quién va a quitarme de encima al loco que deja los mensajes en mi contestadora?... Aunque, a decir verdad, a mí me gustan los hombres románticos, como el fotógrafo que inmortalizó a mi jefe...

—

—... decir, con todas sus letras: Ya lo sé. Tu desenlace fue estrepitoso de verdad, como el que ansiaba para mí. No me lo tienes que estar cantando tan seguido a través del tubo de escape de cada motocicleta que se atraviesa en mi camino. Sinceramente, que te aproveche... Mi porvenir es el desvanecimiento... sin pena ni gloria. Seguiré hundiéndome entre mis densos solilo-

quios como arenas movedizas... Bip, ¿bip?... Después de tanta palabrería lo sé. Lo único que vale la pena es lo que se dice de veras a otra persona. En vano me afané con mis peroratas bajo el sol, recorrí distintos ámbitos diciendo cosas sólo para permanecer a flote, escribí discursos somnolientos. En vano acumulé enciclopedias, libros de gramática y oratoria; pulí adjetivos y adverbios, pero nunca le di vida a los verbos, siempre fueron la enunciación llana de los días y nunca pesaron para nadie. Me solacé lanzando mensajes al aire porque creí que serían atendidos por un público; ¡qué ingenuidad!... sólo se escucha lo que va dirigido a alguien en especial, ésa es la verdad, mi verdad. Nada nuevo se puede decir... sólo el aliento de cada voz entibiando un oído...

—

—... decirlo, con todas sus letras es una mentira... El teléfono es la máscara que uso ahora. Me protege contra ustedes, ¡desgraciados! Y a ustedes los guarece de mí. Ja, ja.

—

—¡Te odio, Scherezada, desde lo más profundo de mi corazón, en verdad te odio! ¿Por qué te fuiste? ¿Es que ya no tienes saliva, Scherezada? ¿Cuándo se te rompió el saco de las historias? Si estuvieras aquí nos mantendrías vivos, abrazados a tu regazo de cuentos y no tendríamos que desfilas por el cadalso con esta botella de ginebra en las manos.

—

—Y tú, gran Beny, tú que algún día creaste la mejor orquesta de reidores del rumbo, ¿qué pasó contigo? Gran Beny, eres de la estirpe de los que hicieron carcajearse a Hamlet en su niñez, de la estirpe que trueca sus ojos por cuencas oscuras y su boca por la sonrisa eterna.

—

—Quiero decir que quiero decir que quiero decir... ¿Qué quiero decir? Que traigo en mi saco más preguntas que respues-

tas. Que todo lo que digo, al hacerlo, se bananaliza, se vuelve resbaloso como cáscara de plátano.

—

—¡Hey!, me dirijo a ustedes, no desvíen la mirada, no hagan como si yo fuera un espectro, porque aún vivo... Por eso puedo hablar... y hablo porque... estoy vivo. ¡Jal, ¿que no?... Errante me encuentro en una selva espesa. Y no termino de contar mi historia, nuestra historia. ¿Pero hay alguien que alguna vez acabe de contar la suya? Toda narración es imposible, porque si pienso que mientras siga en la brega de los días mi cuento continuará creciendo y transformándose, sólo cuando me entierren dejaré de hacerlo... y claro, ¡qué suspicaces son!, si me muero no podré seguir. Dejaré inconcluso lo que intento relatar. Toda narración es imposible, sea en papel, por teléfono o en vivo, todas gatean, marchan y corren la misma suerte.

—

—¿Cuántos que conocemos no son meras cabezas parlantes que recitan historias trucas? Cabezas parlantes: los oradores. Cabezas parlantes: las anunciadoras de la televisión.

—

—¿Dónde quedó el golpe de tu martillo mítico, santo Tomás de Aquino, siempre dispuesto a destrozarse los engendros que se obstina en producir el demonio? Si vivieras hoy serías todo un saboteador telefónico, un *phone phreak*, destripando teléfonos públicos en los barrios agüerridos de la ciudad o tendiendo puentes ilegales para llamadas de larga distancia con cargo a las grandes compañías.

—

—Porque el rastreador de frecuencias telefónicas es mi bastón...

—

—... y siempre tropezaré con el silencio.

—

—Porque todo lo que nació por teléfono...

—

—... morirá por teléfono.

—

—Porque todo pacto se acaba...

—

—... incluso el de Salem.

—

—Porque en este momento no estoy en casa...

—

—... y no sé qué hacer.

—

—Porque mis calles ya están vacías...

—

—... y no tengo de qué asirme.

—

—Porque el agua se adensa como sangre...

—

—... y mi sangre cuaja como los anillos de un tronco.

—

—Porque los mudos también hablan...

—

—... pero no hay peor mudo que el que no quiere hablar.

—

—¡Y los que saben hablar callan ahora que yo grito!

—

—Porque ya lo dijo Burroughs: El lenguaje es un virus de otro planeta.

—

—Y ahora el virus emigra.

—

—Porque hay que hacer mutis con dignidad.

—

—¿Y saben qué?

—

—¡De una vez y para siempre...

—

—... vámonos todos al demonio!

—

—¡Palabra, palabra, palabra!...

—¡Oiga, yo lo único que quiero es una hawaiana familiar, con doble queso, porfa!, pero no se tarden, ¿eh? ¡Es que me muero de hambre!

